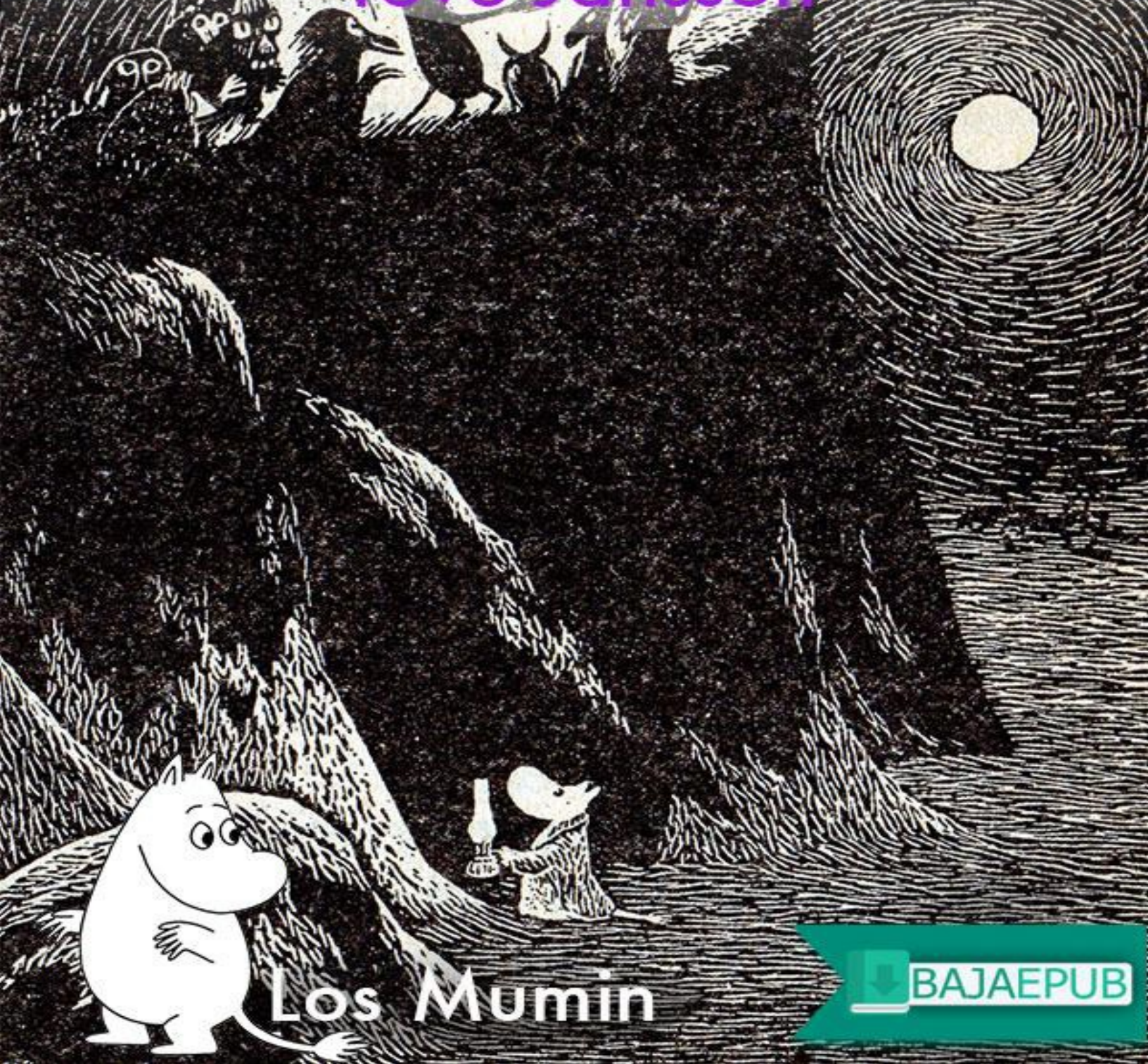


LA FAMILIA MUMIN EN INVIERNO

Tove Jansson



Los Mumin



BAJAEPUB

La familia Mumin, integrada por cuatro trols (animales que, como casi todos los que salen en la obra, se ha inventado la autora), tiene por costumbre permanecer aletargada durante los meses más fríos del año. Sin embargo, el primogénito, por una razón misteriosa, despierta e, incapaz de conciliar de nuevo el sueño, sale a descubrir el invierno, que no conocía. Cuando llegue la primavera podrá contar a su familia el descubrimiento de otro mundo en el que, sin protección alguna, ha tenido que ingeniárselas para sobrevivir y ayudar a los demás.



Tove Jansson

La familia Mumin en invierno

Los Mumin - 06

ePub r1.0

javinintendero 24.12.14

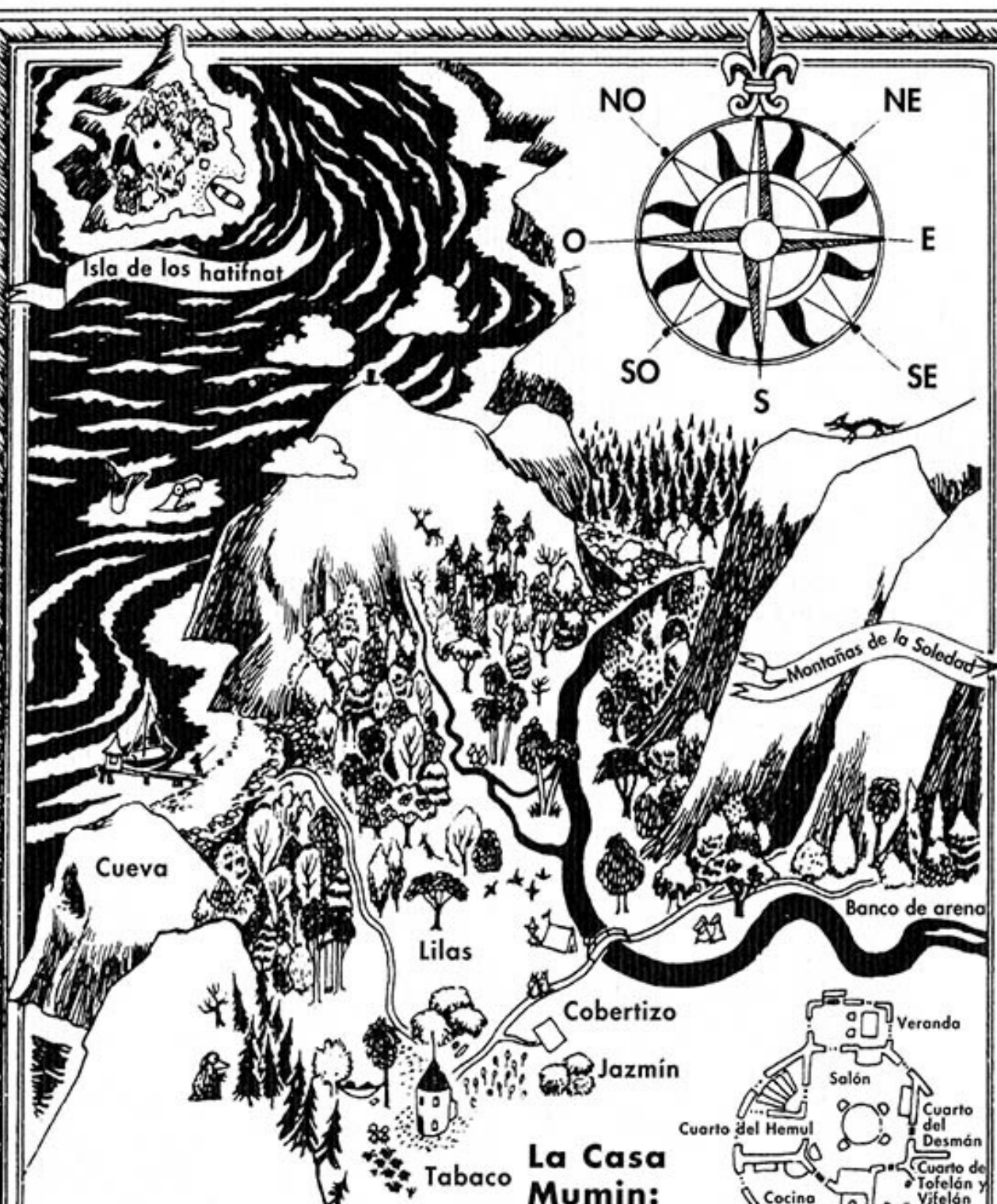
Título original: *Trollvinter*
Tove Jansson, 1957
Traducción: Manuel Bartolomé
Ilustraciones: Tove Jansson
Diseño de cubierta: Mariana_Detri

Editor digital: javinintendero
ePub base r1.2

más libros en bajaepub.com



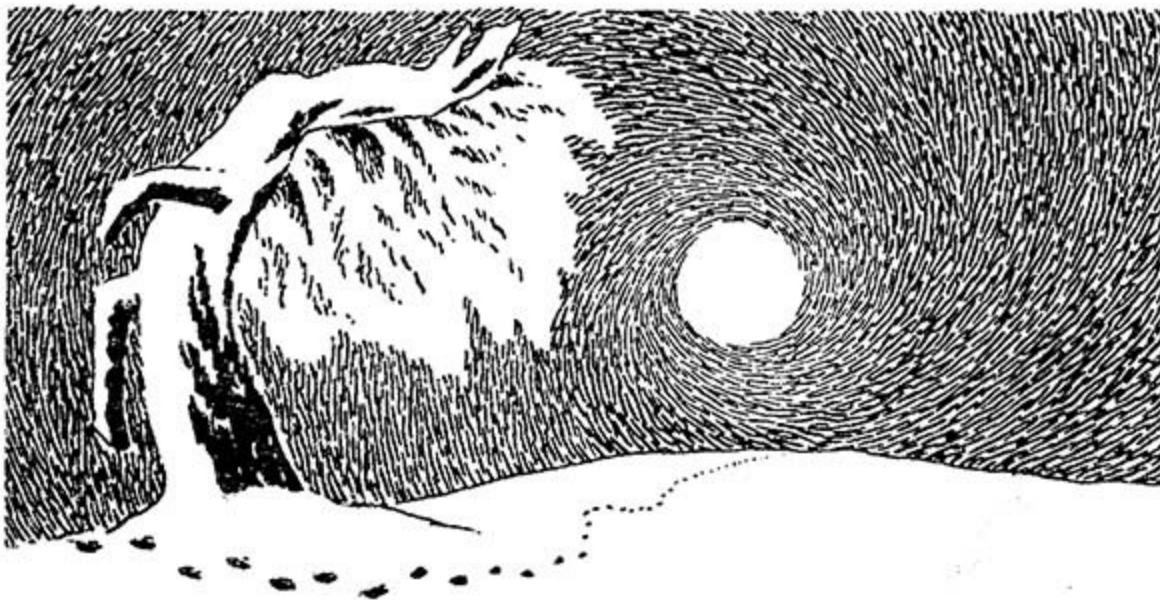
Mapa de Valle Mumin



La Casa Mumin: Planta baja Planta piso







CAPÍTULO I

El salón cercado por la nieve

El cielo estaba casi negro, pero, a la luz de la luna, la nieve tenía un brillante resplandor azul.

El mar yacía dormido bajo el hielo y, entre las profundas raíces de la tierra, todos los animalitos descansaban y soñaban con la primavera. Pero la primavera se encontraba aún lo que se dice un poco lejos, porque apenas acababa de quedar atrás el día de Año Nuevo.

En el punto donde el valle iniciaba su suave pendiente hacia las montañas, se erguía una casa cubierta de nieve. Parecía muy solitaria. Muy cerca de ella se formaba una curva del río, negro como el carbón entre filos de hielo.

Dentro de la vivienda, el ambiente era cálido y acogedor. En la caldera de la calefacción central, en el sótano, la turba apilada ardía silenciosamente. A veces, la luna se asomaba por la ventana del jalón, y su claridad caía sobre las blancas fundas invernales de las sillas y sobre la araña de cristal, envuelta en su bolsa de gasa. También en el salón, agrupados alrededor de la enorme estufa de porcelana, los miembros de la familia Mumin dormían su largo sueño de invierno.

Permanecían dormidos desde noviembre hasta abril, porque esa era la costumbre de sus antepasados, y los Mumin guardaban fidelidad a las tradiciones. Todos tenían en el estómago una buena ración de hojas de abeto, lo mismo que la tuvieron sus antecesores y, junto a la cama, estaban colocadas todas las cosas que probablemente necesitarían al empezar la primavera: palas, lupas, celuloide, anemómetros, etcétera.

El silencio era profundo y expectante.

De vez en cuando, alguien suspiraba y se acurrucaba más bajo la ropa de la cama.

Un rayo de luna fue de la mecedora a la mesa del salón, se deslizó por los remates metálicos de la cabecera de la cama y proyectó directamente su brillo sobre la cara del trol Mumin.

Y entonces ocurrió algo que hasta aquella noche no había sucedido nunca, desde que el primer

Mumin se recogió en su madriguera invernal: el trol se despertó y comprobó que no podía volver a conciliar el sueño.

Observó el resplandor de la lima y los heléchos de hielo formados en la ventana. Escuchó el zumbido que producía la caldera del sótano y cada vez fue sintiéndose más desvelado y atónito. Por último, se levantó y anduvo hasta el lecho de mamá Mumin.

Le tiró de la oreja con precaución, pero mamá Mumin no se despertó. Se limitó a encogerse sobre sí misma, indiferente y hecha un ovillo.

“Si no se despierta ni siquiera mamá, es inútil probar con los otros”, pensó el trol Mumin, y emprendió solo la ronda de la irreconocible y misteriosa casa. Todos los relojes se habían parado siglos antes, y una delgada capa de polvo lo cubría todo. Encima de la mesa del salón se encontraba aún la sopera con hojas de abeto, dejada allí en noviembre. Y, en su envoltura de gasa, la araña de cristal tallado tintineaba suavemente.

De súbito, el trol Mumin se asustó y se detuvo en seco, detrás del rayo de luna, en medio de la cálida oscuridad. Se sentía terriblemente solo.

—¡Mamá! ¡Despierta! —gritó—. ¡Ha desaparecido todo el mundo!

Regresó hasta la cama de mamá Mumin y tiró de la colcha. Pero mamá Mumin no se despertó. El trol Mumin se hizo un ovillo sobre la alfombra, y la larga noche de invierno continuó.

Al amanecer, el cúmulo de nieve del tejado empezó a moverse. Resbaló un poco y luego, resueltamente, se deslizó por el borde del alero y cayó con blando y sordo ruido.

Todas las ventanas quedaron sepultadas, y sólo una tenue claridad grisácea lograba penetrar en la casa. El salón parecía más irreal que nunca, como si estuviera profundamente enterrado.

El trol Mumin erizó las orejas y aguzó el oído durante un buen rato. Después encendió la lámpara de noche y se acercó en silencio a la cómoda para leer la carta de primavera de Manrico. Estaba, como de costumbre, bajo el pequeño tranvía de espuma de mar, y era muy parecida a otras cartas de primavera que Manrico había dejado cuando, al llegar el mes de octubre, emprendía su anual viaje al Sur.

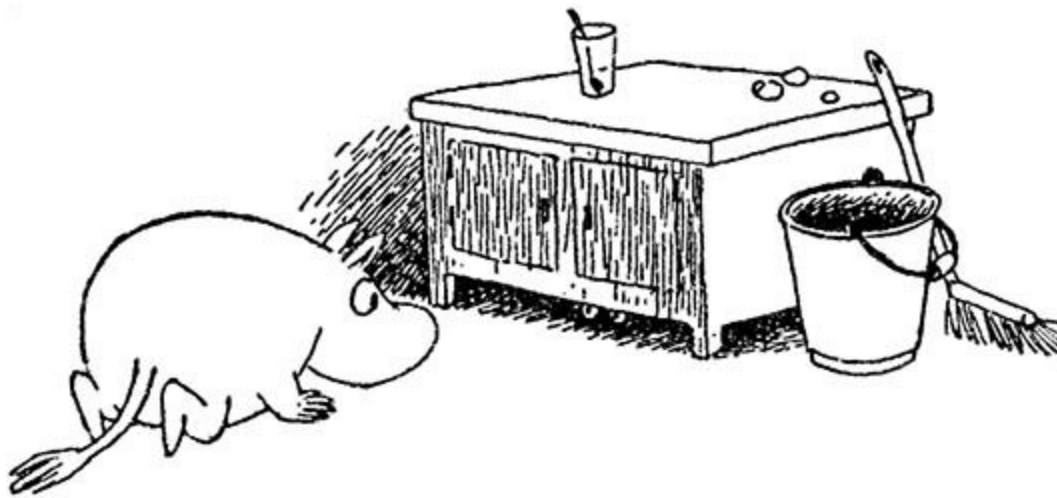
Empezaba con la frase “¡Hasta pronto!”, trazada con la grande y rotunda caligrafía de Manrico. La carta era breve:

¡HASTA PRONTO!

Dormid a gusto y conservad el ánimo. El primer día de primavera me tendréis aquí de nuevo. No empecéis sin mí la construcción del dique.

MANRICO





El trol Mumin leyó la carta varias veces y, de pronto, tuvo hambre.

Se fue a la cocina, que parecía desalentadoramente limpia y despoblada; La misma desolación reinaba en la despensa. Mumin no encontró allí nada, salvo una botella de zumo de frambuesa que había fermentado, y medio paquete de polvorientas galletas.

El trol Mumin se puso cómodo bajo la mesa de la cocina y empezó a masticar. Leyó otra vez la carta de Manrico.

Después, se tendió boca arriba y contempló los nudos rectangulares que había bajo las esquinas de la mesa. La cocina estaba silenciosa.

—¡Hasta pronto! —susurró Mumin—. Dormid a gusto y conservad el ánimo —prosiguió, en tono un poco más alto. Luego cantó a pleno pulmón—: ¡Me tendréis aquí de nuevo! ¡Me tendréis aquí, la primavera flotará en el aire, el tiempo es bueno y cálido, nosotros estaremos aquí, estaremos allí, todos los años igual...!

Se interrumpió en seco al ver que dos ojos minúsculos le miraban fulgurantes desde debajo del fregadero.

Mumin devolvió la mirada, y la cocina se quedó tan silenciosa como antes. Luego, los ojillos desaparecieron.

—¡Espera! —voceó el trol Mumin en tono angustiado. Se arrastró hacia el fregadero, mientras rogaba suavemente—: Sal, ¿quieres? ¡No tengas miedo! Soy bueno. Vuelve...

Pero quienquiera que habitase debajo del fregadero no salió. El trol Mumin echó en el suelo una línea de migas de galleta y formó un charquito de zumo de frambuesa.

Cuando regresó al salón, los cristales que colgaban del techo le saludaron con melancólico tintineo.

—Me voy —anunció Mumin de modo terminante, dirigiéndose a la araña—. Estoy harto de todos vosotros y me voy al Sur para reunirme con Manrico.

Se acercó a la puerta principal e intentó abrirla, pero se había helado.

Mumin corrió quejumbroso de una ventana a otra y trató de abrirlas, pero todas estaban atascadas. De modo que el desamparado trol Mumin subió corriendo a la buhardilla, forcejeó hasta abrir el escotillón del limpiachimeneas y salió al tejado.

Le recibió un ramalazo de aire frío.

Se quedó sin aliento, resbaló y rodó por el borde del tejado.

Y así fue como el trol Mumin, sin poderlo evitar, se vio lanzado a un mundo desconocido y peligroso y se hundió hasta las orejas en el primer ventisquero de su vida. Su piel aterciopelada experimentó una desagradable picazón, pero, al mismo tiempo, su hocico percibió un nuevo efluvio que despertó a Mumin del todo y estimuló su interés.

El valle estaba envuelto en una especie de crepúsculo gris. Ya no era verde, sino blanco. Todo lo que antes se movía estaba ahora paralizado. No se producía ningún sonido que revelase la existencia de vida. Las cosas con aristas y ángulos presentaban bordes redondeados.

—Esto es la nieve —murmuró para sí el trol Mumin—. He oído hablar de ella a mamá, y la llamaba nieve.

Sin que Mumin tuviera la más remota idea de tal cosa, su piel aterciopelada decidió en aquel instante empezar a volverse lanuda, convirtiéndose poco a poco en una piel de abrigo para el invierno. Eso llevaría algún tiempo, pero, al menos, la decisión estaba tomada y eso resultaba muy práctico.

Mientras tanto, Mumin caminaba trabajosamente sobre la nieve. Descendió hasta el río. Era el mismo río que solía deslizarse, alegre y transparente, a través del jardín de Mumin. Ahora parecía muy distinto. Era negro y lánguido. También pertenecía a aquel mundo nuevo, en el que Mumin no se consideraba en su casa.

Empezaba ya a acostumbrarse al olor del invierno y dejó de sentir curiosidad.

Contempló el arbusto de jazmín, una desordenada maraña de ramitas desnudas, y pensó: “Está muerto. Se murieron todos mientras yo dormía. Este mundo pertenece a alguien a quien no conozco. Tal vez a la Bu. No está hecho para múmines”.

El trol imprimó las primeras huellas en la nieve, sobre el puente y ladera arriba. Eran unas pisadas muy pequeñas, pero resueltas. Avanzando entre los árboles, se encaminaban directamente hacia el Sur.





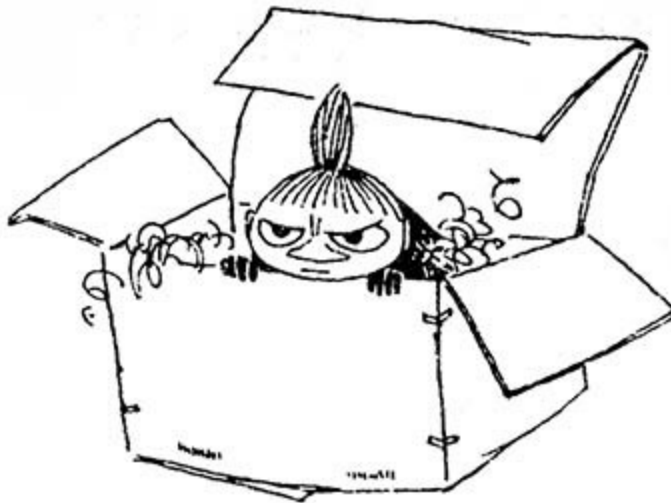
CAPÍTULO II

La caseta de baño encantada

A bastante distancia, por el Oeste, cerca del mar, una ardilla joven saltaba sin rumbo fijo por la nieve. Era una ardillita tonta de veras, a la que le gustaba pensar en sí misma considerándose “la ardilla de la cola maravillosa”.

En realidad nunca pensaba en algo durante mucho tiempo. La mayor parte de las veces, sólo intuía las cosas. Simples sensaciones. La última consistió en que el colchón de su madriguera empezaba a apelmazarse, de modo que salió en busca de uno nuevo.

De vez en cuando, murmuraba: “Un colchón”, para no olvidarse de lo que andaba buscando. Olvidaba las cosas con mucha facilidad.



Llegó a la cueva de la colina y penetró en ella de un brinco. Pero, ya en el interior de la cueva, le fue imposible seguir concentrándose y, por lo tanto, se olvidó completamente del colchón.

Detrás del gran montón de nieve situado en la entrada de la cueva, alguien había esparcido paja sobre el suelo. Y encima de la paja descansaba una gran caja de cartón, con la tapadera ligeramente levantada.

—¡Qué extraño! —comentó la ardilla en voz alta y con cierta sorpresa—. Esa caja de cartón no estaba antes ahí.

Hurgó hasta levantar una esquina de la tapadera, e introdujo la cabeza en la caja.

El interior era cálido y parecía estar lleno de algo suave y agradable. La ardilla se acordó repentinamente de su colchón. Los dientes pequeños y afilados se hundieron en aquel blando relleno y sacaron una brizna de lana.

Continuó sacando briznas y pronto tuvo las patas llenas de lana. Siguió excavando con las cuatro extremidades, extraordinariamente complacida y feliz.



Y entonces, de súbito, alguien trató de morder una de las patas posteriores de la ardilla. Como un relámpago, ella saltó zumbando fuera de la caja, vaciló un momento y luego decidió sentir más curiosidad que miedo.

En aquel momento, por el agujero que el roedor había abierto en la lana asomó una cabeza despeinada, cuyo rostro expresaba furor.

—¡Así que eres tú, entera y verdadera! —exclamó Mía Diminuta.

—No estoy segura —repuso la ardilla.

—¿Por qué me has despertado? —continuó Mía Diminuta, rebotando severidad—. ¿Por qué te has comido la mitad de mi saco de dormir? ¿Qué gran idea se te ha ocurrido?

Pero la ardilla estaba tan desconcertada, que había vuelto a olvidarse del colchón.

Mía Diminuta soltó un bufido y salió de la caja de cartón. Cerró la tapadera sobre su hermana,

que aún dormía, se agachó y palpó la nieve con las manos.

—De modo que así es la nieve —dijo—. ¡Qué ideas más curiosas se hace la gente!

Formó una bola de nieve y, con el primer tiro, alcanzó a la ardilla en la cabeza. Luego, Mía Diminuta salió de la cueva para tomar posesión del invierno.

Lo primero que consiguió fue resbalar sobre la helada superficie del risco y darse un buen porrazo en las posaderas.

—Comprendo —articuló Mía Diminuta en tono amenazador—. Creen que podrán irse de rositas, que todo les va a salir bien.

Se le ocurrió pensar entonces en la facha de Mía yendo a parar al suelo y con las piernas al aire. Estuvo un rato riendo entre dientes. Examinó el risco y la ladera de la colina y meditó un poco. Luego dijo:

—Bueno, vamos allá.

Y, tras tomar impulso, dio un salto y se deslizó a lo largo de un buen trecho sobre el hielo liso.

Repitió seis veces la operación, hasta darse cuenta de que aquello daba frío.

Mía Diminuta entró de nuevo en la cueva y sacó a su dormida hermana de la caja de cartón. Mía nunca había visto un tobogán, pero eso no era óbice para que tuviese la precisa sensación de que existían muchos modos razonables de utilizar una caja de cartón.

En cuanto a la ardilla, estaba sentada en el bosque y su mirada iba distraídamente de un árbol a otro.

Aunque le fuese en ello la cola, no podía recordar en qué árbol vivía, ni qué salió a buscar.

El trol Mumin no se había alejado mucho en su marcha hacia el Sur, cuando la oscuridad estaba ya filtrándose bajo los árboles.

A cada paso, las patas de Mumin se hundían más en la nieve, y la nieve no era, ni mucho menos, tan excitante como lo fue al principio.

El silencio y la quietud del bosque eran absolutos.

“El mundo está dormido —pensó el trol Mumin—. Sólo yo estoy despierto y no tengo sueño. Sólo yo tendré que vagar y vagar, día tras día y semana tras semana, hasta que me convierta en un montón de nieve del que nadie sabrá nunca nada.”

Y en aquel mismo instante, la arboleda aclaró y Mumin tuvo ante sí un nuevo valle que se dilataba frente a sus ojos. Al otro lado estaban las montañas Solitarias. Se alejaban hacia el Sur, una ondulación tras otra, y nunca tuvieron un aspecto más abandonado.

Fue entonces cuando el trol Mumin empezó a notar el frío. La oscuridad se arrastraba fuera de las grietas y subía despacio en dirección a las heladas crestas. En lo alto, la nieve relucía como una serie de colmillos que se recortasen contra el fondo negro de la montaña: blanco y negro, y soledad por todas partes.

“En algún lugar, al otro lado de esa sierra, está Manrico —se dijo el trol Mumin—. Sentado al sol, pela una naranja. Si supiese yo que Manrico está enterado de que voy a trepar por esas montañas para reunirme con él, entonces podría conseguirlo. Pero yo solo, sin más ni más, nunca lo conseguiré.” De modo que Mumin dio media vuelta y volvió despacio sobre sus pasos.

“Adelantaré todos los relojes —pensó—. Quizá se logre con eso que la primavera se presente un poquito antes. Y puede que alguien se despierte si rompo alguna cosa grande.”

Pero en el fondo de sí mismo estaba convencido de que nadie se despertaría.

Entonces sucedió algo. Unas huellas chiquititas cruzaban la línea de las pisadas de Mumin. El trol se detuvo en seco y contempló largo rato aquel rastro. Algo vivo había pasado a través del bosque, quizá menos de media hora antes. No podía haberse alejado mucho. Iba hacia el valle y sin duda era más pequeño que el propio Mumin. Las huellas apenas estaban hundidas en la nieve.

El trol Mumin notó que le invadía una oleada de calor, desde el extremo de la cola hasta las puntas de las orejas.

—¡Espera! —gritó—. ¡No me dejes solo!

Lloriqueó un poco mientras avanzaba por la nieve, tropezando una y otra vez. De súbito, le asaltó un miedo terrible a las tinieblas y a la soledad. Su terror debía de haber estado oculto en alguna parte de su ser, desde que se despertó en la casa dormida, pero esa era la primera vez que Mumin se atrevía a sentir auténtico pánico.

Dejó de gritar, porque pensó en lo horrible que sería que nadie le contestara. Ni siquiera se aventuraba a levantar su hocico del rastro, apenas visible de la oscuridad. No hizo más que seguir adelante, arrastrándose, dando traspiés y gimiendo suavemente para sí.

Y entonces vislumbró la luz.

Era muy pequeña y, sin embargo, llenaba toda la arboleda con un tenue resplandor rojo.

El trol Mumin se tranquilizó. Olvidó la línea de huellas y continuó andando despacio, con la vista fija en la luz. Hasta que por último comprobó que se trataba de una vela corriente, puesta encima de la nieve. Alrededor de la vela había una casita en forma de pan de azúcar, construida con bolas de nieve. Sus paredes eran traslúcidas, de un tono amarillo naranja, como el de la pantalla de la lámpara de noche que tenía Mumin en su casa.

Al otro lado de aquella especie de quinqué, alguien había excavado un cómodo hoyo, alguien que estaba tendido, contemplando el sereno cielo invernal, y que tarareaba muy bajito.

—¿Qué canción es esa? —preguntó el trol Mumin.

—Una que he compuesto yo misma —respondió alguien desde el hoyo—. Una canción de Tutiqui, que ha construido un farol de nieve, pero el estribillo habla de otras cosas completamente distintas.

—Comprendo —dijo el trol Mumin, y se sentó en la nieve.

—No, no lo entiendes —replicó Tutiqui afablemente, al tiempo que se incorporaba lo bastante para mostrar su jersey de rayas blancas y rojas—. Porque el estribillo trata de cosas que uno no puede entender. Estoy pensando en la aurora boreal. Uno no puede afirmar si existe de veras o si sólo parece que existe. Todas las cosas son así de inciertas, y eso es precisamente lo que hace que me sienta más tranquila.

Volvió a echarse sobre la nieve y continuó mirando el cielo, que estaba ahora completamente negro.

El trol Mumin levantó también su hocico y contempló los puntos luminosos que centelleaban por el Norte, lucecitas que Mumin probablemente veía por vez primera. Eran blancas, azules y un poco verdes, y adornaban el cielo formando visillos alargados y aleteantes.



—Creo que existe —dijo.

Tutiqui no contestó. Fue arrastrándose hasta el farol de nieve y sacó la vela.

—Nos llevaremos esto a casa —declaró—. No sea que venga la Bu y se siente encima.

Mumin asintió, muy serio. Había visto una vez a la Bu. Una noche de agosto, mucho tiempo atrás.

Fría y gris como una masa de hielo, estaba sentada a la sombra de las matas de lilas y se limitó a mirarle. Pero ¡qué mirada! Y cuando la Bu se marchó, cabizbaja, el suelo donde se había sentado estaba cubierto de escarcha blanca.

El trol Mumin se preguntó fugazmente si el invierno no sería algo que diez mil Búes hicieron sentándose en el suelo.



Mientras avanzaban por el camino de regreso, el valle pareció aclararse un poco y el trol Mumin observó que la luna estaba en las alturas.

La casa de Mumin se alzaba, dormida, al otro lado del puente. Pero Tutiqui torció entonces hacia el Oeste y atajó por el desnudo huerto de frutales.

—El otoño pasado había aquí una barbaridad de manzanas —comentó el trol Mumin, sociable.

—Pero ahora hay una barbaridad de nieve replicó Tutiqui, distante, sin detenerse.

Llegaron a la playa. El mar era una oscuridad vasta y compacta. Avanzaron con precaución por el estrecho embarcadero que conducía a la caseta de baño de la familia Mumin.

—Yo solía zambullirme desde aquí —susurró el trol Mumin muy bajito, y miró los amarillentos y quebrados juncos que sobresalían del hielo—. El mar estaba tibio y yo daba nueve brazadas bajo el agua.

Tutiqui abrió la puerta de la caseta de baño. Entró primero y puso la vela encima de la redonda mesa que papá Mumin había encontrado flotando en el mar, años antes.

Dentro de la octogonal caseta de baño, todo se encontraba lo mismo que siempre. Los agujeros dejados por los nudos de las amarillas tablas de la pared, los pequeños cristales de las ventanas, verdes y rojos, los bancos estrechos y el armario donde se guardaban los albornoces y el Hemulen de goma hinchable, que perdía un poco de aire.

Todo exactamente igual que en el verano. Y, no obstante, la pieza había cambiado en algún enigmático sentido.

Tutiqui se quitó la gorra, la cual ascendió pared arriba y se colgó sola de un clavo.

—Me gustaría tener una gorra como ésa —dijo el trol Mumin.

—No la necesitas —repuso Tutiqui—. Siempre puedes agitar las orejas y conservarlas calientes así. Pero las patas se te han quedado frías.

Y por el suelo se deslizaron andando dos calcetines de lana, que se inmovilizaron ante Mumin.

Al mismo tiempo, se encendió el fuego en la estufa de tres patas del rincón del fondo y alguien empezó a tocar la flauta cautelosamente debajo de la mesa.

—Es tímida —explicó Tutiqui—. Por eso toca debajo de la mesa.

—Pero ¿por qué no se deja ver? —preguntó el trol Mumin.

—Son tan tímidas que se han hecho invisibles —repuso Tutiqui—. Son ocho musarañas pequeñísimas que comparten esta casa conmigo.

—Esta es la caseta de baño de mi padre —dijo Mumin.

Tutiqui le dirigió una mirada grave.

—Puede que tengas razón y puede que estés equivocado —manifestó—. En el verano pertenece a tu padre. En el invierno pertenece a Tutiqui.

Una olla empezó a hervir encima de la estufa. Se levantó la tapadera y una cuchara dio vueltas a la sopa. Otra cuchara vertió en el recipiente un poco de sal y luego se volvió ordenadamente a colocarse en el alféizar de la ventana.

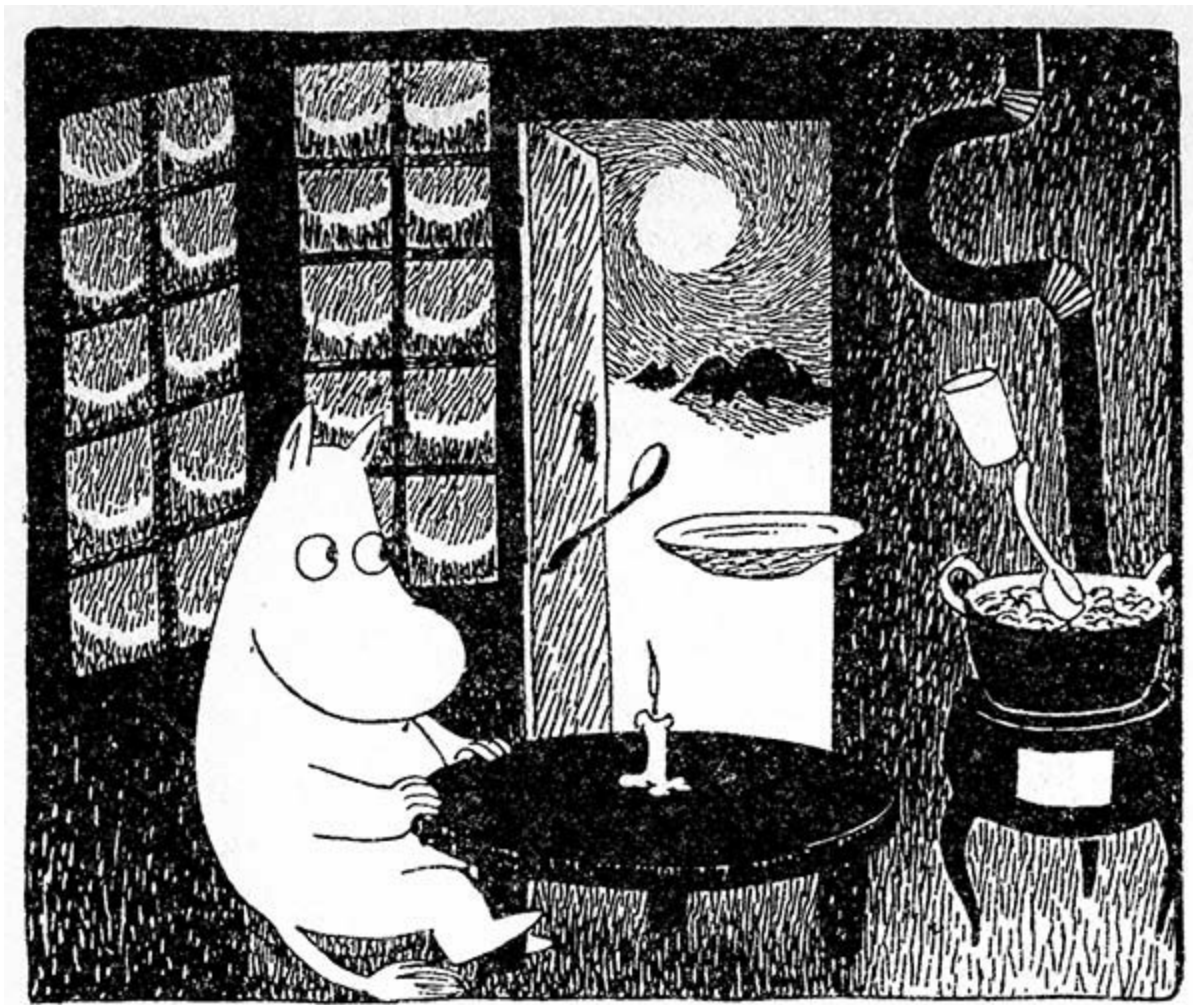
Afuera, el frío se frotaba contra la noche, mientras los verdes y rojos cristales de las ventanas reflejaban la luz de la luna.

—Hábame de la nieve —pidió el trol Mumin, y se sentó en la silla del jardín de papá Mumin, blanqueada por el sol—. No la entiendo.

—Yo tampoco —confesó Tutiqui—. Uno cree que es fría, pero si construye una casa de nieve, resulta que es caliente. Uno cree que es blanca, pero unas veces parece rosada y otras, azul. Puede ser más blanda que cualquier otra cosa y, luego, más dura que la piedra. Nada es seguro.

Un plato de sopa de pescado surcó el aire con suavidad y fue a posarse encima de la mesa, ante

el trol Mumin.



—¿Dónde aprendieron las musarañas a volar? —preguntó Mumin.

—Bueno... —dijo Tutiqui—; es mejor no preguntar a la gente acerca de todo. Puede que les guste guardar los secretos para sí. No hay que preocuparse por las musarañas, ni tampoco por la nieve.

Mumin se tomó la sopa.

Miró el armario, que estaba en un rincón, y pensó en lo estupendo que sería saber que su viejo albornoz colgaba allí dentro. Que en medio de tantos acontecimientos nuevos e inquietantes, algo se mantenía invariable, seguro y grato. Recordaba que el albornoz era azul, que faltaba el colgador y que probablemente habría un par de gafas de sol en el bolsillo izquierdo.

Al cabo de un rato, dijo:

—Ahí es donde solíamos guardar nuestros albornoces. El de mi madre está colgado en la parte más alejada de la puerta.

Tutiqui alargó la mano y cogió un bocadillo.

—Gracias —dijo—. No debes abrir ese armario. Tendrás que prometérmelo.

—No pienso prometerte nada —replicó el rol Mumin con hosquedad, fija la mirada en el plato de sopa.

Comprendió de pronto que lo más importante del mundo era abrir aquella puerta y comprobar con sus propios ojos si el albornoz continuaba allí.

El fuego seguía agradablemente encendido. Rugía en la chimenea de la estufa. Dentro de la caseta de baño, la atmósfera era cálida y placentera y, debajo de la mesa, la flauta continuó con su remota melodía.

Manos invisibles retiraron los platos. La vela se consumió y el pabilo se ahogó en un lago de sebo fundido. La única luz que subsistía era la que irradiaba el ojo colorado de la estufa y la de los rectángulos verdes y rojos que la lima filtraba a través de los cristales, hasta el suelo.

—Voy a dormir en casa esta noche —anunció el trol Mumin con decisión.

—Estupendo —articuló Tutiqui—. La luna aún no se ha ocultado, de modo que encontrarás fácilmente el camino.

La puerta se abrió sola y Mumin salió a las tablas cubiertas de nieve.

—No importa —dijo—. De todas formas, mi albornoz azul está en ese armario. Gracias por la sopa.

La puerta se cerró, deslizándose sin que nadie la tocara, y alrededor del trol Mumin no hubo más que silencio y claridad de luna.

Lanzó una rápida mirada sobre el hielo y creyó vislumbrar a la enorme y torpona Bu, que arrastraba los pies por algún punto próximo al horizonte.

Se la imaginó esperándole detrás de los peñascos de la orilla del mar. Y al pasar por el bosque, Mumin presintió también la sombra de la Bu deslizándose en silencio por detrás de cada tronco de árbol. La Bu apagaba todas las luces y borraba todos los colores.

Por fin, el trol Mumin llegó a su casa dormida. Trepó despacio por el enorme ventisquero del lado Norte y gateó hasta el escotillón del tejado.

En el interior de la casa el aire era cálido y estaba saturado de efluvios de los Mumin. La araña de cristal reconoció a Mumin y le saludó tintineando, cuando el sol entró en el salón. Mumin cogió el colchón de su cama y lo puso encima de la alfombra de mamá Mumin, que suspiró en sueños y murmuró algo que el trol no pudo entender. Luego mamá Mumin rió para sí y se acurrucó un poco más cerca de la pared.

“Este lugar ya no me corresponde —pensó el trol Mumin—. Ni tampoco mi sitio está en el otro. Ni siquiera sé qué es estar despierto y qué estar soñando.”

Y entonces, en cuestión de segundos, se quedó dormido y las lilas estivales le cubrían con su verde sombra amistosa.

Mía Diminuta se sentía humilladísima, acostada dentro de su roto saco de dormir. Se había levantado un viento nocturno que penetraba directamente en la cueva. La mojada caja de cartón estaba reventada por tres sitios distintos, y la mayor parte de la lana se veía impulsada confusamente por el aire, de un rincón a otro de la cueva.

—¡Eh, vieja hermana! —gritó Mía Diminuta, al tiempo que golpeaba a Mimbla en la espalda.



Pero Mimbla dormía. Ni siquiera se movió.

—Empiezo a ponerme furiosa —dijo Mía Diminuta—. ¿Cuándo, aunque sólo sea por una vez, le va a servir de algo a una tener una hermana?

Salió del interior del saco de dormir. Después se arrastró hasta la entrada y contempló con cierto placer la gélida noche.

—Os daré una lección a todos —murmuró Mía Diminuta torvamente, y se deslizó cuesta abajo.

La orilla del mar estaba más solitaria que el fin del mundo (si verdaderamente alguien ha estado allí) y reinaba la oscuridad, porque la luna se había ocultado.

—¡Allá vamos! —dijo Mía Diminuta.

Extendió sus faldas contra el malvado viento del Norte. Empezó a resbalar entre los puntos nevados, desviándose a derecha e izquierda, separando las piernas con la seguridad equilibrada y el porte elegante que tendríais vosotros si fueseis una Mía.

Hacía mucho tiempo que la vela se había consumido en la caseta de baño, cuando Mía Diminuta pasó por allí. Sólo pudo distinguir el puntiagudo tejado recortando su silueta contra el cielo nocturno. Pero ni por un segundo pensó: “Ahí está nuestra vieja caseta de baño”. Venteó los agudos y peligrosos olores del invierno e hizo un alto cerca de la playa, para escuchar. A lo lejos, aullaban los lobos en la remota distancia de las montañas Solitarias.

—A una se le huela la sangre en las venas —murmuró Mía Diminuta, mientras sonreía para sí en la oscuridad.

Su olfato la informó de que allí había una senda que llevaba al valle de Mumin y a la casa donde podría encontrar algunas mantas de abrigo y tal vez, incluso, un nuevo saco de dormir. Dejó atrás la ribera y se aventuró a través del bosque.

Era tan minúscula que sus pies no dejaban huella alguna en la nieve.





CAPÍTULO III

El Gran Frío

Todos los relojes volvían a funcionar. Después de haberles dado cuerda, el trol Mumin se sintió menos solo. Como el tiempo se había extraviado, los puso a horas distintas. Pensó que acaso alguno de ellos fuese bien.

Se oían sus campanadas a intervalos y, de vez en cuando, sonaba el timbre del despertador. Eso reconfortaba a Mumin. Pero no podía quitarse de la cabeza una cosa terrible: que el sol no volvería a salir. Sí, era cierto; mañana tras mañana se producía una especie de alborada gris que no tardaba en desaparecer, para fundirse de nuevo en la larga noche invernal. Y el sol no aparecía nunca. Sencillamente, se había perdido; tal vez se alejó por el espacio y no le era posible volver. Al principio, el trol Mumin se negó a creerlo. Aguardó largo tiempo.

Todos los días iba a la playa y se sentaba a esperar allí, con el hocico encarado hacia el Sureste. Pero nada sucedía. Luego regresaba a casa, cerraba el escotillón del tejado y encendía una fila de velas en la repisa de la chimenea.

El Inquilino del Fregadero aún no había salido a comer, pero probablemente llevaba una vida secreta e importante.



La Bu deambulaba por el hielo, sumida en profundos pensamientos que nadie conocería jamás, y en el armario de la caseta de baño algo peligroso acechaba entre los albornoces. Pero ¿qué podía hacer uno ante tales cosas?

Tales cosas *están* ahí, aunque uno nunca sabe por qué y se siente desesperadamente apartado.

El trol Mumin encontró en la buhardilla una gran caja de cromos y se entregó a la nostálgica admiración de su veraniega hermosura. Eran grabados que representaban flores, salidas de sol y pequeñas carretas con ruedas llamativas; brillantes y apacibles cuadros que le recordaban el mundo que había perdido.

Primero extendió los cromos en el piso del salón. Después se dedicó a pegarlos en las paredes. Hizo el trabajo lenta y meticulosamente, para que durase, y los cromos más bonitos los pegó encima de su dormida mamá.

El trol Mumin había llegado en su tarea de encolar hasta el espejo, cuando observó que había desaparecido la bandeja de plata. Siempre estuvo colgada de un rojo sujetador de bandejas, a la derecha del espejo, y ahora sólo estaba el sujetador y un óvalo oscuro en el papel pintado de la pared.

Mumin se sintió muy acongojado, porque sabía que mamá Mumin adoraba aquella bandeja. Era un tesoro familiar que no se permitía a nadie utilizar, y solía ser el único objeto que se pulimentaba para san Juan.

Distraídamente, el trol Mumin buscó por todas partes. No encontró ninguna bandeja. Pero descubrió que faltaban también otras cosas, como almohadas y cobertores, harina, azúcar y una olla. Hasta el cubrehuevos de la rosa bordada.

El trol Mumin se sintió profundamente herido, como si se considerara responsable en nombre de la dormida familia. Al principio, sospechó del Inquilino del Fregadero. Pensó también en la Bu y en el misterio del armario de la caseta de baño. Pero la verdad era que el culpable podía ser cualquiera. Probablemente, el invierno estaría poblado de extrañas criaturas que obraban de manera enigmática y caprichosa.

“Debo preguntar a Tutiqui —pensó el trol Mumin—. Cierto que tenía intención de castigar al sol quedándome en casa hasta que volviese. Pero esto es importante.”

Cuando el trol Mumin salió al gris crepúsculo, se tropezó con un extraño caballo blanco erguido cerca de la galería, que le miraba con ojos luminosos. Mumin se le acercó cautelosamente y le

saludó, pero el caballo no hizo ningún movimiento.

Mumin se percató entonces de que estaba hecho de nieve. Su cola era la escoba de la leñera y sus ojos, pequeños trozos de espejo. Mumin vio allí reflejada su propia imagen y eso le asustó un poco. De modo que dio un rodeo y pasó junto a los desnudos arbustos de jazmín.

“¡Si hubiese aquí una sola criatura a la que conociese desde hace tiempo! —pensó el tro! Mumin—. Alguien, que no fuera misterioso, sólo corriente y normal. Alguien que también se hubiese despertado y no se sintiera en casa. Entonces, uno podría decir: ‘¡Hola! Yaya frío más espantoso, ¿verdad? La nieve es una cosa tonta, ¿no? ¿Has visto los arbustos de jazmín? ¿Te acuerdas del verano pasado, cuando...?’ O frases parecidas.”

Tutiqui estaba sentada en el pretil del puente. Cantaba:

—Me llamo Tutiqui y he creado un caballo.

Un blanco caballo salvaje que corre al galope, a través del hielo se pierde en la noche, más allá del río.

Un blanco y solemne caballo que corre al galope, y se lleva montado en el lomo al mustio Gran Frío.

Seguía el estribillo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el trol Mumin.

—Quiero decir que esta noche verteremos encima de él agua del río —explicó Tutiqui—. La congelará durante la noche y se convertirá totalmente en hielo. Y cuando llegue el Gran Río, saldrá disparado al galope y no volverá nunca más.

Mumin guardó silencio. Después informó:

—Alguien se está llevando cosas de la casa de mi padre.

—Eso es estupendo, ¿verdad? —replicó Tutiqui alegremente—. Tienes demasiadas cosas que te preocupan. Cosas que recuerdas y cosas en las que sueñas.

Y atacó la segunda estrofa.

Mumin le dio la espalda y se alejó. “No quiere entenderme”, se dijo. Tras él, proseguía la jubilosa tonada.



—Canta todo lo que gustes —murmuró el trol Mumin, furioso hasta el punto de casi echarse a llorar—. ¡Canta sobre tu horrible invierno con negro hielo y antipáticos caballos de nieve, sobre seres que no se dejan ver, sino que se esconden y son excéntricos!

Anduvo ladera arriba, pateó la nieve, heladas las lágrimas en su hocico, y de pronto comenzó a entonar su propia canción.

Cantaba a grito pelado, para que Tutiqui pudiera oírle y se incomodase.

Ésta fue la enojada canción de verano del trol Mumin:

Escuchad, criaturas invernales que al sol habéis raptado, que ocultas en la sombra mantenéis todo el valle grisáceo y apagado:

¡Me siento abandonado, de cansancio estoy muerto, harto de ventisqueros, de tristeza y lamentos!
¡Quiero mirar de nuevo el resplandor del mar y la terraza añil, y gritaros a todos que vuestro invierno no es para mí!

—Esperad a que mi sol vuelva a salir y, cuando os mire, tendréis una facha ridícula de veras —vociferó el trol Mumin, sin preocuparse ya de rimas.



Porque entonces bailaré sobre el disco de un girasol, apoyaré el estómago en la arena caliente, tendré abierta la ventana todo el día sobre el jardín y los abejorros, y bajo el cielo azul cielo y mi grande, amarillo y anaranjado ¡SOL!

Al acabar el trol Mumin su canción de desafío, el silencio resultó opresivo.

Inmóvil, permaneció un rato escuchando, pero nadie se opuso.

“Algo va a ocurrir”, pensó, sacudido por un estremecimiento. Y algo ocurrió.

De las alturas, de las proximidades de la cumbre de la colina, algo llegaba deslizándose por la ladera. Descendía a toda velocidad, en un penacho de nieve rutilante, y avisaba a gritos:

—¡Apártate! ¡Quítate de en medio!

El trol Mumin se quedó petrificado mirando aquello.

Era la bandeja de plata, encima de la cual iba el desaparecido cubre huevos. “Tutiqui ha debido de echarles encima agua del río —tuvo tiempo de reflexionar el trol Mumin— y ahora están vivos, se han lanzado al galope y no volverán jamás...”

Se produjo la colisión. El trol Mumin salió despedido, se vio hundido en la nieve e, incluso bajo la superficie, pudo oír la carcajada de Tutiqui.

Repicó otra risa, una risa que no podía pertenecer más que a una sola persona en todo el mundo.

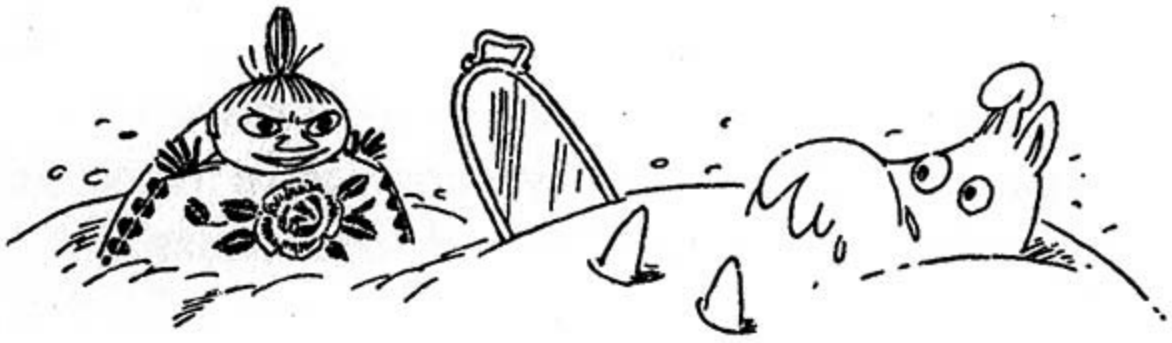
—¡Mía Diminuta! —exclamó el trol Mumin, con la boca llena de nieve.

Se levantó laboriosamente, loco de alegría y esperanza.

Sí, allí estaba, sentada en la nieve. Había perforado tres agujeros en el cubrehuevos, para la cabeza y los brazos, y la rosa bordada adornaba el centro de su vientre.

—¡Mía Diminuta! —repitió el trol Mumin—. ¡Oh, ni por asomo puedes suponer...! Ha sido tan extraño, estaba esto tan solitario... ¿Te acuerdas del verano pasado, cuando...?

—Pero ahora estamos en invierno —le interrumpió Mía Diminuta, y alargó la mano para sacar la bandeja de plata de entre la nieve—. Hemos dado un buen salto, ¿verdad?



—Me desperté y no conseguí dormirme otra vez —le explicó Mumin—. La puerta estaba atrancada, el sol se había perdido y ni siquiera el Inquilino del Fregadero hubiese...

—Basta, basta —dijo Mía Diminuta jubilosamente—. Así que empezaste a pegar cromos en las paredes. Eres el mismo viejo trol Mumin de siempre. Me estoy preguntando ahora si no ganaría en rapidez esta bandeja, caso de que la frotásemos con sebo de vela.

—Es una idea —terció Tutiqui.

—Creo que conseguiría hacerla volar sobre el hielo —dijo Mía Diminuta—. Todo es cuestión de encontrar en casa de Mumin algo con lo que fabricar un velamen.

El trol Mumin se los quedó mirando durante un momento. Después dijo sosegadamente:

—Siempre puedes tomar prestado mi toldo.

Aquella misma tarde, Tutiqui notó en la nariz que el Gran Frío se encontraba ya en camino. Se apresuró a verter agua del río sobre el caballo y acarreó leña a la caseta de baño.

—No salgáis de casa, porque ya se acerca —advirtió Tutiqui.

Las invisibles musarañas asintieron con la cabeza, y en el armario se produjo un rumor de aquiescencia. Tutiqui salió a avisar a los demás.

—Hay que tomárselo con calma —dijo Mía Diminuta—. Me recogeré en cuanto note el pinchazo en la punta de los pies. Siempre tendré tiempo de echar un poco de paja encima de Mimbla.

Mía Diminuta condujo su bandeja de plata por encima del hielo.

Tutiqui continuó hacia el valle. Se encontró en el sendero con la ardilla de la cola maravillosa.

—Quédate en casa esta noche, porque el Gran Frío viene ya —aconsejó Tutiqui.

—Sí —repuso la ardilla—. ¿No has visto una pina de abeto que he dejado por aquí, en alguna parte?

—No, no la he visto —contestó Tutiqui—. Pero prométeme que no olvidarás lo que acabo de decirte. No salgas de casa después del crepúsculo. Es importante.

La ardilla asintió distraídamente.

Tutiqui llegó a la casa de Mumin y subió por la escalera de cuerda que el trol Mumin tenía colgada por fuera. Tutiqui abrió la trampilla del tejado y llamó a Mumin.

El trol estaba zurciendo con hilo rojo los trajes de baño de la familia.

—Sólo he venido a advertirte que el Gran Frío se acerca ya —manifestó Tutiqui.

—¿Es mayor que otros? —preguntó el trol Mumin—. ¿Qué proporciones pueden alcanzar?

—Esta es la más peligrosa —aclaró Tutiqui—. Y se presentará al atardecer, cuando el cielo se torna verde. Llegará desde el mar.

—Entonces ¿se trata de una mujer? —inquirió Mumin.

—Sí, y muy hermosa —dijo Tutiqui—. Pero si la miras a la cara, quedarás convertido en hielo. Duro como una galleta, y ni siquiera te desmigajarás. Por eso tienes que permanecer en casa esta noche.

Tutiqui volvió a marcharse por el escotillón del tejado. El trol Mumin bajó al sótano y echó más turba a la caldera de la calefacción central. Extendió también unas mantas adicionales encima de los dormidos miembros de la familia.

Luego dio cuerda a los relojes y salió de la casa. Deseaba estar acompañado cuando la Dama del Frío hiciera su visita.

Cuando el trol Mumin llegó a la caseta de baño, el cielo estaba más claro y verdoso que nunca. El viento se había ido a descansar y los juncos muertos asomaban inmóviles por el hielo de la orilla.

Aguzó el oído y creyó percibir en el propio silencio un zumbido tenue, profundo y suave. Tal vez procediera del hielo que cada vez se estaba descongelando más y más abajo, en el mar.

Dentro de la caseta de baño, el ambiente era agradable y cálido. Encima de la mesa estaba la tetera azul de mamá Mumin.

El trol se sentó en la silla de jardín y preguntó:

—¿Cuándo va a llegar?

—Pronto —repuso Tutiqui—, no te preocupes.

—Bueno, la Dama del Frío no me preocupa en absoluto —aseguró Mumin—. Me preocupan *los otros*. Esos de los que no sé nada. Como el Inquilino del Fregadero. Y el que está en el armario. O la Bu, que sólo le mira a uno y nunca pronuncia una palabra.

Tutiqui se frotó la nariz y reflexionó.

—Verás, las cosas son así —explicó—. Hay gran cantidad de seres que no tienen sitio en verano ni en otoño ni en primavera. Son criaturas tímidas y un poco singulares. Algunas clases de animales nocturnos y de personas no encajan bien con los demás, y nadie confía realmente en ellos. Se mantienen al margen todo el año. Y luego, cuando todo está blanco y tranquilo, cuando las noches son largas y casi todo el mundo duerme..., entonces aparecen.

Los conoces *tú*? —preguntó Mumin.

—A algunos. Al Inquilino del Fregadero, por ejemplo, le conozco muy bien. Pero me parece que quiere llevar una vida secreta, de modo que no puedo presentarlos.

El trol Mumin dio un puntapié a la pata de la mesa y suspiró.

—Comprendo, me hago cargo —repuso—. Pero yo no quiero llevar una vida secreta. Aquí se tropieza uno con algo completamente nuevo y desconocido y no hay alma que le pregunte a uno siquiera en qué clase de mundo ha vivido hasta ahora. Ni Mía Diminuta desea hablar del mundo *real*.

—¿Y cómo puede uno determinar cuál es el mundo real? —indagó Tutiqui, con la nariz pegada a un cristal de la ventana—. Aquí viene.

Se abrió de golpe la puerta, y Mía Diminuta deslizó la bandeja de plata ruidosamente a lo largo del piso de la caseta de baño.

—La vela no está mal —dijo la recién llegada—. Pero lo que de veras me hace falta ahora es un manguito. El calentador de huevos de tu madre no servirá, haga los agujeros donde los haga. Tiene un aspecto tan astroso que ni siquiera me atrevería a regalárselo a un erizo desahuciado^[1].

—Ya lo veo —replicó el trol Mumin, tras lanzar una triste mirada al calentador de huevos.

Mía Diminuta lo arrojó al suelo, y las manos invisibles de una musaraña lo lanzaron de inmediato dentro de la estufa.

—Bueno, ¿viene ya? —preguntó Mía Diminuta,

—Creo que sí —repuso Tutiqui quedamente—. Vayamos a echar un vistazo.

Salieron del embarcadero y olfatearon el aire, de cara al mar. El cielo del anochecer era una continuidad verde, y el mundo entero parecía hecho de fino cristal. Todo estaba silencioso, nada se movía y remotas estrellas minúsculas brillaban por doquier y centelleaban en el hielo. Hacía un frío terrible.

—Sí, está en camino —confirmó Tutiqui—. Será mejor que entremos.

A lo lejos, sobre el hielo, se deslizaba la Dama del Frío. Era inmaculadamente blanca, como las velas, pero si uno la miraba a través del cristal de la derecha, se teñía de rojo, y vista a través del cristal de la izquierda, su color era verde claro.

El trol Mumin notó de pronto que el cristal de la ventana estaba tan frío que hacía daño, y retiró el hocico, sobresaltado.

Se sentaron alrededor de la estufa y esperaron.

—¡Eh! ¡Alguien está trepando por mi regazo! —exclamó Mía Diminuta en tono sorprendido, y bajó la mirada hacia su vacía falda.

—Son mis musarañas —aclaró Tutiqui—. Están asustadas. Quédate quieta y no tardarán en marcharse.



La Dama del Frío pasaba en aquel momento por delante de la caseta de baño. Quizá proyectó su mirada a través de la ventana, porque una corriente gélida barrió súbitamente la estancia y, durante

unos segundos, oscureció la estufa al rojo vivo. Después, todo volvió a ser como antes. Sintiéndose un poco violentas, las invisibles musarañas saltaron del halda de Mía Diminuta, y todos se precipitaron a mirar por la ventana.

La Dama del Frío se encontraba cerca de los juncos. Estaba de espaldas e inclinaba el cuerpo sobre la nieve.

—Es la ardilla —dijo Tutiqui—. Ha olvidado que debía quedarse en casa.

La Dama del Frío volvió su bonito rostro hacia la ardilla y le rascó distraídamente detrás de una oreja. Hechizada, la ardilla miró directamente al fondo de las gélidas pupilas azules de la Dama del Frío, que sonrió y continuó su camino.

Pero dejó tendida en el suelo a la imprudente ardillita, rígida y entumecida, con las cuatro patas levantadas en el aire.

—¡Malo! —articuló Tutiqui, torvo, y se bajó la gorra sobre las orejas.

Abrió la puerta, y una nube de blanca bruma de nieve penetró turbulenta en la estancia. Tutiqui salió corriendo y, al cabo de unos instantes, estuvo de regreso y depositó la ardilla encima de la mesa.

Las musarañas invisibles llevaron a toda prisa agua caiféEte y envolvieron a la ardilla en una toalla tibia. Pero las patitas siguieron envaradas, lastimosamente rígidas en el aire, y el animal no movió un pelo.



—Está completamente muerta —manifestó Mía Diminuta, sin ninguna emoción en el tono.

—Al menos ha visto algo hermoso antes de morir —observó el trol Mumin con voz temblorosa.

—¡Ah, vaya! —comentó Mía Diminuta—. De cualquier modo, a estas horas ya lo habrá olvidado. Y me voy a hacer un manguito precioso con su cola.

—¡No puedes hacer eso! —protestó el trol Mumin, alteradísimo—. Debe conservar la cola en la tumba. Porque vamos a enterrarla, ¿no es así, Tutiqui?

—Hummm —replicó Tutiqui—. Sería muy difícil saber si, después de muerta, a la gente le proporciona algún placer la cola.

—Por favor —rogó Mumin—. No habléis continuamente de la ardilla, considerándola muerta. ¡Es tan triste!

—Cuando uno muere, muerto está —sentenció Tutiqui amablemente—. A su debido tiempo, esta ardilla se convertirá en tierra. Y, después, de esa tierra brotarán y se desarrollarán árboles alrededor de los cuales corretearán y brincarán nuevas ardillas. ¿Te parece que eso es muy triste?^[2]

—Quizá no —convino el trol Mumin, y se sonó el hocico—. Pero, de todas formas, la enterraremos mañana, con su cola, y celebraremos un bonito y apropiado funeral.

Al día siguiente, el frío era muy intenso en la caseta de baño. La estufa seguía encendida, pero era evidente que las invisibles musarañas estaban cansadas. La cafetera que el trol Mumin había llevado de su casa tenía una delgada capa de hielo debajo de la tapa.

En consideración a la ardilla muerta, Mumin no hubiera tomado café.

—Tendrás que darme mi albornoz —dijo solemnemente—. Mi madre dice que los funerales son siempre fríos.

—Ponte de espaldas y cuenta hasta diez, —aleccionó Tutiqui.

El trol Mumin se volvió hacia la ventana y empezó a contar. Cuando iba por el ocho, Tutiqui cerró la puerta del armario y le entregó el albornoz azul.

—¡Ah, te acordaste de que el mío era el azul! —dijo el trol Mumin, feliz.

Se apresuró a hundir las manos en los bolsillos, pero no encontró allí las gafas de sol; sólo un poco de arena y un guijarro blanco, liso y perfectamente redondeado.

Cerró la mano en torno al guijarro. Su redondez conservaba toda la seguridad del verano. Mumin llegó inckÍSfe a imaginarse que en la piedrecita quedaba todavía un poco del calor que recibió mientras estuvo al sol.

—Parece como si te hubieses equivocado de reunión —comentó Mía Diminuta.

El trol Mumin no la miró.

—¿Vais a asistir al funeral o no? —preguntó, en actitud digna.

—Pues claro que vamos —dijo Tutiqui—. A su modo, era una ardilla estupenda.

—En especial la cola —añadió Mía Diminuta.

Envolvieron a la ardilla en un viejo gorro de baño y salieron de la caseta. El frío era crudísimo.

La nieve crujía bajo sus pies y el aliento se transformaba en nubecillas de humo blanco. El trol Mumin notó que el hocico se le acartonaba, hasta el punto de que le fue imposible arrugarlo.

—Una marcha dura, ésta —comentó Mía Diminuta alegremente, y patinó a lo largo de la helada ribera.



—¿No puedes moderarte un poco? —preguntó el trol Mumin—. Esto es un funeral.

Sólo le era posible aspirar cortas bocanadas de aquel aire gélido.

—No sabía que tuvieses cejas —observó Mía Diminuta en tono interesado—. Ahora están completamente blancas y pareces más confundido que nunca.

—Eso es escarcha —dijo Tutiqui severamente—. Y tranquilízate ya, porque ni tú ni yo sabemos nada acerca de funerales.

El trol Mumin se animó. Llevó la ardilla hasta la casa y la depositó ante el caballo de nieve.

Después trepó por la escala de cuerda y descendió al cálido y apacible salón, donde todo el mundo continuaba durmiendo.

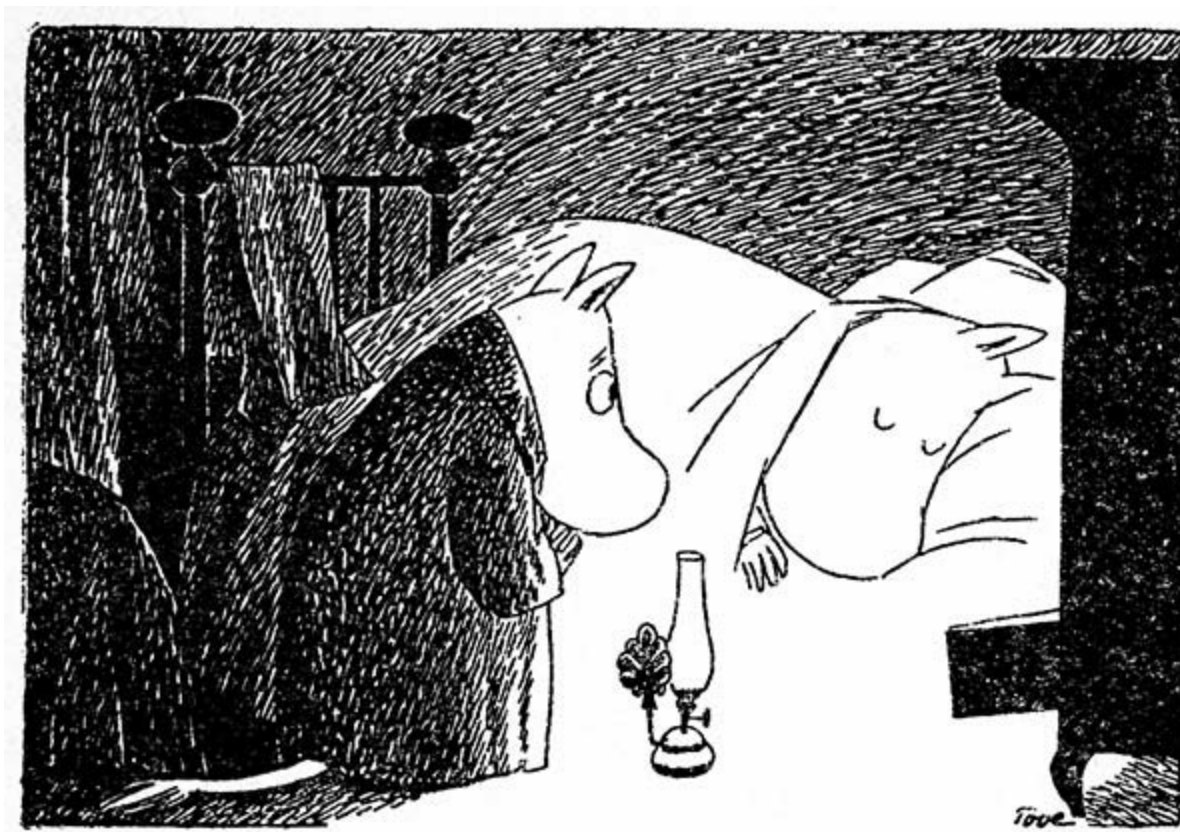
Registró todos los cajones. Buscó por todas partes, pero no dio con lo que necesitaba.

Se acercó a la cama de su madre y susurró una pregunta en el oído de ésta. Mamá Mumin exhaló un suspiro y se dio media vuelta. El trol Mumin repitió la pregunta.

Mamá Mumin respondió entonces, desde las profundidades de su femenino entendimiento de todo lo que conserva la tradición:

—Cintas negras... Están en mi armario..., en el estante de arriba..., a la derecha.

Y volvió a sumergirse en su sueño invernal.



El trol Mumin sacó la escalerilla de mano de debajo del primer rellano de la escalera, y subió hasta alcanzar el estante superior del armario.

Allí encontró la caja con todas esas cosas superfluas que a veces son absolutamente necesarias: cintas negras para el luto, cintas doradas para las celebraciones importantes, la llave de la casa, el tubo de pegamento para la porcelana y varios pomos metálicos de repuesto para los postes de las camas, entre otras cosas.

Cuando el trol Mumin volvió a salir de la casa, llevaba un lazo negro en la cola. Hizo otro

rápidamente en la gorra de Tutiqui.

Pero Mía Diminuta se negó en redondo a que la decorasen así.

—Si estoy triste, no necesito dar tres cuartos al pregonero poniéndome un lazo —declaró.

—*Si* estás triste, exacto —dijo el trol Mumin—. Pero no lo estás.

—No —manifestó Mía Diminuta—. No puedo sentir tristeza. Yo estoy siempre alegre o furiosa.

¿Le serviría de algo a la ardilla que yo estuviese triste? No. Pero si estoy furiosa con la Dama del Frío, puede que le muerda una pierna en algún momento. Y quizás entonces tenga mucho cuidado antes de rascar a otras ardillitas detrás de la oreja, sólo porque son suaves y vellosas.

—No deja de haber cierta lógica en eso —dictaminó Tutiqui—, pero el trol Mumin también tiene razón, aunque lo otro sea posible. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Ahora voy a cavar un hoyo en el suelo —dijo Mumin—. Este es un buen sitio, en el verano crecen aquí montones de margaritas,

—Pero, querido —advirtió Tutiqui, apesadumbrado—, el suelo está helado y duro como piedra. No podrías enterrar ni a un saltamontes.

El trol Myxnin la miró desesperanzado, sin contestar. Nadie dijo una palabra. Y en aquel momento, el caballo de nieve agachó la cabeza y olióteó precavidamente a la ardilla. Los espejitos de sus ojos miraron al trol Mumin con expresión interrogadora y la escoba que constituía el rabo se agitó ligeramente.

Al mismo tiempo, la musaraña invisible empezó a tocar con la flauta una melodía triste. El trol Mumin inclinó la cabeza agradecido.

Entonces, el caballo de nieve cogió a la ardilla, cola y gorro de baño incluidos, y se la puso al lomo. Todos emprendieron el regreso hacia la orilla del mar.

Y Tutiqui entonó esta canción alusiva a la ardilla:

Era una pobre ardillita,
una ardillita chiquitita.
Aunque no era muy despierta,
tenía una piel agraciada.
Ahora está inmóvil, fría y yerta,
con las patas envaradas,
pero aún es la ardilla hermosa
de cola maravillosa.

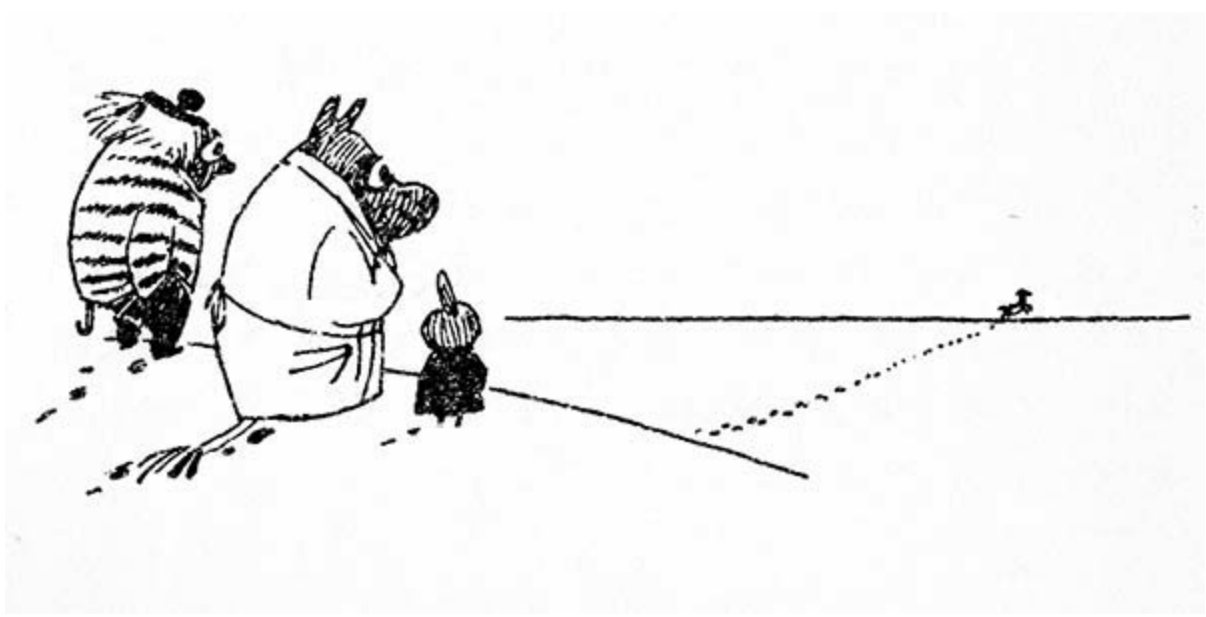
Cuando el caballo notó bajo sus cascos la dureza del hielo, alzó la cabeza y sus ojos relampaguearon; ejecutó una súbita cabriola y se lanzó al galope.

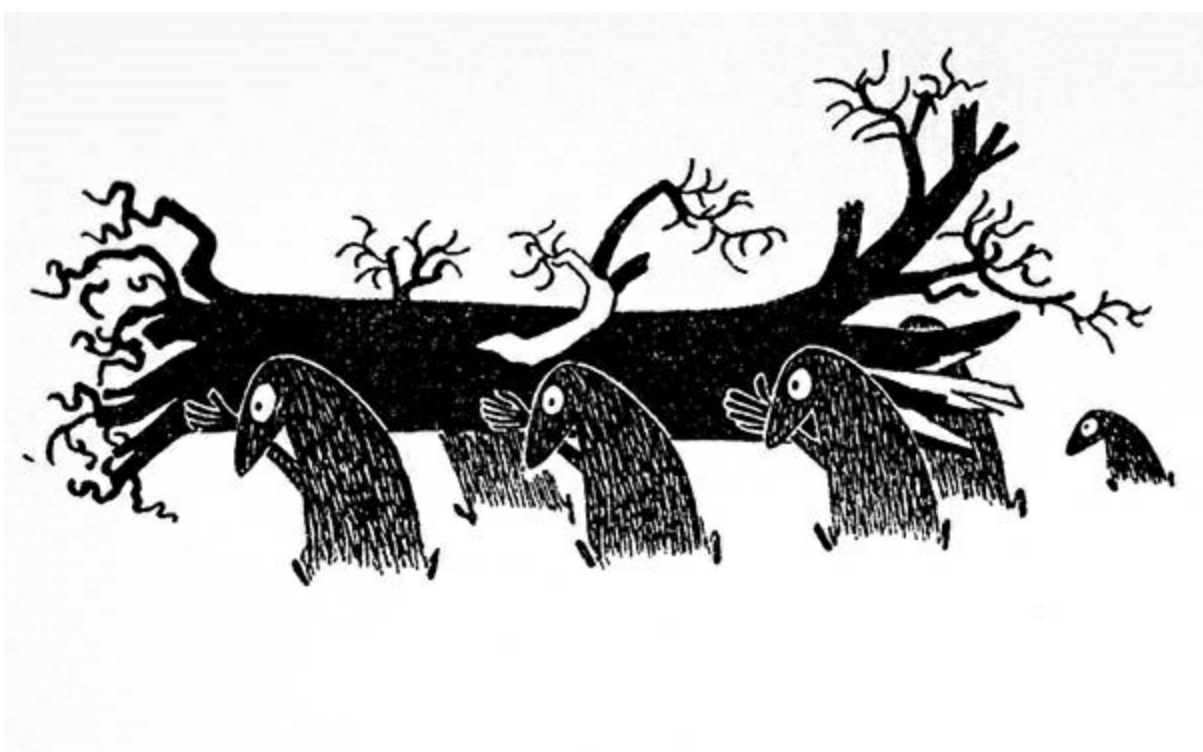
La musaraña invisible empezó entonces a tocar otra pieza, más rápida y vivaz. El caballo de nieve continuó alejándose a galope tendido, con la ardilla en su espalda. Por último, no fue más que un puntito en el horizonte.

—Me pregunto si esto habrá salido bien —reflexionó el trol Mumin, preocupado.

—No podía haber salido mejor —dijo Tutiqui.

—Bueno, claro que sí pudo salir mejor —intervino Mía Diminuta—. Si hubiese conseguido esa estupenda cola para hacerme un manguito...





CAPÍTULO IV

Lo solitario y lo extraño

Unos cuantos días después del funeral de la ardilla, el trol Mumin se dio cuenta de que alguien había robado turba de la carbonera.

Había un rastro ancho en la nieve, como si hubieran arrastrado por allí pesados sacos.

“No puede ser Mía” —pensó el trol Mumin—. Es demasiado pequeña. Y Tutiqui sólo coge lo que necesita. Sin duda se trata de la Bu.”

Siguió aquel rastro, erizados los pelos de la nuca. No había nadie más que pudiese vigilar el combustible de la familia y, por lo tanto, aquella era una cuestión de honor.

La pista terminaba en lo alto de la colina, detrás de la cueva.

Había allí sacos de turba. Estaban amontonados para constituir parte de una hoguera, y encima de ellos se encontraba el sofá del jardín de los Mumin, que había perdido una pata en el mes de agosto.

—Ese sofá va a presentar un aspecto estupendo —dijo Tutiqui, saliendo detrás de la hoguera—. Es viejo y está tan seco como polvoriento.

—Desde luego —dijo el trol Mumin—. Mi familia lo ha tenido durante mucho tiempo. Podíamos haberlo reparado.

—O hacer uno nuevo —repuso Tutiqui—. ¿Te gustaría escuchar la canción acerca de Tutiqui, que preparó una gran fogata de invierno?

—¡Claro! —repuso Mumin bonachonamente.

Y Tutiqui empezó al instante a patear despacio la nieve, mientras cantaba lo siguiente:

Aquí viene el estupor,
lo apacible y lo feroz,

lo solitario y lo extraño.
Sordo repica el tambor.

La hoguera alegre crepita
y riel a en la blanca nieve,
sisean colas que se agitan
y azotan la blanca nieve.
En la negra, negra noche
el grave tambor repica.

—Ya estoy harto de tu nieve y de tu noche —protestó el trol Mumin—. No, no quiero oír el estribillo. ¡Tengo frío! ¡Me siento solo! ¡Quiero que vuelva el sol otra vez!

—Precisamente por eso encendemos esta noche la gran hoguera de invierno —dijo Tutiqui—. Mañana tendrás de nuevo tu sol.

—¡Mi sol! —repitió el trol Mumin con voz temblorosa.

Tutiqui asintió y se frotó la nariz.

El trol Mumin guardó silencio durante unos segundos. Luego preguntó, receloso.

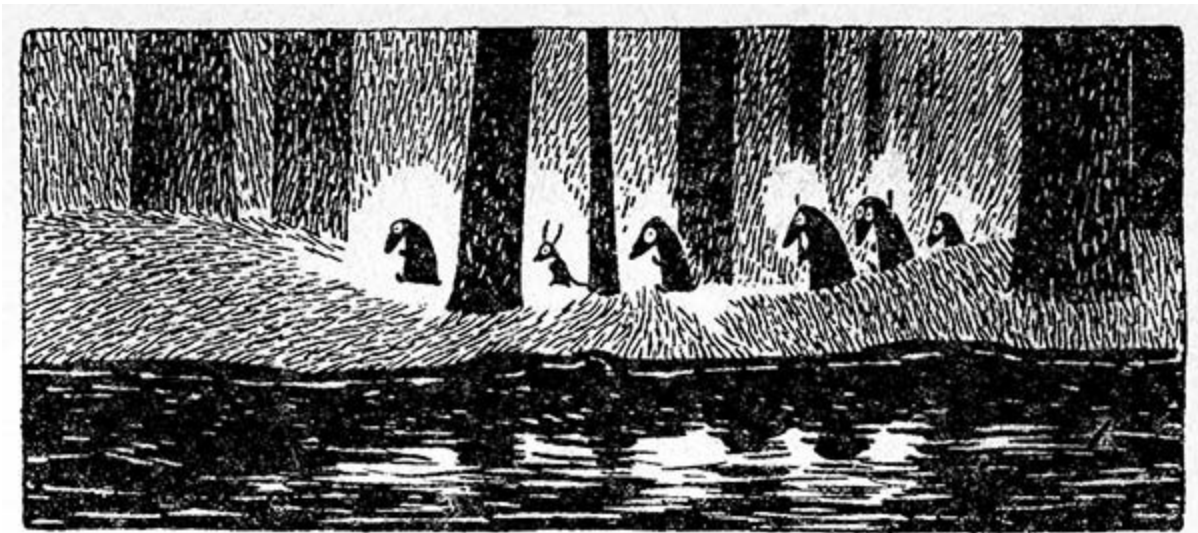
—¿Crees que la fogata notaría si está o no el sofá del jardín?

—Escucha —replicó Tutiqui severamente—. Esta hoguera tiene mil años más que vuestro sofá del jardín. Deberías sentirte honrado por el hecho de que el sofá sea lo bastante bueno como para estar en lo alto.

Y el trol Mumin no dijo nada más.

“Tendré que explicar esto a la familia —pensó—. Y a lo mejor las tempestades de primavera lanzan a la playa maderos a la deriva y un nuevo sofá.”

La pira aumentaba. Se transportaban, ladera de la colina arriba, troncos de árbol secos, así como tocones podridos, viejos barriles y tablas que la gente parecía haber encontrado en la ribera. Pero los seres que acarreaban aquella leña nunca se dejaban ver. El trol Mumin tuvo la sensación de que la colina rebosaba de ellos, pero no logró ver uno solo.



Se presentó Mía Diminuta, arrastrando su caja de cartón por la nieve.

—Ya no me hace falta —declaró—. La bandeja de plata es mucho mejor. Y parece que a mi hermana le gusta dormir encima de la alfombra del salón. ¿Cuándo vamos a prender fuego a la hoguera?

—Al salir la luna —dijo Tutiqui.

El trol Mumin se sentía extraordinariamente excitado aquella noche. Iba de una habitación a otra y encendió más velas de lo normal. De vez en cuando, se quedaba completamente inmóvil y escuchaba la respiración regular de los durmientes y los leves chasquidos que se producían en las paredes cuando el frío se agudizaba.

Tenía la absoluta certeza de que todos los seres misteriosos saldrían aquella noche de sus agujeros y madrigueras, todas las criaturas irreales y tímidas a la luz de las que Tutiqui había hablado. Se aproximarían a la gran fogata que todos los animalitos encenderían para hacer que la oscuridad y el frío se marchasen. Y entonces *él* los vería.

El trol Mumin encendió una lámpara de petróleo y subió a la buhardilla.

Abrió el escotillón. Aún no había salido la luna, pero el valle estaba tenuemente iluminado por la aurora boreal. Por la parte del puente avanzaba una hilera de antorchas, en torno a las cuales se vislumbraban sombras en movimiento. Iban camino de la orilla del mar y de la cumbre de la colina.

El trol Mumin descendió precavidamente, con la encendida lámpara de petróleo en una mano. El jardín y la arboleda aparecían saturados de susurros y luces parpadeantes. Y todas las plantas llevaban hacia la colina.

Cuando llegó a la playa, estaba ya bastante alta sobre el hielo la luna, de color azul yeso y terriblemente remota. Algo se movió junto al trol Mumin, que bajó la mirada para tropezarse con los ojos de Mía Diminuta, que brillaban ferozmente.

—¡Va a ser toda una hoguera! —manifestó Mía riendo—. Pondrá en ridículo la claridad de la luna.

Alzaron la mirada al mismo tiempo hacia la cumbre de la colina, y vieron entonces una llamarada amarilla que ascendía y se recortaba contra el cielo. Tutiqui había encendido la fogata.

La hoguera quedó automáticamente envuelta en sus propias llamas, desde el suelo hasta lo más alto, emitió un rugido de león y lanzó sus reflejos sobre el negro hielo extendido abajo. Una melodía aislada pasó velozmente junto al trol Mumin, adelantándole: era la invisible musaraña, que llegaba tarde al rito "invernal".

Sombras grandes y pequeñas saltaban solemnemente alrededor de la fogata de la cumbre del monte. Las colas empezaban a golpear los tambores.



—Despídete de tu sofá del jardín —dijo Mía Diminuta.

—Nunca lo he necesitado —replicó el trol Mumin con impaciencia.

Dio un traspié en la helada cuesta. Resplandecía el hielo bajo la luz de las llamas. El calor fundía la nieve y Mumin notó que el agua tibia humedecía sus patas.

“El sol regresará —pensó el trol Mumin, presa de gran emoción—. Se acabará la soledad; no

habrá más oscuridad. Volveré a tomar el sol, sentado en la terraza, y sentiré cómo se me calienta la espalda...”

Estaba ya en la cima. El aire era caluroso en torno a la hoguera. La musaraña invisible tocaba otra canción, más alegre.

Pero las sombras danzantes se alejaban ya, y los tambores resonaban en el otro lado de la fogata.

—¿Por qué se marchan? —preguntó el trol Mumin.

Tutiqui le miró con sus ojos azules y tranquilos. Sin embargo, Mumin no estuvo seguro de que le viese. Tutiqui miraba su propio mundo invernal, que había seguido sus reglas particulares año tras año, mientras el trol dormía en la cálida casa de la familia Mumin.

—¿Dónde está el que vive en el armario de la caseta de baño? —preguntó el trol Mumin.

—¿Qué dices? —inquirió Tutiqui distraído.

—¡Me gustaría conocer al que vive en el armario de la caseta de baño! —repitió Mumin.

—¡Oh!, pero si a ese no se le ha permitido salir —dijo Tutiqui—. A uno le resulta imposible adivinar qué puede ocurrírsele hacer a esa criatura.

Un grupo de pequeños seres zanquivanos llegaba zumbando, como una nubecilla de humo que se deslizase sobre el hielo. Alguien de cuernos plateados pasó de largo junto a Mumin y, por encima de la fogata, algo negro onduló en el aire, agitó sus enormes alas y desapareció en dirección Norte. Pero todo sucedió con excesiva rapidez, y el trol Mumin no tuvo tiempo para presentarse.

—Por favor, Tutiqui —rogó, tirándole del jersey.

—Está bien —concedió Tutiqui en tono amable—. Ahí tienes el Inquilino del Fregadero.

Era más bien pequeño, de pobladas cejas. Estaba sentado en el suelo y contemplaba la hoguera.

El trol Mumin fue a sentarse junto a él y trató de pegar la hebra:

—Confío en que aquellas galletas no estuviesen pasadas.



El animalito le miró, pero no dijo nada.

—¿Puedo felicitarte por tus cejas extraordinariamente pobladas? —continuó el trol Mumin cortésmente.

El bichito de las densas cejas contestó a eso:

—Chadafumu.

—¿Cómo? —se sorprendió el trol Mumin.

—Rédense —adujo el animalito, displicente.

—Habla un lenguaje exclusivamente suyo y cree que le has ofendido —explicó Tutiqui.

—¡Pero en absoluto fue esa mi intención! —protestó Mumin, lleno de ansiedad. Añadió en tono implorante—: Rédense, rédense.

Eso pareció poner fuera de sí a la criatura de las cejas. Se levantó precipitadamente y desapareció.

—¡Caracoles! ¿Qué voy a hacer? —dijo el trol Mumin—. Ahora vivirá durante todo un año debajo de nuestro fregadero, sin saber que yo sólo deseaba ser amigo suyo.

—Son cosas que pasan —concluyó Tutiqui.

El sofá del jardín se desmoronó, convertido en una lluvia de chispas.

Las llamas casi se habían apagado ya del todo, pero enormes rescoldos mantenían su incandescencia, y el agua burbujeaba en las grietas. Pero la musaraña dejó bruscamente de tocar y todo el mundo miró hacia el hielo.

La Bu estaba sentada allí. Sus ojillos redondos reflejaban el resplandor del fuego, pero, aparte eso, era una informe masa grisácea. Había crecido mucho desde el mes de agosto.

Los tambores interrumpieron su redoble, mientras la Bu echaba a andar, arrastrando los pies, colina arriba. Se encaminó a la fogata en línea recta. Y, sin pronunciar una sola palabra, se sentó encima.

Un agudo rumor sibilante llenó el aire, y la cumbre de la colina quedó envuelta en vapor. Cuando se disolvió aquella neblina, ya no pudo verse ascua alguna. Sólo se vio allí a una Bu enorme y gris, que soplaba la bruma de nieve que la envolvía.

El trol Mumin había huido precipitadamente hacia la playa, lo mismo que muchos otros. Al encontrar a Tutiqui, que también estaba en la ribera, Mumin gritó:

—¿Qué ocurrirá ahora? ¿Ha conseguido la Bu que el sol se quede donde está?

—Tómatelo con calma —replicó Tutiqui—. La Bu no ha venido a apagar la fogata, ¿comprendes?, sólo quería calentarse, pobrecilla. Pero todo lo caliente se enfría en cuanto ella se sienta encima. Ahora está desilusionada una vez más.

El trol Mumin vio que la Bu se incorporaba y se ponía a husmear los carbones escarchados. La Bu se acercó después a la lámpara de Mumin, que aún estaba encendida sobre la nieve. El quinqué se apagó.



La Bu permaneció inmóvil durante unos segundos. El monte estaba desierto. Todo el mundo se había ido. Entonces, la Bu descendió nuevamente hacia el hielo y regresó a las tinieblas, tal como había venido, sola.

El trol Mumin volvió a su casa.

Antes de meterse en la cama, tiró con cuidado de una oreja de mamá Mumin y le dijo:

—No fue una fiesta divertida.

—Qué le vamos a hacer, querido —murmuró mamá Mumin entre sueños—. Quizá la próxima...

Debajo del fregadero estaba sentado el animalito de espesas cejas, que rezongaba para sí.

—¡Rédense! —exclamó malhumorado—. ¡Rédense!

Se encogió de hombros violentamente. Era muy probable que, en todo el valle, nadie pudiera entender lo que el Inquilino del Fregadero decía.

Tutiqui estaba sentado debajo del hielo, con su caña de pescar. A Tutiqui le gustaba la costumbre que tenía el mar de hundirse un poco de vez en cuando. En tales ocasiones, Tutiqui podía colarse por un agujero practicado en el hielo, junto al muelle, y sentarse encima de un peñasco para pescar. Uno tenía entonces un bonito techo verde sobre la cabeza y el mar a los pies.



Un suelo negro y un techo verde, ambos dilatándose hasta perderse en la oscuridad.

Al lado de Tutiqui yacían cuatro pequeños peces. Otro más, y ya tendría la sopa.

Oyó de pronto unos pasos impacientes que se acercaban por el embarcadero. Allá arriba, el trol Mumin llamó a la puerta de la caseta de baño. Esperó un momento y volvió a llamar.

—¡Eh! —voceó Tutiqui—. ¡Estoy debajo del hielo!

El eco, dormido en alguna parte, se despertó, alzó la cabeza y repitió:

—¡Eh! —vagó de un lado para otro varias veces y gritó—: ¡Debajo del hielo!

Al cabo de un momento, el hocico de trol Mumin asomó cautelosamente por la abertura. Las orejas de Mumin aparecían adornadas con lacias cintas de oro.

Miró las empañadas y negras aguas, y los cuatro pececitos de Tutiqui.

—Bueno, pues no ha venido —dijo, con un estremecimiento.

—¿Quién no ha venido? —preguntó Tutiqui.

—¡El sol! —chilló el trol Mumin.

—¡El sol! —repitió el eco—. Sol, sol, sol...

Cada vez más lejano, cada vez más débil.

Tutiqui tiró del sedal.

—No tengas tanta prisa —aconsejó—. Todos los años empieza a venir tal día como hoy, así que lo más probable es que este año también lo haga. Levanta tu cara, para que pueda salir.

Tutiqui subió a la superficie y se sentó en los escalones de la entrada de la caseta de baño. Olfateó el aire y aguzó el oído. Luego dijo:

—Pronto aparecerá. Siéntate y espera.

Mía Diminuta llegó patinando sobre el hielo y se sentó junto a ellos. Había atado a las suelas de sus zapatos unas tapas de hojalata para deslizarse con más rapidez.

—De forma que aquí estamos esperando a que algo maravilloso se repita —dijo—. No puedo negar que me gustaría ver un poco de claridad diurna.

Dos viejos grajos salieron del bosque, se acercaron aleteando y fueron a posarse en el tejado de la caseta de baño. Transcurrieron los minutos.

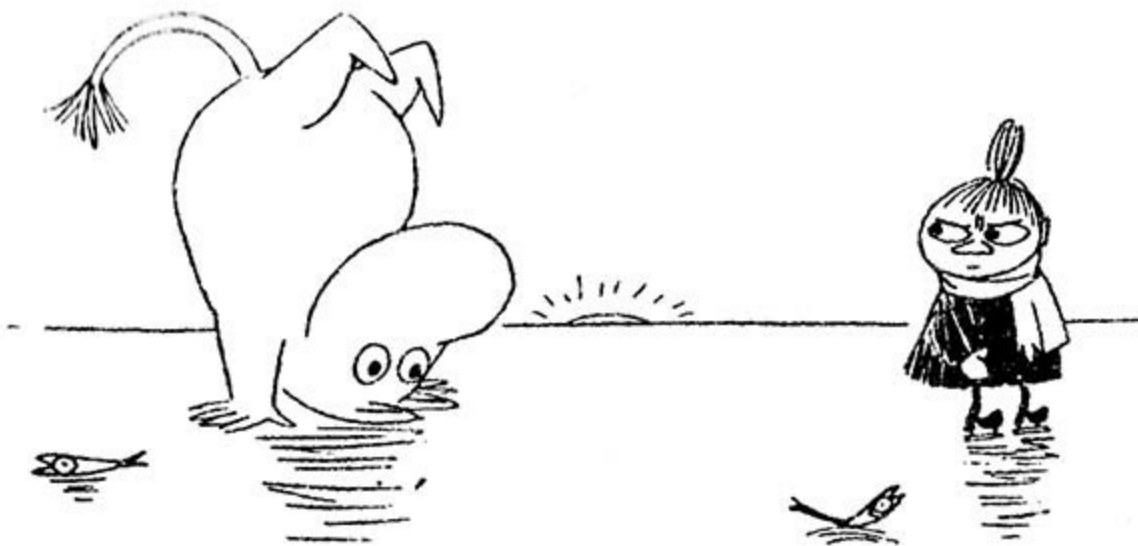
De súbito, la pelusa de la espalda de Mumin se erizó y, emocionado de veras, el trol vio una luz

rojiza que se encontraba en el cielo polvoriento, encima mismo del horizonte. Fue cobrando cuerpo hasta convertirse en una grieta de fuego colorado que despedía rojos rayos de luz a lo largo del hielo.

—¡Ahí está! —gritó el trol Mumin.

Cogió en brazos a Mía Diminuta, la levantó y le dio un sonoro beso en la nariz.

—¡Vaya alboroto que armas, caramba! —protestó Mía Diminuta—. ¿Qué tiene eso de particular para que organices tanto ruido?



—¡Qué pregunta! —exclamó el trol Mumin—. ¡Llega la primavera! ¡Buen tiempo! ¡Todo el mundo se despertará! ¡¡Espléndido!!

Cogió los cuatro peces y los arrojó por el aire, a gran altura. Se puso cabeza abajo. En toda su vida se había sentido más feliz.

Y entonces el hielo comenzó a oscurecerse otra vez.

Los grajos despegaron y se alejaron por la orilla del mar, aleteando despacio. Tutiqui recogió sus cuatro peces, y la pequeña franja roja volvió a ocultarse bajo el horizonte.

—¿Ha cambiado de idea? —preguntó el trol Mumin, horrorizado.

—No me extraña que lo haya hecho, después de haberte visto —dijo Mía Diminuta, y se marchó patinando con sus tapas de hojalata.

—Volverá mañana —tranquilizó Tutiqui—. Y entonces se asomará un poquito más, será como un trozo de corteza de queso. Ten paciencia.

Y descendió por la abertura del hielo para llenar su olla con agua de mar y hacerse la sopa.

Naturalmente, tenía razón. El sol no podía aparecer por completo en el cielo en un abrir y cerrar de ojos. Pero uno no iba a sentirse menos decepcionado sólo porque otra persona tiene razón y uno está equivocado.

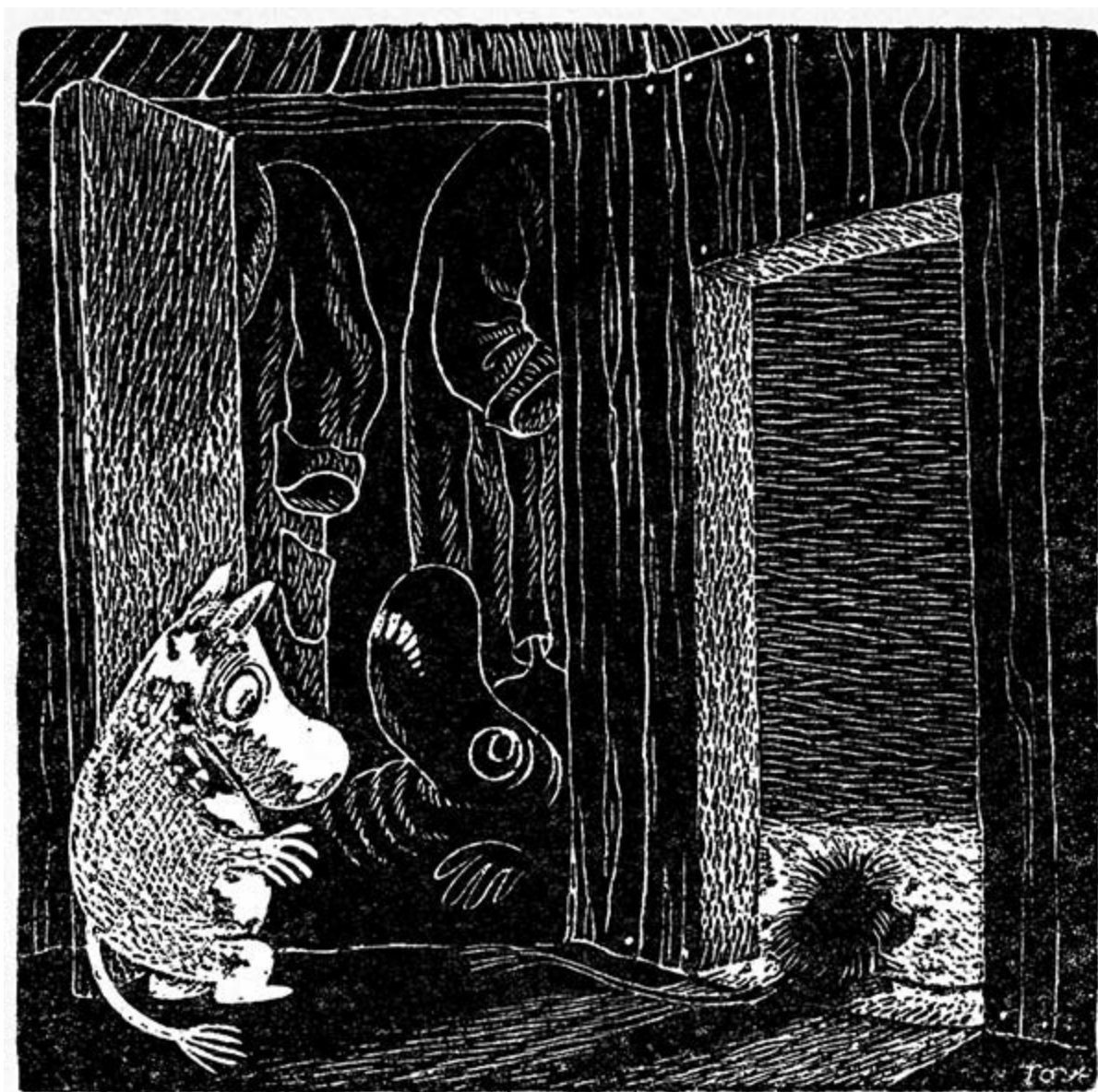
El trol Mumin permaneció sentado, con la vista fija en el hielo y, de súbito, notó que se estaba irritando. El sentimiento de rabia nació en el fondo de su barriga, como todas las sensaciones fuertes. Tuvo la impresión de que alguien le había timado.

Y consideró que había hecho el ridículo al armar tanto ruido y al ponerse cintas de oro en las orejas. Eso aumentó su enojo.

Por último, llegó a la conclusión de que, para calmarse, tendría que hacer algo realmente terrible y prohibido. Y hacerlo *en seguida*.

Se puso en pie, corrió por el embarcadero y entró en la caseta de baño. Se dirigió al armario y lo abrió de par en par.

Allí estaban colgados los albornoces. Allí estaba el jemulen de goma, algo fofu por la pérdida de aire. Todo tal como quedó al concluir el verano anterior. Pero, sentada en el suelo y mirándole fijamente, estaba también una pequeña criatura de color gris, muy gris, vellosa y hocieluda.



La criatura cobró vida de pronto, pasó como una exhalación junto a Mumin y desapareció. El trol Mumin vio deslizarse el rabo por el resquicio de la puerta de la caseta de baño, como un trozo de bramante negro. El mechón que remataba la cola se atascó momentáneamente, pero se soltó al instante y el animalito se perdió de vista.

Entró Tutiqui, con la olla en las manos, y observó:

—De modo que no pudiste resistir la tentación de abrir el armario, ¿eh?

—No había más que una especie de rata vieja —replicó Mumin, hosco.

—No es ninguna rata —dijo Tutiqui—. Es un trol. Un trol de la clase a la que pertenecías tú antes de convertirte en un Mumin. Ese es el aspecto que tenías hace mil años.

A Mumin no se le ocurrió ninguna respuesta. Se marchó a casa y se sentó en el salón a meditar.

Al cabo de un rato se presentó Mía Diminuta para pedir prestadas unas cuantas velas y un poco de azúcar.

—Me han dicho cosas terribles acerca de ti —manifestó satisfechísima—. Dicen que has dejado salir del armario a tu propio antepasado. Os parecéis mucho, según he oído.

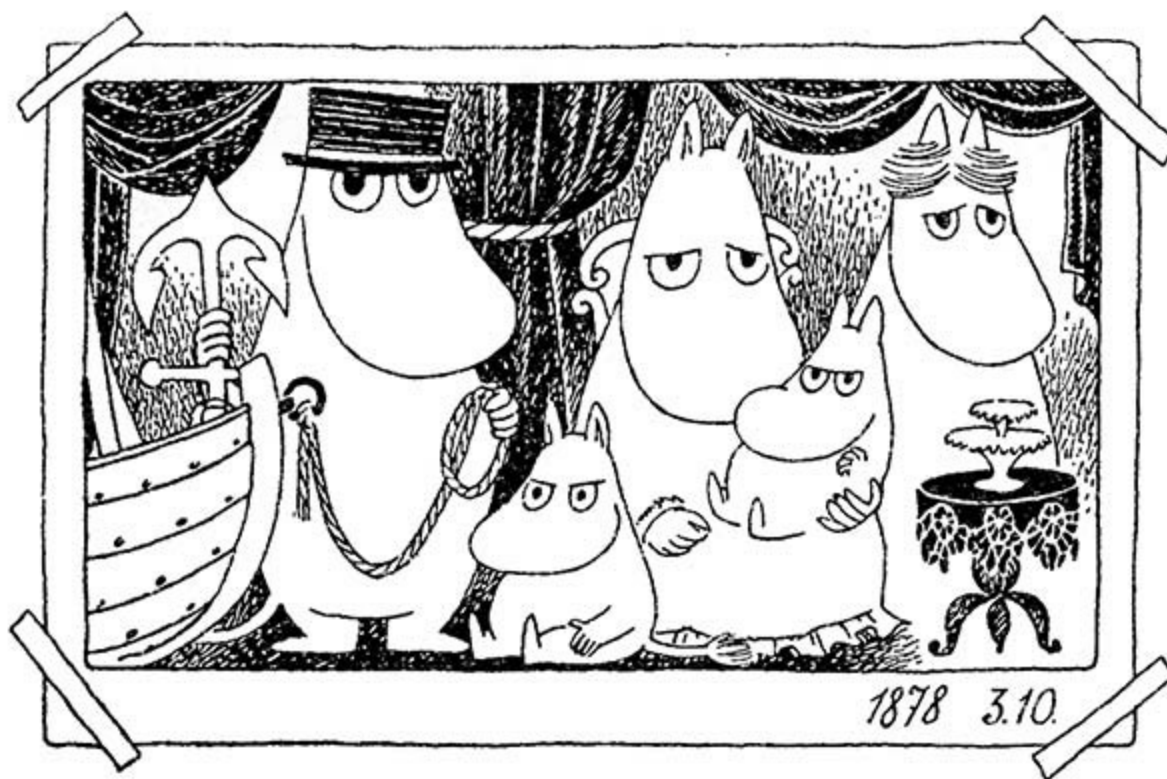
—Por favor, cállate —dijo el trol Mumin.

Subió a la buhardilla y buscó el álbum familiar.

Página tras página de Múmines dignos, casi siempre representados de pie ante estufas de porcelana o galerías celadas. Ni uno solo de ellos se parecía al trol del armario.

“Debe de tratarse de un error —pensó el trol Mumin—. No es posible que tenga parentesco alguno conmigo.”

Bajó de nuevo y contempló a su padre dormido. Sólo el hocico guardaba cierta semejanza con el del trol. Claro que, posiblemente, mil años atrás...



Tintinearón los cristales tallados de la araña. Ésta se balanceaba despacio y algo se movía dentro de la gasa. Algo pequeño y peludo. Un rabo largo y negro colgaba entre los prismas.

—Ahí está —murmuró el trol Mumin—. Mi antecesor se ha instalado en la araña.

Pero eso no parecía muy grave. El trol Mumin empezaba a acostumbrarse al hechizado período invernal.

—¿Qué tal estás? —preguntó en tono suave.

El trol le miró a través de la gasa y meneó las orejas.

—Ten cuidado con la araña —continuó Mumin—. Es un recuerdo de familia.

El trol inclinó la cabeza y miró a Mumin atentamente. Saltaba a la vista que se esforzaba en escuchar.

“Ahora va a decir algo”, pensó Mumin. Y al instante se vio asaltado por el pavoroso temor de que su ascendiente tratara de comunicarle alguna cosa. ¿Y si se expresaba en un lenguaje desconocido, como el animalito de las cejas? ¿Y si se enojaba y decía “rédiense” o algo por el estilo? En cuyo caso, quizá ya nunca fueran amigos.

—¡Chisst! —murmuró el trol Mumin—. No digas nada.

Tal vez estuviesen emparentados, después de todo. Y los familiares que van de visita a veces se quedan largo tiempo o a lo mejor un antepasado se queda para siempre. ¿Quién sabe? Si uno no se anda con cuidado, puede crear un malentendido y provocar el enojo de alguien. Y entonces la familia tendría que convivir toda su vida con un antepasado enfurecido.

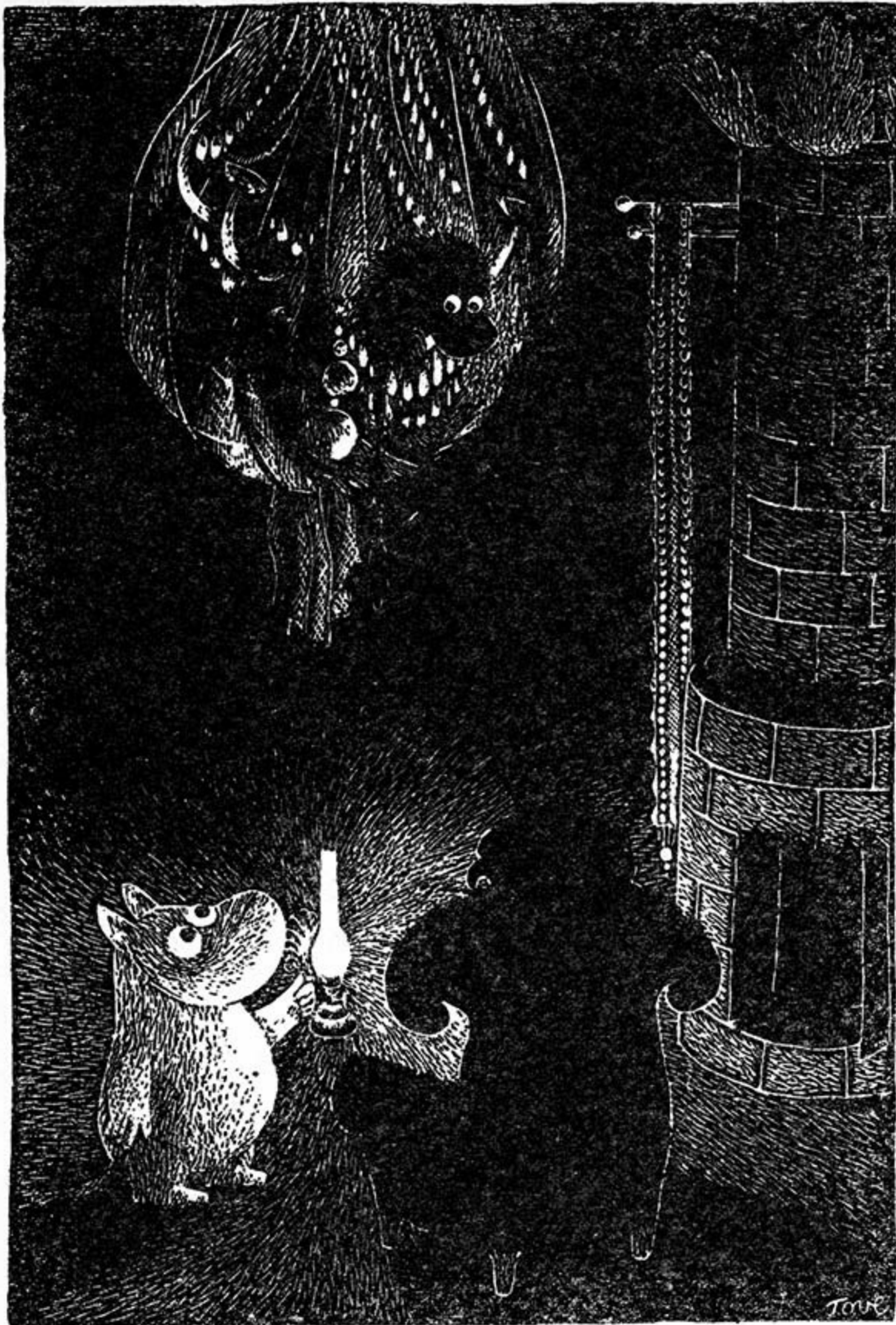
—¡Chisst! —repitió el trol Mumin—. ¡Calla!

El antecesor hizo tintinear levemente los prismas, pero no dijo nada.

“Le enseñaré la casa —pensó el trol Mumin—. Eso es lo que habría hecho mamá, si viniera a visitarnos un pariente.”

Tomó el quinqué y lo levantó para que iluminase un precioso cuadro que tenía el título de “Filiyonk en la ventana”. El trol miró la pintura y se encogió de hombros.

Mumin continuó con el sofá de felpa. Mostró al trol todas las sillas, una por una, el espejo del salón, el tranvía de espuma de mar, y cuanto de bonito y de valioso poseía la familia Mumin.



El trol lo miró todo con suma atención, pero era evidente que no comprendía la función práctica de las cosas. Por último, Mumin suspiró y dejó la lámpara en la repisa de la chimenea. Que fue lo que despertó con más fuerza el interés del trol.

Descendió de la araña y, como un pequeño bulto de trapos grises, se deslizó en torno a la estufa de porcelana. Introdujo la cabeza por el hueco de la trampilla y olfateó las cenizas. Manifestó gran

curiosidad por el cordón del regulador de tiro y husmeó largo rato en la grieta que quedaba entre la estufa y la pared.

“Debe de ser cierto, pues —pensó alteradamente el trol Mumin—. *Estamos* emparentados. Porque mamá me ha dicho siempre que nuestros antecesores vivían detrás de las estufas...”

El timbre del despertador empezó a sonar en aquel momento. Mumin lo ponía para que tocara al anochecer, porque era cuando más echaba de menos la compañía.

El trol se puso visiblemente rígido y se precipitó dentro de la estufa, provocando una nube de cenizas. Segundos después, empezó a sacudir el regulador de tiro, de un modo no muy amistoso, que digamos.

Mumin detuvo el repiqueteo del despertador y escuchó, con el corazón latiéndole aceleradamente. Pero ya no se oía nada.

Unas cuantas motas de hollín cayeron chimenea abajo, y el cordón del regulador de tiro se balanceaba.

Mumin salió al tejado para tranquilizarse.

—Bueno, ¿qué te parece el abuelo? —gritó Mía Diminuta desde su deslizador.

—Una persona excelente —replicó el trol Mumin con dignidad—. En una familia de antiguo abolengo como la nuestra, las personas saben cómo comportarse.

Se sintió de pronto muy orgulloso de tener un antepasado. Y le animó mucho pensar que Mía Diminuta no contaba con genealogía alguna, sino que más bien vino al mundo por casualidad.



Aquella noche, el ascendiente del trol Mumin ordenó de nuevo la casa, sin alborotar demasiado, pero con sorprendente energía.

Por la mañana, había colocado el sofá de cara a la estufa de porcelana y colgado todos los cuadros de nuevo. Los que no le gustaban, los había puesto al revés (o quizás eran los mejores, en su opinión, ¿quién sabe?)

Ni un solo mueble ocupaba el mismo sitio de antes, y el despertador yacía en el fondo de la cubeta de agua sucia. El antecesor había bajado de la buhardilla una buena cantidad de trastos viejos, que estaban amontonados alrededor de la estufa, alcanzando bastante altura.

Tutiqui acudió a echar un vistazo.

—Creo que lo ha hecho para sentirse a gusto aquí —manifestó Tutiqui, al tiempo que se frotaba la nariz—. Ha tratado de levantar una estupenda espesura en torno a su casa. Para que le dejen en paz.

—¿Pero qué va a decir mi madre? —manifestó el trol Mumin, temeroso.

Tutiqui se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y por qué tuviste que dejarle salir? —comentó—. De cualquier modo, este trol no come. Muy práctico para él y para vosotros. Supongo que puede pensarse que todo esto resulta muy divertido.

El trol Mumin asintió. Reflexionó unos minutos, y después se arrastró al interior del cerco formado por sillas rotas, cajas vacías, redes de pesca, tubos de cartón, cestos viejos y herramientas de jardinería. Pronto comprobó que era un sitio muy agradable.

Decidió dormir aquella noche en un cesto de lana que había debajo de una mecedora inservible.

A decir verdad, nunca se sintió realmente seguro en el penumbroso, salón con las ventanas vacías.

Y contemplar los dormidos miembros de su familia le ponía melancólico.

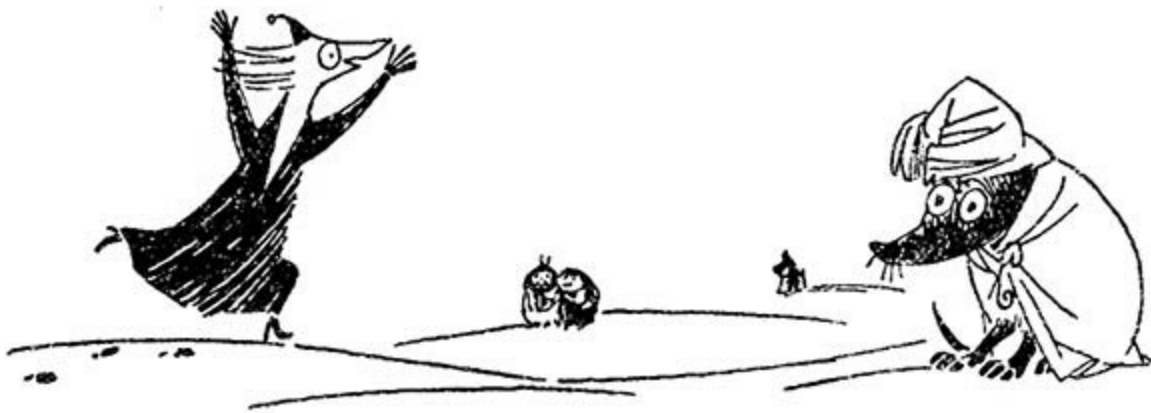
Pero allí, en aquel reducido espacio, entre un cajón de embalaje, la mecedora y el respaldo del sofá, se sentía a gusto y nada solitario.

Veía una pequeña parte de la negrura interior de la estufa, pero tuvo buen cuidado en no molestar a su antecesor, y levantó las paredes circundantes de su nido lo más silenciosamente que le fue posible.

Por la noche, llevó la lámpara consigo y permaneció un rato allí, a la escucha de los ruidillos que producía su antepasado al moverse en la chimenea.

“Tal vez yo vivía también así hace un millar de años”, pensó Mumin dichosamente.

Medio tentado estuvo de gritar algo chimenea arriba. Sólo una palabra de concordia secreta. Pero luego lo pensó mejor, apagó el quinqué y se arrebujó en el fondo del cesto de lana.



CAPÍTULO V

Los nuevos invitados

Cada nuevo día, el sol se asomaba por el cielo un poco más que la semana anterior. Por último, se elevó lo bastante como para provocar sobre el valle unos cuantos rayos precavidos. Aquel fue un día de lo más importante. Notable también porque un forastero llegó al valle poco después del mediodía.

Se trataba de un perrillo delgado, con un andrajoso gorro de lana que se calaba hasta tapar las orejas. Dijo que se llamaba Lastimero y que en los valles del Norte no quedaba absolutamente nada de comida. Desde que pasó por ellos la Dama del Frío, la gente casi se quedó sin alimentos. Se rumoreaba que un jemulen desesperado se había engullido su propia colección de escarabajos, aunque probablemente eso no era verdad. Sí era posible, no obstante, que se hubiese zampado la colección de otro jemulen. Sea como fuere, multitud de criaturas se encontraban ya en camino, rumbo al valle de Mumin.

Alguien había dicho a todo el mundo que en el valle de Mumin podían encontrarse serbas y una despensa llena de mermelada. Claro que lo de la despensa de mermelada sin duda era otro rumor...

Lastimero se sentó en la nieve, sobre su delgada cola. Tenía el rostro surcado por innumerables arrugas de preocupación.

—Aquí subsistimos a base de sopa de pescado —dijo Tutiqui—. Es la primera noticia que tengo acerca de una despensa de mermelada.

El trol Mumin lanzó una súbita mirada al redondeado montón de nieve que había detrás de la leñera.

—¡Ahí está! —exclamó Mía Diminuta—. Hay tal cantidad de mermelada ahí que sólo de pensarlo le dan a una mareos, y todos los tarros llevan su fecha y están atados con bramante rojo.

—Yo soy de los que cuidan de las cosas de la familia, mientras duerme —dijo el tról Mumin, y se ruborizó un poco.

—Ya —murmuró Lastimero en tono resignado.

Mumin miró hacia la derecha y luego observó el semblante arrugado de Lastimero.

—¿Te gusta la mermelada? —preguntó de mala gana.

—No lo sé —repuso Lastimero humildemente,

Mumin suspiró y dijo:

—Está bien. Recuerda que se ha de empezar por los tarros más antiguos.

Pocas horas después, un tropel de minúsculos cripes cruzó despacio el puente, y una aturdida y quejumbrosa filiyonk corría de un lado a otro por el jardín. Dijo que las plantas de tiesto que tenía estaban heladas. Alguien se le comió todas las reservas alimentarias que tenía para el invierno.

Y por el camino hacia el Valle de Mumin, una gafsia insolente le dijo que el invierno no era cosa de broma, y que por qué no se preparó mejor para afrontarlo.

Al anochecer, una verdadera muchedumbre recorría las sendas abiertas hasta la despensa de mermelada. Los que aún contaban con fuerzas en las piernas, se encaminaron a la ribera y se instalaron en la caseta de baño.

Pero nadie obtuvo permiso para entrar en la cueva. Mía Diminuta alegó que no se podía molestar a Mimbla.

Frente a la casa de Mumin, algunas de las criaturas más desdichadas permanecían sentadas en el suelo, lamentándose de su cruel destino, cuando el trol Mumin apareció en el tejado, con su lámpara de petróleo.

—Será mejor que entréis a pasar la noche —dijo—. Uno nunca sabe lo que puede pasar, con la Bu y todo eso rondando por ahí.

—Tregar por escalas de cuerda nunca fue mi especialidad —confesó un viejo guomper.

Mumin bajó y se dispuso a excavar un agujero hacia la puerta de entrada. Escarbó, accionó la pala y se esforzó. El agujero pronto fue un túnel alargado y estrecho que se extendía por debajo de la nieve, pero cuando Mumin alcanzó la pared, no encontró allí ninguna puerta. Sólo una ventana, congelada como las otras.

“Debo de haberme equivocado de dirección —se dijo el trol Mumin—. Y si excavase un nuevo túnel, es posible que ni siquiera fuese a dar con la casa.”

Así que rompió el cristal de la ventana con el máximo cuidado posible, y los invitados entraron rápidamente en la casa, tras él.

—Por favor, no despertéis a la familia —rogó el trol Mumin—. Esa es mamá, ese es papá y aquella de allí es Esnorquita. Mi antepasado duerme en la estufa. Tendréis que acostaros en las alfombras, porque la mayoría de las otras cosas se las han llevado prestadas.

Los huéspedes se inclinaron ante la familia dormida. Luego, obedientemente, se acurrucaron en alfombras y manteles, y los más pequeños se acostaron en gorros, zapatillas y cosas así.

Muchos de ellos estaban resfriados y algunos tenían nostalgia.

“Es terrible —pensó el trol Mumin—. La despensa de mermelada no tardará en estar vacía. ¿Y qué voy a decir cuando llegue la primavera, se despierte la familia y todos los cuadros estén mal colgados y la casa rebose de gente?”

Recorrió el túnel a gatas, hacia afuera, para comprobar si alguien había quedado al raso.

La luna era azul. Lastimero estaba sentado sobre la nieve, solo, aullando. Levantaba su hocico en el aire y lanzaba un aullido prolongado y melancólico.

—¿Por qué no te vas a dormir? —le preguntó Mumin.

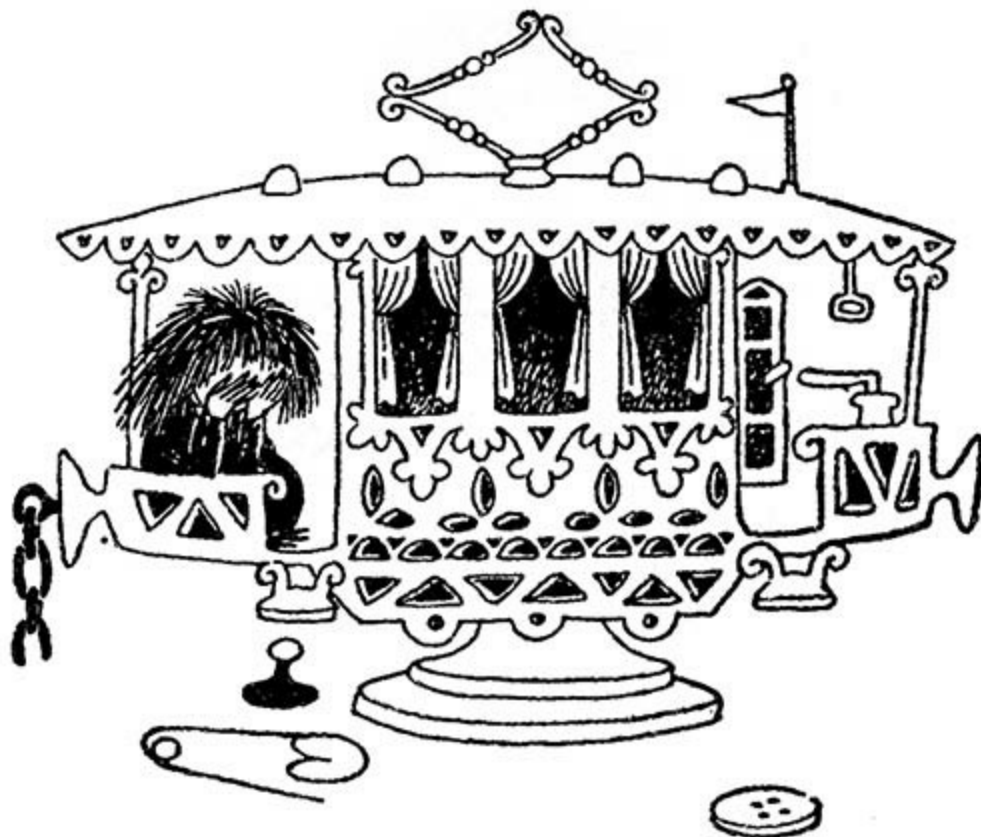
Lastimero le miró con unos ojos en los que se reflejaba el tono verde que les confería la claridad lunar. Una oreja estaba erguida, mientras la otra escuchaba lateralmente. Todo el rostro de Lastimero parecía estar a la escucha.

Oyeron, muy débil, el alarido de unos lobos que estaban de cacería. Lastimero inclinó la cabeza tristemente y volvió a encasquetarse el gorro de lana.

—Son mis hermanos, grandes y fuertes —susurró—. ¡Cómo me gustaría estar con ellos!

—¿No te asustan? preguntó el trol Mumin.

—Claro que sí —confesó Lastimero—. Esa es la parte amarga.



Se marchó, cabizbajo, por el sendero que llevaba a la caseta de baño.

El trol Mumin regresó al salón.

El espejo había asustado a una eripita, la cual sollozaba sentada en el tranvía de espuma de mar.

Aparte de eso, reinaba el silencio.

“Cuántas calamidades sufre la gente —pensó el trol Mumin—. Quizá lo de la mermelada no sea un asunto tan terrible, al fin y al cabo. Y siempre puedo apartar el tarro de los domingos. El de fresa. De momento.”

Al amanecer del día siguiente, el valle fue despertado por las notas claras y penetrantes de una corneta. Mía se sentó inmediatamente, de un salto, en su cueva, y empezó a marcar el ritmo con los pies. Tutiqui levantó las orejas, y Lastimero se metió rápidamente debajo de uno de los bancos, con el rabo entre las piernas.

El antepasado del trol Mumin agitó ruidosamente el regulador de tiro, y la mayoría de los huéspedes se despertaron.

Mumin se precipitó por la ventana y se arrastró por el túnel excavado bajo la nieve.

El pálido sol invernal brillaba sobre un gran jemulen, que descendía con sus esquís por la ladera más próxima. Sostenía una reluciente trompa, aplicada la boquilla al hocico, y parecía estar pasándolo bomba.

“Ese sí que va a consumir ingentes cantidades de mermelada —pensó Mumin—. *¿Y qué serán esos artilugios que lleva en los pies?*”



El jemulen dejó su instrumento encima del tejado de la leñera y se quitó los esquís.

—Buenos descensos tenéis por estos andurriales —comentó—. ¿Hay aquí algún slalom?

—Lo preguntaré —dijo Mumin.

Anduvo a gatas hasta el salón e inquirió:

—¿Hay aquí alguien que se llame Slalom?

—Mi nombre es Salomé —murmuró la cripita a la que había asustado el espejo.

El trol Mumin regresó junto al jemulen y le comunicó:

—Casi, pero no del todo. Aquí hay una Salomé.

Pero el jemulen estaba husmeando por el campo de tabaco de papá Mumin y no le escuchó.

—Este es el sitio adecuado para una vivienda —dijo—. Construiremos aquí un iglú.

—Puedes alojarte en mi casa —brindó Mumin, no muy convencido.

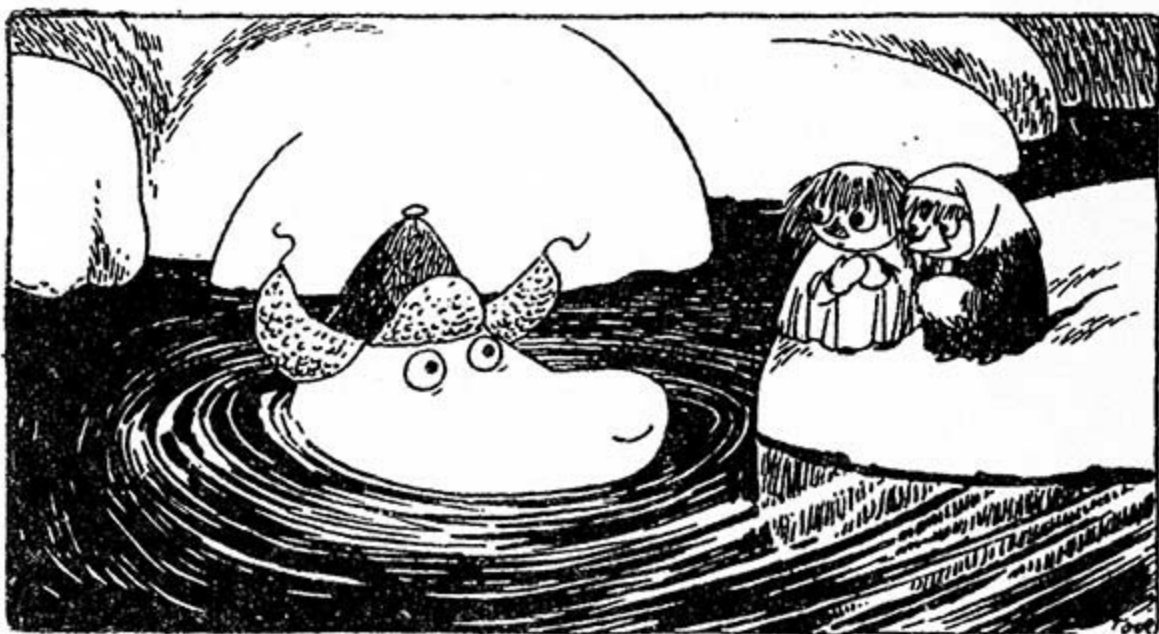
—Gracias; de eso, nada —declinó el jemulen—. Demasiado sofocante y poco saludable. Quiero aire libre a todo pasto. No perdamos más tiempo, empecemos en seguida.

Los invitados del trol Mumin empezaban a salir arrastrándose. Se detenían y contemplaban la escena.

—¿No va a tocar un poco más? —preguntó Salomé, la cripita.

—Cada cosa a su tiempo, damisela —repuso el jemulen vivamente—. Este es el momento oportuno para trabajar.

Al cabo de un rato, los huéspedes estaban atareados construyendo un iglú en el tabacal de papá Mumin. El jemulen, por su parte, disfrutaba lo suyo nadando en el río, contemplado por dos espectadores: una pareja de ateridos cripes.



El trol Mumin salió disparado, a toda velocidad, hacia la caseta de baño.

—¡Tutiqui! —gritó—. Hay un jemulen aquí... Ya a vivir en un iglú, y en este momento se está *bañando* en el río.

—Ah, *esa* clase de jemulen —dijo Tutiqui, muy serio—. Adiós paz, tranquilidad y todo eso.

Dejó a un lado la caña de pescar.



Cuando volvían, encontraron a Mía Diminuta, radiante de excitación.

—¿Habéis visto lo que tiene? —chilló—. ¡Lo llaman esquíes! ¡Voy a agenciarme en seguida un par exactamente igual!

El iglú comenzaba ya a tomar forma. Los huéspedes trabajaban como esclavos con todo su entusiasmo, al tiempo que lanzaban miradas anhelantes hacia la despensa de mermelada. El jemulen practicaba ejercicios gimnásticos en la orilla del río.

—¿No es maravilloso el frío? —dijo—. En invierno es cuando me encuentro en mejor forma física. ¿No queréis daros un chapuzón antes del desayuno?

El trol Mumin clavó la vista en el jersey del jemulen. Era negro, amarillo limón y zigzagueante. Mumin se preguntó, levemente turbado, por qué no acababa de parecerle jovial y simpática una persona como aquel jemulen, a pesar de que durante mucho tiempo suspiró por tener cerca a alguien que no fuese reservado y distante, sino alegre y tangible, precisamente como el jemulen.

Y ahora se sentía más extraño respecto al jemulen que respecto al colérico e incomprensible animalito que habitaba debajo del fregadero.

Dirigió a Tutiqui una mirada de impotencia. Ella fruncía el labio inferior y contemplaba sus mitones, enarcadas las cejas. El trol Mumin dedujo de ello que a Tutiqui tampoco le caía bien el jemulen. Mumin volvió la cara hacia éste y, con toda la amabilidad de una conciencia culpable, manifestó:

—Tiene que ser maravilloso que a uno le guste el agua fría.

—La adoro —replicó el jemulen, al tiempo que le obsequiaba con una sonrisa luminosa—. Pone coto a todas las fantasías y pensamientos innecesarios. Créeme: no hay nada más peligroso en la vida que convertirse en un calientasillas que no sale de casa.

—¿Ah, sí? —articuló Mumin.

—Sí —confirmó el jemulen—. Eso mete en la cabeza de uno toda clase de ideas. ¿A qué hora se desayuna aquí?

—Cuando pesco algún pez —repuso Tutiqui, de mal talante.

—Yo no como pescado —dijo el jemulen—. Sólo bayas y hortalizas.

—¿Y mermelada de arándano? —preguntó el trol Mumin, ilusionado.



El gran tarro de arándanos agrios aplastados nunca había sido muy popular. Pero el jemulen replicó:

—No. Prefiero las fresas.

Después del desayuno, el jemulen se puso los esquíes y subió a la más alta de las laderas próximas, la que empezaba en la cumbre y sobrepasaba la cueva. En el fondo del valle, todos los invitados miraban hacia lo alto. No sabían qué pensar. Paseaban por la nieve, pisando fuerte, y se limpiaban la nariz de vez en cuando, porque aquella mañana hacía mucho frío.

El jemulen comenzó entonces a descender como un rayo. Parecía algo aterrador. A mitad de la ladera, se desvió bruscamente, originando un torbellino de centelleante polvo de nieve, y continuó en otra dirección. Luego soltó un grito y volvió a desviarse de pronto. Ora avanzaba en un sentido, ora se precipitaba en otro, y su jersey negro y amarillo hacía lagrimear los ojos.

El trol Mumin cerró los párpados y pensó: “¡Qué gentes más distintas son!”

Mía Diminuta se encontraba erguida ya en lo alto del monte y gritaba de alegría y admiración. Había roto un barril y tenía atadas dos duelas bajo las botas.

—¡Allá voy! —anunció a pleno pulmón.

Sin vacilar un segundo, Mía Diminuta se lanzó colina abajo. El trol Mumin la miraba con un ojo y se pacato en seguida de que Mía iba a conseguirlo. La expresión feroz de su carita llevaba la impronta de su dichosa confianza, y las piernas estaban tan rígidas como estaquillas.

Mumin se sintió de pronto muy orgulloso. Mía Diminuta no titubeaba, pasó a velocidad de vértigo casi rozando un pino, se tambaleó un poco, volvió a recobrar el equilibrio y, al tiempo que estallaba en una sonora carcajada, se tiró sobre la nieve, junto a Mumin.

—Es una de mis amistades más antiguas —explicó el trol al filiyonk.

—Te creo —replicó el filiyonk agriamente—. ¿A qué hora se almuerza aquí?

El jemulen se les acercó despacio. Se había quitado los esquíes y su hocico relucía de afecto y amistad cálida.

—Ahora enseñaremos a Mumin a esquiar —dijo.

—Preferiría que no os molestaseis, gracias —murmuró el trol, y se encogió hacia atrás.

Volvió la cabeza y buscó a Tutiqui con la vista, pero ésta se había ido. Quizás a pescar otra olla de peces.

—Lo principal es conservar la sangre fría, pase lo que pase —aleccionaba el jemulen, alentador, mientras aseguraba los esquíes a los pies del trol Mumin.

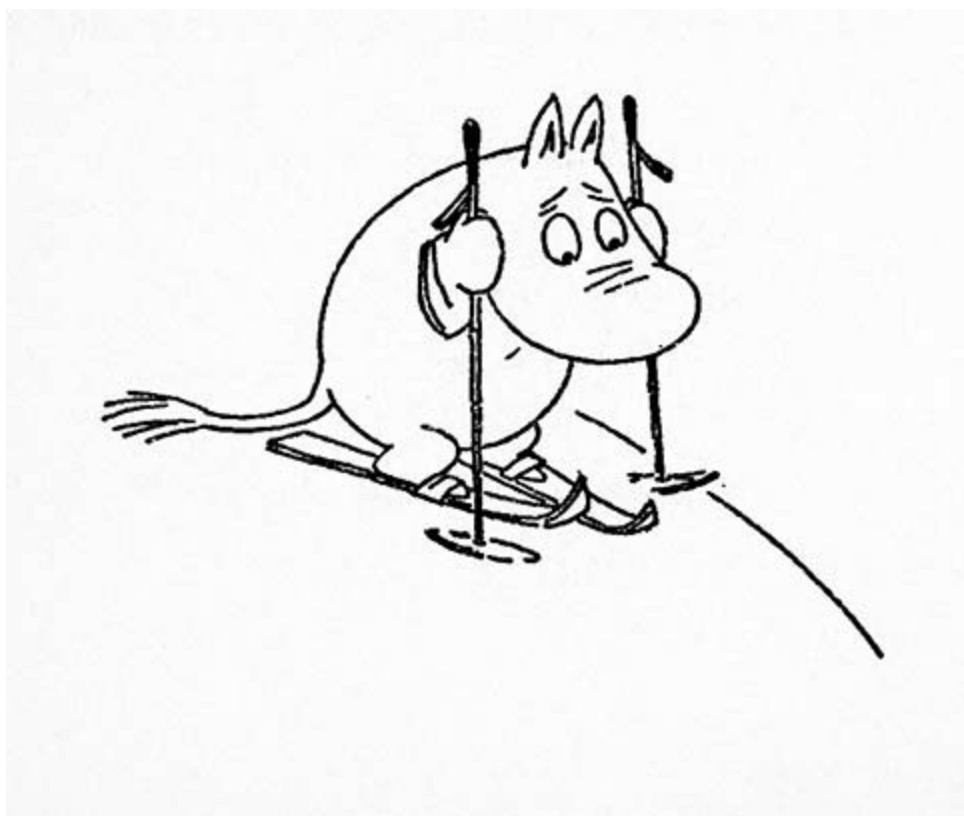
—Pero si yo no quiero... —murmuró Mumin lastimosamente.

Mía Diminuta le estaba mirando con las cejas arqueadas.

—Vamos, vamos —dijo sin compasión—. Pero no desde muy arriba de la colina.

—No, no; sólo el declive del puente —dijo el jemulen—. Dobla las rodillas. Inclínate hacia adelante. No dejes que los esquíes se separen. Mantén recta la espalda. Los brazos cerca del cuerpo. ¿Recuerdas todo lo que te he dicho?

—No —respondió el trol Mumin.



Notó un empujón en la espalda, cerró los ojos y partió. Primero los esquíes se separaron uno de otro todo lo que les fue posible. Después volvieron a juntarse y se enrevesaron con los palos. Encima de todo aquel revoltijo quedó caído el trol Mumin, en una postura de lo más extraño.

La alegría cundió entre los invitados.

—La paciencia es muy necesaria —animó el jemulen—. Arriba los corazones y a probar de nuevo.

—Tengo las piernas un poco débiles —murmuró el trol Mumin.

Aquello era casi peor que la soledad del invierno. Hasta el sol, que tanto había anhelado, proyectaba sus rayos directamente sobre el valle, para presenciar la humillación de Mumin.

El puente se precipitaba ahora hacia él, colina arriba. El trol Mumin separó una pierna para

conservar el equilibrio. La otra continuó deslizándose. Los invitados prorrumpieron en aclamaciones y algunos empezaron de nuevo a encontrar algo divertido en la vida.

Nada estaba ya de pie y nada estaba abajo. Nada existía, salvo nieve, desdicha y desastre por doquier.

Finalmente, el trol Mumin se encontró caído encima de los arbustos de sauce que crecían junto al río. Tenía la punta de la cola sumergida en el agua helada, y el agua estaba llena de esquíes, palos y nuevas y hostiles perspectivas.

—No te desanimes —dijo el jemulen bondadosamente—. ¡La próxima vez lo conseguirás!

Pero no habría próxima vez, porque el trol Mumin se desanimó. Sí, perdió totalmente el ánimo, aunque luego, mucho después, soñó con frecuencia en lo que hubiera experimentado al culminar aquella tercera y triunfal intentona. Habría maniobrado con destreza, trazando una amplia curva en dirección al puente, para detenerse y girar en redondo hacia los espectadores, a los que miraría sonriente. Y todos le habrían aclamado, llenos de admiración. Pero, de momento, las cosas no salieron así, ni mucho menos.

Y en vez de lanzarse a la tercera tentativa, el trol Mumin dijo:

—Me voy a casa. Esquía todo lo que te plazca, pero yo me voy a casa.

Y, sin mirar a nadie, se metió en el túnel de nieve, lo recorrió hasta la ventana, entró en el salón y fue a refugiarse en su nido de debajo de la mecedora.

A sus oídos llegaron los gritos jubilosos que soltaba el jemulen en la colina. El trol Mumin introdujo la cabeza en la estufa y susurró:

—Tampoco a mí me cae simpático.

El antepasado envió desde la chimenea una mota de hollín, acaso para dar fe de su solidaridad. El trol Mumin cogió un trozo de carbón y se dispuso a trazar un dibujo en el respaldo del sofá.

Representó un jemulen cabeza abajo encima de un ventisquero. Y dentro de la estufa descansaba, guardado, un gran tarro de mermelada de fresa.

Durante toda la semana siguiente, Tutiqui permaneció obstinadamente bajo el hielo, con su caña de pescar. Junto a ella, también cubiertos por el techo verde y también dedicados a pescar con caña, había una hilera de invitados. Eran los huéspedes que no simpatizaban con el jemulen. Dentro de la casa de Mumin, luego, se reunían todos aquellos a quienes les tenía sin cuidado y los que no eran capaces de protestar o no se atrevían a hacerlo.

Todas las mañanas, muy temprano, el jemulen solía asomar la cabeza y una antorcha encendida por el hueco de la ventana rota. Le gustaban las antorchas y las fogatas de campamento —¿y a quién no?—, pero siempre las encendía en el lugar más inoportuno, por así decirlo.

A los huéspedes les encantaban sus largas y un tanto despreocupadas tertulias matinales, cuando el nuevo día empezaba tarde. En el curso de esas reuniones todo el mundo hablaba de los sueños de la noche anterior, y se escuchaba al trol Mumin, que preparaba café en la cocina.

El jemulen lo interrumpía todo. Siempre empezaba diciendo que el salón estaba mal ventilado, y describía la magnífica y limpia atmósfera exterior.



Después parloteaba acerca de lo que podría hacerse durante aquella espléndida nueva jornada. Se esforzaba al máximo en su búsqueda de diversiones para todos ellos, y nunca se mostraba dolido cuando rechazaban sus propuestas. Se limitaba a palmearles la espalda y a decir:

—Está bien, está bien. Ya os daréis cuenta después de que tengo razón.

La única que le acompañaba por todas partes era Mía Diminuta. Generosamente, el jemulen la enseñaba cuanto sabía acerca del arte de esquiar, y observaba satisfecho los progresos de la discípula.

—Señorita Mía Diminuta —decía el jemulen—, eres una esquiadora nata. Pronto me superarás en mi propio juego.

—Exactamente esa es la intención que tengo —replicaba Mía Diminuta con sinceridad.

Pero en cuanto estuvo perfectamente adiestrada, se marchó a sus propias colinas, que nadie conocía, y prescindió por completo del jemulen.

A medida que transcurría el tiempo fue aumentando el número de invitados convertidos en pescadores bajo el hielo, hasta que, por último, el jersey negro y amarillo del jemulen era la única burbuja de color que animaba la ladera de la colina.

A los huéspedes no les seducía en absoluto la idea de verse complicados en nuevas y fastidiosas actividades. Les gustaba reunirse y charlar sentados acerca de los viejos tiempos, de la época anterior a la llegada de la Dama del Frío, después de cuya visita se quedaron sin alimentos. Se contaban unos a otros cómo tenían amuebladas sus casas, con quién se relacionaban y a quién solían visitar, y lo terrible que fue el paso del Gran Frío, cuando todo cambió.

Se turnaban junto a la estufa, se escuchaban recíprocamente y cada uno aguardaba con paciencia su turno para hacer uso de la palabra.

El trol Mumin observó que el jemulen se quedaba cada vez más solo. “He de ingeniármelas para que se vaya antes de que se dé cuenta de que los demás le rehuyen y se sienta dolido —pensó el trol

Mumin—. Y antes de que se acabe toda la mermelada.”

Pero no era sencillo encontrar un pretexto que fuese a la vez diplomático y verosímil.

En ocasiones, el jemulen bajaba esquiando hasta la orilla del mar y trataba de convencer a Lastimero para que saliese de la caseta de baño. Pero ni el trineo de perros ni los saltos de esquí podían interesar a Lastimero. Acostumbraba a pasarse toda la noche sentado al raso, aullando a la luna, y durante el día estaba soñoliento, y lo único que quería era que le dejaran en paz.

Por último, una mañana, el jemulen clavó los palos en la nieve y dijo en tono implorante:

—¿No comprendes que adoro frenéticamente a los perritos? Siempre me ha ilusionado tener algún día un perro propio que también me aprecie. ¿Por qué no quieres jugar conmigo?



—La verdad es que no lo sé —murmuró Lastimero, poniéndose colorado.

Y aprovechó la primera ocasión para volver furtivamente a la caseta de baño, donde continuó soñando con los lobos.

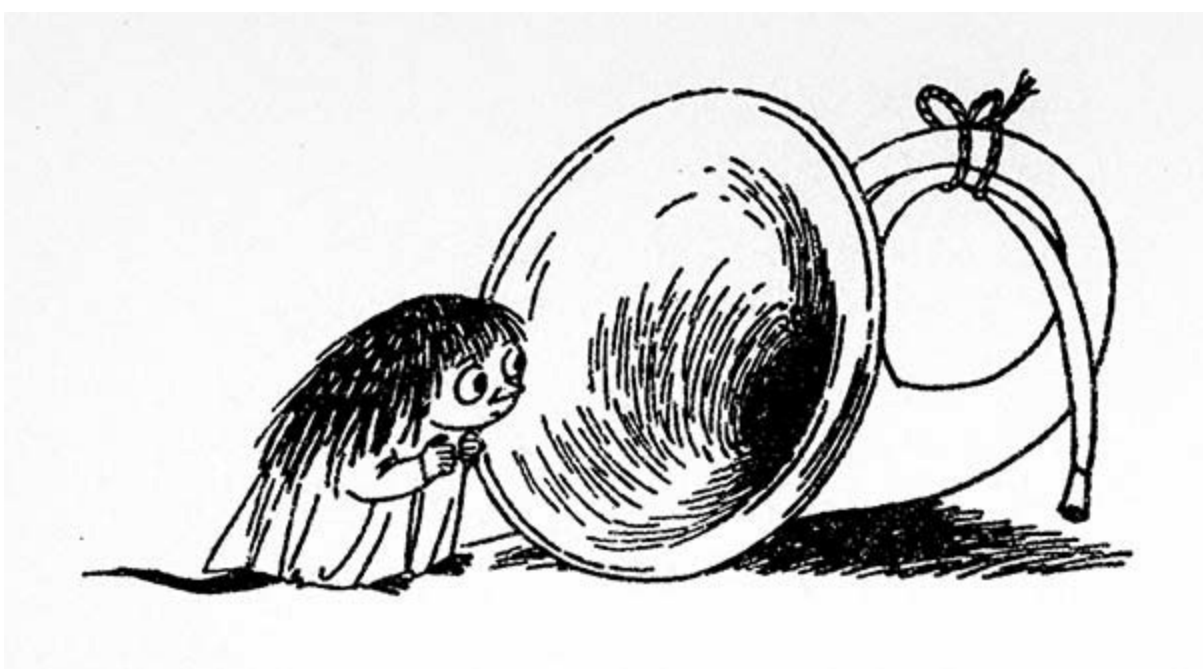
Con quien quería jugar era con los lobos. Pensaba que constituiría una felicidad ilimitada salir de caza con ellos, seguirlos a todas partes, hacer todo lo que ellos hacían y obedecerlos en todo. Luego, poco a poco, él, Lastimero, se transformaría en un ser tan libre y salvaje como ellos.

Todas las noches, cuando la luz de la luna rielaba en los helechos de hielo de las ventanas, Lastimero se despertaba en la caseta de baño y se incorporaba, atento el oído. Todas las noches se calaba el gorro de lana, tapándose bien las orejas, y salía sin hacer ruido.

Tomaba siempre la misma senda, a través de la ondulante ribera y bosque adentro. Continuaba su camino hasta que la arboleda aclaraba y le era posible ver las montañas Solitarias. Allí, Lastimero se sentaba en la nieve y esperaba a que se produjese el aullido de los lobos. Unas veces llegaba de muy lejos, y otras se oía más cerca. Pero lo escuchaba todas las noches.

Y cada vez que los oía, Lastimero levantaba el hocico y respondía.

Al aproximarse la mañana, regresaba a la caseta de baño y se echaba a dormir en el armario.



Tutiqui le miró una vez y dijo:

—Así no los olvidarás nunca.

—No quiero olvidarlos —replicó Lastimero—. Quiero pensar siempre en ellos.

No dejaba de ser bastante extraño el hecho de que, precisamente la más tímida de todas aquellas criaturas, la cripita Salomé, fuese la única que simpatizaba de veras con el jemulen. Anhelaba oírle tocar la trompa. Pero ¡ay!, el jemulen era tan grande y tenía siempre tanta prisa, que casi nunca reparaba en Salomé.

Por mucho que la cripita corriese, el jemulen, con sus esquíes, siempre la dejaba atrás, y cuando ella por fin alcanzaba a oír la música, el jemulen dejaba de tocar y se ponía a hacer alguna otra cosa.

En un par de ocasiones, la cripita Salomé intentó explicarle cuanto le admiraba. Pero era demasiado tímida y ceremoniosa, y al jemulen nunca se le dio bien escuchar al prójimo.

De modo que nada importante se dijo.

Una noche, la cripita Salomé se despertó en el tranvía de espuma de mar, en cuya plataforma posterior se había instalado. No era un sitio muy cómodo para dormir, por culpa de los numerosos botones e imperdibles que, en el transcurso del tiempo, los Mumin habían ido depositando en aquel magnífico adorno de su salón. Y, naturalmente, la cripita Salomé era demasiado considerada para quitarlos de allí.

Al despertarse, oyó a Tutiqui y al trol Mumin, que conversaban debajo de la mecedora... Y Salomé se percató en seguida de que estaban hablando de su querido jemulen.



—Esto no puede seguir así —decía la voz de Tutiqui en la oscuridad—. Sencillamente, hemos de recuperar un poco de paz. Desde que empezó con su charanga de trompa, mi musaraña musical se ha negado a tocar la flauta. La mayor parte de mis amigos invisibles se han marchado. Los huéspedes padecen ya hipertensión y muchos están resfriados, a causa de pasarse todo el santo día bajo el hielo. Y Lastimero se refugia en el armario y sólo sale al caer la noche. Alguien tiene que decirle que se vaya.

—Yo no tengo valor para eso —repuso el trol Mumin—. ¡Está tan convencido de que todos le apreciamos!

—Entonces habrá que engañarle —dijo Tutiqui—. Persuadirle de que las colinas de las montañas Solitarias son mucho más altas y mejores que las nuestras.

—En las montañas Solitarias no hay pistas para esquiar —observó el trol Mumin—. Sólo abismos, riscos afilados y desfiladeros. Ni siquiera hay nieve.

La cripta Salomé se estremeció y sus ojos se llenaron de lágrimas súbitamente.

—Los jemulen siempre saben arreglárselas —replicó Tutiqui—. ¿Crees que es mejor tenerle aquí, cuando su presencia no nos gusta? Piénsalo.

—¿No puedes encargarte tú de ello? —preguntó Mumin, desazonado.

—Vive en tu jardín, ¿no? —dijo Tutiqui—. Haz acopio de valor. Después, todo el mundo se sentirá mejor. Y él también.

Luego todo fue silencio. Tutiqui se había escabullido a través de la ventana.

La cripta Salomé permaneció despierta, perdida la vista en la oscuridad. Deseaban echar al jemulen y su trompa. Deseaban que se precipitase por los abismos. Sólo había una cosa que hacer. Era cuestión de poner en guardia al jemulen contra las montañas Solitarias. Pero con tacto. De forma que no se diera cuenta de que la gente quería desembarazarse de él.

La cripta Salomé estuvo desvelada toda la noche, meditando. Su pequeña cabeza no estaba acostumbrada a pensamientos importantes como aquellos y, hacia el amanecer, se quedó dormida. Durmió toda la mañana, saltándose el café matinal y el almuerzo del mediodía, sin que nadie se

acordara siquiera de su existencia.

Después del desayuno, el trol Mumin subió a la colina convertida en pista de esquí.

—¡Hola! —saludó el jemulen—. ¡Qué alegría verte por aquí! ¿Me dejas que te enseñe un giro que es muy fácil y ni tanto así de peligroso?

—Gracias, hoy no —declinó el trol Mumin, sintiéndose un gran animal—. Sólo me acerqué a echar una parrafada.

—Eso es formidable —dijo el jemulen—. Ya he notado que no sois muy parlanchines ninguno de vosotros. Siempre parecéis tener prisa por ir a un sitio o a otro.

El trol Mumin le dirigió una mirada rápida, pero el jemulen daba la impresión de estar simplemente interesado. Sonreía tan radiante como de costumbre. El trol Mumin respiró hondo y dijo:

—Me he enterado de que en las montañas Solitarias hay algunas colinas realmente maravillosas.

—¿De veras lo son? —preguntó el jemulen.

—¡Oh, sí! ¡Enormes! —continuó el trol Mumin nerviosamente—. Tienen los ascensos y descensos más colosales.

—Tendré que ir a probarlos —manifestó el jemulen—. Pero eso está muy lejos. Si me voy a las montañas Solitarias, puede que no volvamos a vernos a este lado de la primavera. Y sería una lástima, ¿verdad?

—Naturalmente —repuso el trol Mumin con hipocresía y poniéndose como la grana.

—Pero la verdad es que se trata de una idea fantástica —reflexionó el jemulen—. ¡*Eso* sí que sería auténtica vida al aire libre! ¡La fogata de troncos por la noche y nuevas cumbres de montaña por conquistar todas las mañanas! Largas faldas de barrancos, nieve intacta, crujiente y rumorosa bajo los esquíes deslizantes...

El jemulen empezó a soñar despierto.

—Eres realmente un camarada espléndido; lo demuestras al tomarte tanto interés por mi esquí —declaró en tono agradecido, al cabo de un momento.

El trol Mumin se le quedó mirando. Y luego estalló:

—¡Pero son unos montes peligrosos!

—No para mí —repuso el jemulen tranquilamente—. Es un bonito detalle ese de avisarme, pero adoro las colinas. Cuanto más altas e imponentes, mejor.

—¡Pero es que esos montes son imposibles! —gritó Mumin, loco ya de inquietud—. ¡Sólo se trata de precipicios cortados a pico, en los que ni siquiera se aguanta la nieve! ¡Te digo que estás equivocado, te lo aseguro! ¡Ahora me acuerdo de que alguien me dijo que es completamente imposible esquiar allí!

—¿Estás seguro de eso? —preguntó el jemulen, dubitativo.

—Créeme —imploró el trol Mumin—. Por favor, ¿por qué no te quedas con nosotros? Además, he pensado tomar en serio el aprendizaje del esquí...

—Bueno, en ese caso... —dijo el jemulen—. Si de veras quieres que me quede...

Tras su conversación con el jemulen, Mumin se sintió excesivamente turbado para ir a casa. Decidió, en cambio, tomar el camino de la orilla del mar y paseó a lo largo de la ribera. Dio un amplio rodeo en torno a la caseta de baño.



Se notó cada vez más aliviado, a medida que caminaba. Al final, casi había alcanzado el optimismo. Empezó a silbar y propinó un puntapié a un pedazo de hielo, que después llevó con gran habilidad senda adelante. Y entonces se puso a nevar despacio.

Era la primera nevada que caía desde antes de Año Nuevo, y el trol Mumin se sorprendió mucho.

Copo tras copo, se posaban en su cálido hocico y se fundían. Cogió unos cuantos en la mano, para admirarlos durante un fugaz momento, levantó la mirada al cielo y los vio descender sobre él, en número creciente, más suaves y livianos que plumón de los pájaros.

“Oh, llega así —pensó el trol Mumin—. Y yo creía que se formaba de alguna manera en el suelo y nada más.”

El aire era más templado. No se veía nada, salvo nieve descendente, y el trol Mumin se vio dominado por la misma clase de emoción que a veces experimentaba al entrar en el agua, dispuesto a nadar un poco. Se quitó el albornoz y se arrojó de cabeza a un ventisquero.

“¡De modo que esto también es el invierno! —pensó—. ¡Hasta puede gustarle a uno!”

Al anochecer, la cripta Salomé se despertó con la angustiosa sensación de que iba a llegar tarde a algo. Luego se acordó del jemulen.

Saltó desde la cómoda, primero a una silla y después al suelo. El salón estaba desierto. Todo el mundo se había ido a la caseta de baño, para cenar. La cripta Salomé trepó hasta la ventana y, con un nudo en la garganta recorrió a gatas el túnel.

La luna no estaba en el cielo ni resplandecían luces por el Norte. Sólo se veía una densa cortina de nieve que se adhería al rostro y al vestido de Salomé y que dificultaba los pasos de la cripta. Se acercó trabajosamente al iglú del jemulen y echó una mirada al interior. Estaba oscuro y abandonado.



Llamó a voces a su idolatrado jemulen, pero fue como chillar a través de edredones. Las huellas de Salomé casi eran invisibles, y la nieve que caía las ocultaba en seguida.

Entrada ya la noche, la nevada se interrumpió.

Fue como si descorrieran un telón impalpable y quedase al descubierto otra vez la perspectiva del hielo. A lo lejos, una muralla de nubes, azul oscuro, ocultaba el punto por donde se había puesto el sol.

El trol Mumin vio acercarse aquella nueva y amenazadora tormenta. El cielo volvió a entenebrecerse de pronto. Como nunca había presenciado una ventisca, el trol Mumin esperaba una tronada y se preparó para aguantar los primeros estampidos secos de las nubes, que supuso no tardarían en sonar.

Pero no llegó trueno alguno, ni tampoco hubo relámpagos.

En cambio, un pequeño remolino de nieve se levantó desde el blanco casquete de uno de los peñascos próximos a la orilla del mar.

Inquietas ráfagas de viento empezaron a recorrer de un lado a otro la superficie de hielo y a susurrar entre los árboles cercanos a la ribera. La muralla azul oscuro se elevó más, y las ráfagas ventosas aumentaron en potencia.

De pronto, como si una puerta inmensa se acabara de abrir bruscamente, la oscuridad bostezó y todo se llenó de nieve húmeda y volandera.

Esta vez no llegaba desde las alturas, se deslizaba rauda a lo largo del suelo y aullaba y empujaba como algo dotado de vida.

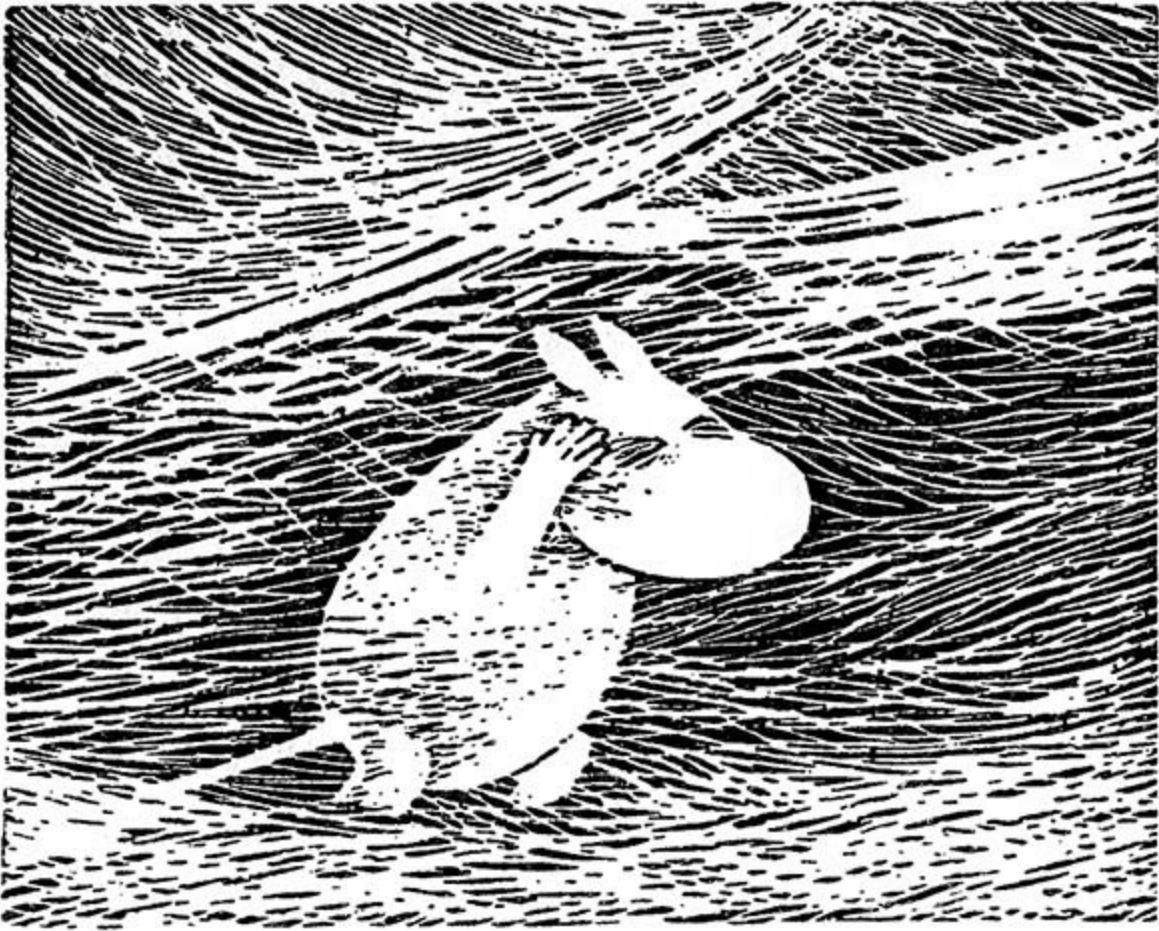
El trol Mumin perdió el equilibrio y se llevó un gran susto. En cuestión de segundos, sus orejas estuvieron repletas de nieve, mientras el miedo se apoderaba de su ánimo.

El tiempo y el mundo entero se eclipsaron. Todo lo que Mumin podía ver y tocar fue borrado de un soplo, y sólo quedó un embrujado torbellino de oscuridad húmeda y danzante.

Cualquier persona razonable hubiera podido decirle que en aquel preciso momento era cuando nacía la larga primavera.

Pero daba la casualidad de que no había ninguna persona razonable en la orilla del mar; sólo un desconcertado Mumin, que avanzaba a cuatro patas, en una dirección completamente equivocada.

Anduvo y anduvo a gatas, y la nieve le tapaba los ojos y formaba un montoncito en su hocico.



Mumin estuvo cada vez más convencido de que aquello era una trampa que el invierno había decidido tenderle, con la intención de demostrarle que, sencillamente, era incapaz de superar las pruebas.

Primero le sedujo con aquella hermosa cortina de copos de nieve que descendían lentamente, y después le arrojó a la cara toda aquella preciosa nieve, en el instante en que él comenzaba a creer que el invierno iba a gustarle.

Luego, el trol Mumin fue indignándose poco a poco.

Irguió el cuerpo y trató de vociferarle a la tempestad. Asestó golpes a la nieve y también gimió un poco, ya que no había nadie que pudiera oírle.

Después se cansó.

Dio la espalda a la ventisca y dejó de luchar contra ella.

Hasta entonces no se había dado cuenta el trol Mumin de que el aire daba cierta sensación de calor. Le arrastraba entre la remolineante nieve, le hacía sentirse ligero, casi como si volara.

“No soy más que aire y viento, formo parte de la ventisca —pensó Mumin, mientras se dejaba llevar—. Esto se parece mucho a lo del verano pasado. Uno empieza luchando con las olas, luego se da media vuelta y aprovecha sin más el impulso del oleaje, que entre pequeños arcoiris de espuma le lleva como si fuera un corcho y le deposita en la arena. Y uno se ríe y está un poco asustado.”

El trol Mumin extendió los brazos y voló.

“Asústame si puedes —pensó alegremente—. Ahora conozco tu juego. Te he calado. Y una vez

se sabe cómo eres, no resultas peor que cualquier otra cosa. Ya no estás en condiciones de tomarme más el pelo.”

Y el invierno le desplazó por la blanqueada orilla del mar, hasta que tropezó con el nevado embarcadero y trazó un surco con el hocico en un montón de nieve. Al levantar la cabeza, vislumbró una luz tenue y cálida. Era la ventana de la caseta de baño.

“Oh, estoy salvado —dijo el trol Mumin para sí, un poco alicaído—. Es una pena que las cosas emocionantes dejen de suceder cuando uno ya no las teme y le gustaría divertirse un poco con ellas.”

Cuando abrió la puerta, un jirón de caliente vapor de aire fue a perderse en la ventisca, y el trol Mumin observó de modo nebuloso que la caseta de baño estaba rebosante de gente.

—¡Aquí está uno de ellos! —gritó alguien.

—¿Hay otros? —preguntó el trol Mumin, al tiempo que se secaba el rostro.

—La cripita Salomé se ha perdido en la ventisca —manifestó Tutiqui en tono grave.

Un vaso de jarabe caliente surcó el aire.



—Gracias —dijo el trol Mumin a la invisible musaraña. Luego añadió—: Pero es la primera noticia que tengo de que la cripita Salomé abandonara la casa.

—Nosotros tampoco lo entendemos —aseguró el más viejo de los guómperes—. Y, hasta que amaine la ventisca, es inútil salir a buscarla. Puede estar en cualquier sitio y lo más probable es que la nieve la haya cubierto.

—¿Dónde está el jemulen? —preguntó el trol Mumin.

—Ha ido a explorar, de todas formas —dijo Tutiqui. Esbozó una ligera sonrisa al añadir—: Parece que le hablaste de las montañas Solitarias.

—Bueno, ¿y qué? —replicó Mumin con vehemencia.

La sonrisa de Tutiqui se ensanchó.

—Tienes grandes dotes de persuasión —dijo—. El jemulen nos ha contado que el terreno de las

montañas Solitarias es sencillamente infame para la práctica del esquí. Y que se sentía muy feliz por el gran afecto que le tenemos todos.

—Sólo quise decirle que... —empezó Mumin.

—No te preocupes —le cortó Tutiqui—. Hasta es posible que el jemulen empiece a gustarnos.

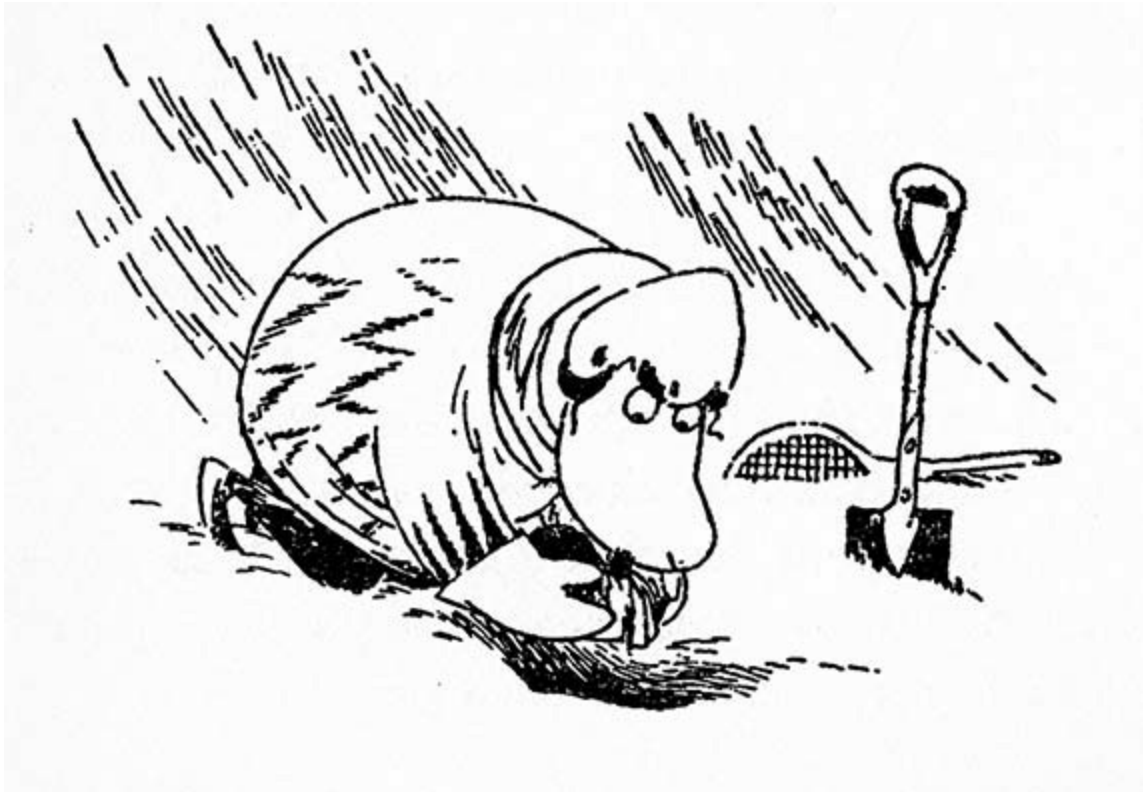
Era posible que el jemulen no tuviese un sentido de la perspicacia muy desarrollado, y que tal vez no siempre captase lo que pensaban sobre las cosas quienes estaban a su alrededor. Pero su olfato era incluso más fino que el de Lastimero. (Además, el olfato de Lastimero se encontraba provisionalmente alterado por la obsesión emocional.)

El jemulen había descubierto en la buhardilla un par de viejas raquetas de tenis, que transformó en raquetas para la nieve. Y en aquel momento avanzaba pesada y calmosamente a través de la ventisca, con el hocico pegado al suelo y tratando de percibir el débil efluvio de la crip más pequeña que había visto en toda su vida.

De camino, el jemulen echó una mirada a su iglú y captó allí ese efluvio.

“Vaya, el bichito vino aquí a buscarme —pensó el jemulen bonachonamente—. Me pregunto qué...”

De pronto, el jemulen recordó borrosamente a la cripita Salomé que, en algún momento, trataba de decirle algo, aunque era demasiado tímida para expresarse apropiadamente.



Mientras seguía caminando bajo la ventisca, el jemulen fue revisando una serie de imágenes que aparecían en su mente. La cripita aguardándole al pie de la colina... La cripita corriendo por los surcos dejados por los esquíes... La cripita husmeando la trompa... Y el jemulen pensó, estupefacto: “Me parece que he sido grosero con ella”. No experimentó ningún remordimiento de conciencia, porque los jemúlenes rara vez sienten eso. Pero aumentó un poco más su interés en encontrar a la

cripita Salomé.

El jemulen se arrodilló para no perder el rastro de Salomé. La emanación zigzagueaba y daba vueltas, tal como los animalitos se deslizan cuando están aturdidos por el miedo. La cripita incluso había pasado una vez por el puente, acercándose peligrosamente al borde. Después, el efluvio regresaba y, tras ascender un poco por la colina, desaparecía de súbito.

El jemulen se detuvo y pensó un poco, lo cual no era chiquito esfuerzo.

Se dispuso a excavar. Lo hizo durante un buen rato. Y, por último, tropezó con algo cálido y muy pequeño.

—No temas —dijo el jemulen—. Sólo soy yo.

Acomodó a la cripita entre la camisa y la camiseta de felpa, se puso en pie y emprendió el regreso hacia la caseta de baño.

Lo cierto es que, durante el trayecto de vuelta, casi se olvidó por completo de la cripita Salomé, pensando sólo en un vaso de agua y jarabe caliente.

El día siguiente era domingo y la tempestad se había calmado. Reinaba una temperatura más bien cálida, el cielo estaba nuboso y la gente se hundía en la nieve hasta las orejas.

El valle tenía un extraño aspecto de paisaje lunar. Los ventisqueros eran enormes, montones de nieve redondeados o crestas serranas hermosamente curvadas o con aristas agudas como el filo de un cuchillo. Cada rama de árbol tenía encima su gruesa capa de nieve. Los propios árboles parecían gigantescos pasteles elaborados por un repostero de fantástica imaginación.

Por una vez, todos los invitados hormiguearon por la nieve y se entregaron a una enorme batalla con bolas de nieve. La mermelada casi se había acabado y todo el mundo estaba pletórico de energías.

El jemulen se sentó en el tejado de la leñera y empezó a tocar la trompa, con la cripita Salomé a su lado, rebosante de felicidad. Interpretó *Los jemúlmes del rey* y remató la pieza, su favorita, con un floreo especial. Luego se volvió hacia el trol Mumim y dijo:

—Tienes que prometer que no te enfadarás conmigo, pero he tomado la decisión de ir a las montañas Solitarias, pase lo que pase. Sin embargo, volveré el invierno próximo y te enseñaré a esquiar.



—Pero ya te dije que... —empezó el trol Mumin, en tono cargado de ansiedad.

—Ya lo sé, ya lo sé —le interrumpió el jemulen—. Y tienes toda la razón. Pero después de esta ventisca, los montes deben de ser algo espléndido de veras. ¡E imagina cuánto más límpido tiene que ser añí el aire!

El trol Mumin miró a Tutiqui.

Ésta inclinó la cabeza. Significaba: “Déjale marchar. Todo está arreglado ya y las cosas no pueden ir mejor”.

El trol Mumin entro en la casa y abrió los postigos de la estufa de porcelana. Avisó suavemente a su antepasado con una señal baja, algo como: “Ti-yuuu, ti-yuuu”. El antepasado no respondió.

“Le he dejado desatendido —pensó Mumin—. Pero las cosas que suceden ahora *son* más interesantes que las que sucedían hace un millar de años.” Sacó el tarro grande de mermelada de fresa. Luego cogió un trozo de carbón y escribió en el papel de la tapadera: “A mi buen amigo el jemulen”.

Aquella noche, Lastimero tuvo que bregar durante una hora sobre la nieve hasta llegar por fin al hoyo desde donde emitía sus lamentos. Cada vez que se sentaba allí con su anhelo nostálgico, el foso de las lamentaciones era un poco mayor, pero esa vez se encontraba bastante hundido en un ventisquero.

Las montañas Solitarias aparecían totalmente cubiertas de nieve y brillaban con espléndida blancura frente a Lastimero. No había luna, pero centelleaban las estrellas con inusitada luminosidad. Llegó de la lejanía el sordo estruendo de un alud. Lastimero se sentó a esperar a los lobos.

Aquella noche, la espera fue larga.

Lastimero se imaginó a los lobos mientras corrían por campos nevados, grises, gigantescos y fuertes..., y entonces interrumpirían de pronto su carrera, al oír desde el borde del bosque el aullido con que Lastimero les llamaba.



Quizá pensarán: “Un momento; ahí tenemos un camarada. Un primo de cuya compañía podríamos disfrutar...”

Esa idea emocionó a Lastimero, e hizo que su imaginación fuera todavía más lejos. Mientras esperaba, fue adornando su sueño con detalles adicionales. Dejó que toda la manada apareciese en el monte más próximo. Se le acercaban corriendo..., movían la cola... Lastimero recordó entonces que los auténticos lobos nunca movían la cola.

Pero eso carecía de importancia. Llegaban a la carrera, le conocían de antes... Ya habían

decidido llevarle con ellos...

Lastimero estaba dominado por su vivido ensueño. Levantó el hocico hacia las estrellas y soltó un aullido.

Y los lobos le contestaron.

Se hallaban tan cerca que Lastimero se asustó. Intentó torpemente excavar una madriguera en la nieve. Brillantes ojos le rodearon por todas partes.

Los lobos volvían a guardar silencio. Formaron un círculo alrededor de Lastimero y cerraban despacio sobre él.

Lastimero meneó la cola y emitió un gemido, pero nadie le contestó. Se quitó el gorro de lana y lo lanzó al aire para demostrar que le gustaría jugar. El gesto era completamente inofensivo.

Pero los lobos no se molestaron siquiera en mirar el gorro. Y, de súbito, Lastimero comprendió que había cometido un error. Aquellos animales no eran de su especie, y ninguna diversión iba a encontrar con ellos.

Uno sólo podía esperar que le devorasen y, todo lo más, disponer del tiempo justo para lamentar haberse comportado como un estúpido. Detuvo el movimiento de la cola, que aún seguía agitándose impulsada por la costumbre, y pensó: “¡Qué lástima! Pude haber dormido todas esas noches, en vez de estar sentado aquí, anhelante como un tonto...”

Los lobos continuaban acercándosele.

Y en aquel preciso instante resonó en toda la arboleda el nítido trompetazo de un instrumento de metal. El toque estruendoso de una trompa, que sacudió ingentes cantidades de nieve de los árboles e hizo parpadear a los ojos amarillentos. En cuestión de un segundo, el peligro hubo pasado y Lastimero se encontró nuevamente solo junto a su gorro de lana. Colina arriba, con sus enormes raquetas sobre la nieve, llegó el jemulen arrastrando los pies.



—¿Aquí sentado, perrito? —saludó a Lastimero—. ¿Llevas mucho tiempo esperándome?

—No —repuso Lastimero, sin faltar a la verdad.

—Esta noche se habrá formado una estupenda corteza de nieve —dijo el jemulen muy contento—.

Y cuando hayamos llegado a lo alto de las montañas Solitarias, compartiremos la soberbia leche caliente que llevo en mis termos.

El jemulen siguió adelante, arrastrando los pies, sin mirar una sola vez por encima del hombro.

Lastimero echó a andar tras él, sin hacer ruido. Evidentemente, era lo mejor que podía hacer.





CAPÍTULO VI

La llegada de la primavera

La primera ventisca primaveral llevó al valle alteración e inquietud. Los invitados se sintieron más nostálgicos que nunca. Uno tras otro, emprendieron el regreso, por regla general de noche, cuando la nieve endurecida permitía caminar sin esfuerzo. Algunos se habían fabricado un par de esquís, y todos llevaban consigo un pequeño tarro de mermelada. Los últimos tuvieron que repartirse la mermelada de arándano agrio.

Cuando el último huésped franqueó el puente, la despensa de mermelada estaba completamente vacía.

—Volvemos a quedar sólo nosotros —observó Tutiqui—. Mía Diminuta, tú y yo. Todos los seres misteriosos se han ocultado hasta el invierno que viene.

—No tuve ocasión de echar una segunda mirada a aquella criatura de los cuernos plateados —dijo el trol Mumin—. Ni a los pequeñajos que se deslizaban por el hielo como montados en zancos. Ni al negro que voló por encima de la hoguera y que tenía aquellos ojos tan grandes.

—Todos son seres del invierno —repuso Tutiqui—. ¿No notas que la primavera se acerca?

El trol Mumin sacudió la cabeza.

—Aún es demasiado pronto. No la reconozco —dijo.

Pero Tutiqui le dio la vuelta a su gorra colorada, cuya parte interior resultó ser de tono azul claro.

—Siempre hago esto cuando noto la primavera en mi nariz —explicó. Luego se sentó en el brocal del pozo y canto:

Soy Tutiqui,
¡y del revés mi gorra ya he vuelto!
Soy Tutiqui.
¡Mi olfato percibe los cálidos vientos!

¡Enormes aludes rugen a lo lejos!
¡Volando se acercan inmensas ventiscas!
La tierra se altera, el suelo se agita,
la gente abandona su ropa de invierno;
todo se transforma durante estos días.

Una noche, cuando el trol Mumin volvía a casa desde la caseta de baño, se detuvo en mitad del sendero y aguzó el oído.

Era una noche cálida, cuajada de nubes y de movimientos. Los árboles se habían sacudido la nieve tiempo atrás, y Mumin pudo oír cómo agitaban las ramas en la oscuridad.

De la lejanía del Sur llegaba un fuerte ramalazo de viento. Lo oyó susurrar a través del bosque y lo notó cuando pasó junto a él, camino del valle.

Una pequeña rociada de gotas de agua cayó de los árboles a la sombría nieve, y el trol Mumin alzó el hocico para olfatear el aire.





Verdaderamente, aquello pudo haber sido un tenue soplo de tierra. Continuó la marcha y comprendió que Tutiqui tenía razón. La primavera estaba realmente en camino.

Por primera vez en muchas semanas, Mumin contempló cuidadosamente a sus padres dormidos. Mantuvo también la lámpara sobre Esnorquita y la observó con expresión pensativa. La luz del quinqué arrancaba un precioso reflejo al flequillo de Esnorquita. Era una criatura muy dulce. En cuanto se despertara, correría al armario en busca de su verde sombrero de primavera.

El trol Mumin dejó la lámpara en la repisa de la chimenea y lanzó una mirada circular por el salón. Un panorama espantoso, a decir verdad.

Faltaba la mayor parte de las cosas: unas las tomaron prestadas y otras se las habían llevado olvidadizos huéspedes.

Las restantes constituían una indescriptible mescolanza. Una cantidad enorme de platos sucios se amontonaba en el fregadero de la cocina. El fuego de la caldera de la calefacción central, en el sótano, pronto se consumiría del todo, al no haber más turba. La despensa de mermelada estaba vacía. Y el cristal de una ventana se encontraba hecho añicos.

El trol Mumin reflexionó. Oía el rumor de la nieve húmeda al deslizarse por el tejado. Cayó con golpe sordo y, de pronto, Mumin pudo ver un trozo de encapotado cielo nocturno a través de la parte superior de la ventana del Sur.

El trol Mumin se acercó a la puerta de la fachada y trató de abrirla. ¿No cedía un poco? Hundió las manos en la alfombra y usó toda su fuerza.

Despacio, muy despacio, la hoja de madera fue abriéndose, empujando delante de ella una gran masa de nieve.

El trol Mumin no abandonó su esfuerzo hasta que la puerta quedó de par en par frente a la noche.

El viento entraba ahora en el salón. Sacudió el polvo de la gasa que envolvía la araña y esparció las cenizas de la estufa de porcelana. Agitó los cromos pegados en las paredes. Uno de ellos se desprendió y fue arrastrado por el aire.

La habitación se llenó de olores a noche y a abetos, y el trol Mumin pensó: “Estupendo. Una familia necesita a veces ventilación”. Se llegó a los escalones de la entrada y miró la húmeda oscuridad.

“Ahora lo he experimentado todo —se dijo el trol Mumin—. El año completo. El invierno

también. Soy el primer Mumin que ha vivido despierto un año entero.”

La verdad es que esta historia de invierno tendría que acabar exactamente en este punto. La primera noche de primavera, con el viento penetrando en el salón y todo eso, representa un final magnífico. Y cada uno podría pensar lo que gustase acerca de lo que sucedió después. Pero eso no estaría bien.

Porque uno no podría estar absolutamente seguro de lo que mamá Mumin dijo cuando se despertó. Ni sabría a ciencia cierta si al antepasado se le permitió instalarse definitivamente en la estufa de porcelana. Ni si Manrico regresó antes de que la historia terminase. Ni cómo se las arregló Bimbla sin su caja de cartón. Ni a dónde se trasladaría Tutiqui cuando la caseta de baño volviera a ser caseta de baño. Ni un sinfín de otras cosas.

Supongo que es mejor continuar.

Sobre todo, si se tiene en cuenta que la ruptura del hielo es un acontecimiento muy importante y demasiado espectacular para saltárselo sin más ni más.

Seguía ahora el enigmático mes de brillantes días soleados, de carámbanos derritiéndose, de ventarrones y cielos bulliciosos... de noches bajo cero, con heladas impresionantes, nieve endurecida y luna deslumbrante. El trol Mumin exploraba todos los rincones de su valle, aturdido de expectación y orgullo.

Llegó la primavera, pero no como Mumin supuso. Había pensado que sería como librarse de un mundo extraño y hostil, pero era sencillamente una continuación de sus nuevas experiencias, de algo que ya había conquistado y hecho propio.

Confió en que fuese una primavera prolongada, para poder disfrutar de aquella sensación feliz y expectante durante el mayor tiempo posible. Por la mañana, casi temía que pudiera suceder el otro suceso agradable (aunque un poco menos) que esperaba: que alguien de su familia despertase. Mumin se movía con precaución por la casa y se esforzaba siempre en no tropezar con los objetos del salón. Y, temprano, todas las mañanas salía casi precipitadamente, para recorrer el valle, olfatear los nuevos aromas y ver los cambios que se produjeron desde el día anterior.

Frente a la pared Sur de la leñera empezaba a quedarse al descubierto un trozo de terreno cada vez más amplio. Los abedules mostraban un asomo de rojo, aunque sólo podía distinguirse a cierta distancia. El sol había lanzado el fuego de sus rayos contra los ventisqueros, abrasándolos, abriendo en ellos un sinfín de surcos y pasillos, convirtiéndolos en ralos haces de frágiles líneas. Y el hielo se oscurecía, como si el mar comenzase a atravesarlo.

Mía Diminuta aún seguía patinando lejos de allí. Había cambiado sus trozos de hojalata por dos cuchillos de cocina que consiguió ajustar perfectamente a la suela de sus botas.

De vez en cuando, el trol Mumin pasaba junto a algún ocho trazado en el hielo por Mía Diminuta, pero casi nunca la veía a ella. Mía Diminuta poseía el don de saber divertirse por su cuenta y, pensara lo que pensase acerca de la primavera, no sentía necesidad de participárselo a nadie.



Tutiqui se entregaba a la limpieza de primavera en la caseta de baño.

Frotó los cristales verdes y rojos de las ventanas, dejándolos impecables para la primera mosca de verano, colgó los albornoces al sol y trató de reparar el jemulen de goma.

—La caseta de baño será ahora otra vez caseta de baño —dijo—. Cuando el verano sea cálido y verde y tú estés tumbado boca abajo encima de las tibias tablas del embarcadero, calentándote la barriga, y escuches el chapoteo y parloteo de las olas...

—¿Por qué no hablabas así en el invierno? —le interrumpió el trol Mumin—. ¡Hubiera sido tan reconfortante! Recuerdo que dije una vez: “Había aquí una barbaridad de manzanas”. Y tú replicaste: “Pero ahora hay una barbaridad de nieve”. ¿No te dabas cuenta de que me sentía melancólico?

Tutiqui se encogió de hombros.

—Uno tiene que descubrir las cosas por sí mismo —repuso—. Y superarlas solo.

De un día para otro, el sol era más ardiente.

Horadaba agujeros y canales en el hielo y podía observarse que, debajo, el mar se tornaba inquieto.



Más allá del horizonte, enormes borrascas se agitaban de un lado para otro.

El trol Mumin se pasaba las noches en blanco, escuchando los chirridos y chasquidos que se producían en las paredes de la dormida casa.

El antepasado se mantenía tranquilo y silencioso. Había cerrado por dentro los postigos y quizá se retiró a su antigüedad de mil años antes. El cordón del regulador de tiro había desaparecido en la grieta existente entre la estufa y la pared, con sus borlas, sus recamados y todo lo demás.

“Le gusta”, pensó el trol Mumin, que se había mudado del cesto de lana y se acostaba otra vez en su cama. Por las mañanas, la luminosidad del sol se aventuraba más y más por el salón para contemplar con cierto embarazo las telarañas y las bolas de pelusa y polvo. Mumin solía sacar a la terraza las de mayor tamaño, pero las pequeñas gozaban de plena libertad para rodar a su gusto de un lado a otro.

Bajo la ventana que daba al Sur, la tierra estaba cada vez más caliente. El suelo se abombaba ligeramente, a causa de los pardos bulbos y de las numerosas y pequeñas raíces que absorbían con avidez la nieve fundida.

Y luego, un día ventoso, poco antes del crepúsculo vespertino, de la lejanía marina llegó un sonoro, sordo y majestuoso rumor.

—Bueno —dijo Tutiqui, al tiempo que posaba su taza de té—. Empieza el cañoneo de la primavera.

El hielo se estremeció y tronaron nuevos rumores sordos.

El trol Mumin salió corriendo de la caseta de baño para escuchar el cálido viento.

—Mira, el mar se acerca ya —observó Tutiqui, detrás de Mumin.

Una blanca orla de olas silbaba a lo lejos, un oleaje furioso y hambriento que hincaba sus dientes líquidos a los trozos de hielo invernal que iban poniéndosele por delante.

Una fisura negra se disparó a lo largo de la capa de hielo, se ramificó, entrelazó sus grietas y desapareció. El mar volvió a la carga y se formaron nuevas hendiduras, que se ensancharon.

—Sé de alguien que haría muy bien en apresurarse en volver a casa —dijo Tutiqui.

Mía Diminuta, naturalmente, había notado que algo iba a suceder. Pero no le era posible retirarse. Tenía que echar un vistazo, allí donde el mar se había liberado. De modo que dibujó con los patines un ocho soberbio en el mismo borde del hielo, ante el mar.

Después dio media vuelta y se deslizó a toda velocidad sobre la helada pista en pleno

resquebrajamiento. Al principio, las fisuras eran delgadas. “Peligro”, escribían en la superficie del hielo, en todo lo que alcanzaba la vista de Mía Diminuta.

El hielo se arqueó, se elevó y volvió a hundirse. De vez en cuando, resonaba el tonante cañonazo de saludo, anunciador de regocijo y destrucción, lo que remitía deliciosos escalofríos a lo largo de la menuda espalda de Mía Diminuta.

“Espero que a esos mastuerzos no se les ocurra acudir cojeando a salvarme —pensó Mía—. Eso lo estropearía todo.”

Siguió adelante a toda velocidad, casi doblada del todo sobre sus cuchillos de cocina. La costa no parecía acercarse ni tanto así.

Algunas grietas se ampliaron hasta convertirse en pasos por los que circulaba el agua. Una ola pequeña pero furiosa lanzó un latigazo.

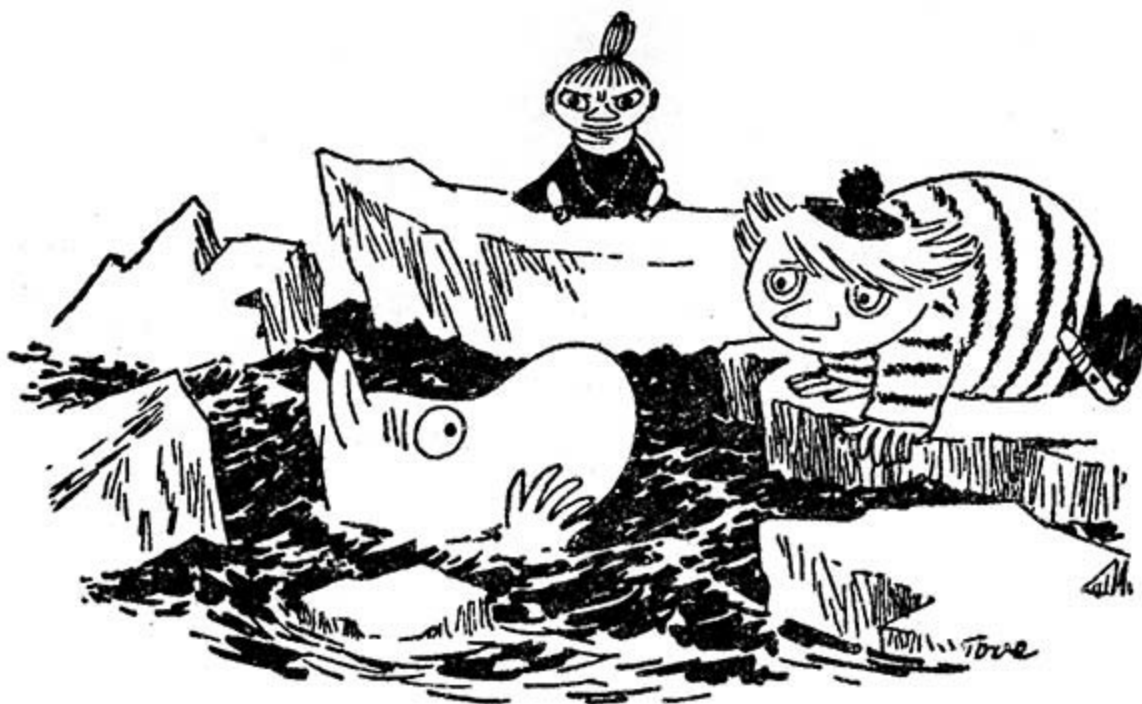
Y entonces, de súbito, el mar estuvo sembrado de islas de hielo que se balanceaban y chocaban entre sí, en medio de una gran confusión. Encima de uno de aquellas islotes quedó Mía Diminuta. Observó el agua que la rodeaba y se dijo, sin sentir ninguna alarma especial: “Bueno, esto se va al garete”.

El trol Mumin ya había salido a rescatarla. Tutiqui contempló la escena durante unos minutos y luego entró en la caseta de baño y puso una olla de agua en la estufa.

“Ya estamos otra vez —pensó, al tiempo que suspiraba—. Siempre le ocurre lo mismo en sus aventuras. Salvar y ser salvado. Me gustaría que alguien escribiese alguna vez un relato sobre la gente que cuida y calienta luego a los héroes.”

Mientras corría, el trol Mumin iba mirando una pequeña grieta que iba desplazándose paralela a él. Se mantenía a la misma altura que Mumin.

El oleaje impulsó el hielo hacia arriba y, de pronto, el hielo se quebró y empezó a bambolearse violentamente bajo los pies de Mumin.



Mía Diminuta estaba inmóvil, de pie en su témpano, contemplando al agitado Mumin. Éste parecía exactamente una pelota de goma que estuviese botando, desorbitados los ojos a causa de la emoción y la tensión. Sus saltos le llevaron por fin junto a Mía Diminuta. Esta alzó los brazos y dijo:

—Ponme encima de tu cabeza, ¿quieres?, para que pueda escabullirme si las cosas se ponen feas.

Se agarró con fuerza a las orejas del trol Mumin y grito:

—¡Primera compañía, hacia la costa! ¡*Adelante!*

El trol Mumin dirigió una rápida ojeada a la caseta de baño. Salía humo de la chimenea, pero en el embarcadero no se veía a nadie retorciéndose las manos a impulsos de la preocupación. Vaciló, y la decepción puso pesadez de plomo en sus piernas.

—¡En marcha ya! —ordenó Mía Diminuta.

Y el trol Mumin obedeció. Saltó y saltó, apretados los dientes y temblorosas las piernas. Cada vez que aterrizaba en un nuevo témpano, una rociada de agua bañaba su barriga.

Toda la extensión helada se había fragmentado ya, y las olas bailaban en aquella pista líquida que se prolongaba hasta la orilla.

—¡Conserva el paso! —gritaba Mía Diminuta—. Ahí viene otro... Lo notarás debajo... ¡*Salta!*

Y el trol Mumin saltaba, en el momento preciso en que el oleaje empujaba suavemente un témpano hasta colocarlo al alcance de las piernas del trol.

—*Uno*, dos, tres; *uno*, dos tres —Mía Diminuta contaba los compases del vals—. *Uno*, dos tres, espera... *Uno*, dos, tres... ¡*Salta!*

Las piernas del trol Mumin eran poco firmes y tenía el estómago frío como el hielo. Un ocaso rojizo asomó por el encapotado cielo y el resplandor de las olas lastimó los ojos del trol. Notaba calor en la espalda, pero el estómago no podía estar más gélido, y todo aquel mundo cruel giraba vertiginosamente ante sus ojos.

Tutiqui había presenciado los acontecimientos a través de la ventana de la caseta de baño, y vio entonces que las cosas no se desarrollaban muy bien.

“Estúpida de mí —pensó—. Naturalmente, no sabe que he estado mirándole todo el rato.”

Salió al embarcadero y gritó:

—¡Oh, muy bien hecho, señor!

Pero ya era demasiado tarde.

El último salto a la desesperada, fue algo excesivo para el trol Mumin, que se encontró flotando en el mar, con el agua a la altura de las orejas y un brioso témpano empeñado en propinarle golpes y más golpes en el cogote.

Mía Diminuta había abandonado la cabeza de Mumin y, después de un último y largo salto, llegó a tierra firme. Resulta extraordinaria la habilidad con que las criaturas como las mías saben arreglárselas en la vida.

—Agárrate fuerte —aconsejó Tutiqui, al tiempo que alargaba su firme brazo.

Estaba tendida boca abajo, con el vientre sobre la tabla de lavar de mamá Mumin, y miraba directamente a los turbados ojos del trol Mumin.

—Vamos; ¡así...!

Poco a poco, el trol Mumin fue remolcado por encima del borde del hielo y luego se arrastró despacio hacia los peñascos próximos al agua.

—Ni siquiera te molestaste en observar si las cosas iban bien.

—Estuve mirando por la ventana todo el rato —replicó Tutiqui en tono preocupado—. Lo mejor que puedes hacer ahora es entrar y calentarte.

—No; me voy a casa —dijo el trol Mumin.

Se puso en pie y echó a andar con paso vacilante.

—¡Jarabe caliente! —le gritó Tutiqui—. ¡No olvides beber algo caliente!

El sendero estaba húmedo por la nieve que se fundía, y el trol Mumin notó bajo sus pies la forma sólida de raíces y agujas de pino. Pero temblaba de frío y le fallaban las piernas, que las sentía como de goma.

Apenas volvió la cabeza, una ardillita cruzó de un salto la senda, delante de él.

—¡Feliz primavera! —saludó la ardilla distraídamente.

—Muchas gracias —contestó el trol Mumin, y siguió su camino.

Pero se detuvo en seco casi en seguida y clavó una mirada en la ardilla. El animalito tenía una cola grande y tupida, a la que el sol arrancaba reflejos rojizos.



—¿Te llaman la ardilla de la cola maravillosa? —pregunto Mumin despacio.

—Naturalmente —repuso la ardilla.

—¿Eres tú? —exclamó el trol Mumin—. ¿La que se tropezó con la Dama del Frío?

—No me acuerdo de eso —dijo la ardilla—. Es que, ¿sabes?, no se me da muy bien recordar cosas.

—Pero, por favor, inténtalo —suplicó el trol Mumin—. ¿Tampoco te acuerdas del colchón que estaba relleno de lana?

La ardilla se rascó la oreja izquierda.

—Me acuerdo de un montón de colchones —contestó—. Rellenos de lana y de otras cosas. Los de lana son los más agradables.

Y la ardilla se alejó saltando entre los árboles.

“Tendré que averiguarlo más adelante —pensó el trol Mumin—. Ahora tengo demasiado frío. He

de ir a casa...”

Y estornudó, porque, por vez primera en su vida, se había resfriado.

El fuego de la calefacción central se había apagado, y en el salón reinaba una temperatura gélida.

Con mano trémula, Mumin se echó varias alfombras encima del estómago, pero no consiguieron hacerle entrar en calor. Le dolían las piernas y notaba pinchazos en la garganta. De golpe, su vida se tornó triste y le pareció que el hocico era extraño y enorme. Trató de enrollar la cola, fría como el hielo, y volvió a estornudar.

En ese punto, se despertó su madre.

Mamá Mumin no había oído el estruendo del hielo al quebrantarse, y ni una sola vez los aullidos de la ventisca. Su casa estuvo repleta de inquietos invitados, pero ni los huéspedes ni el despertador lograron interrumpir el sueño de mamá Mumin.

Ahora abrió los ojos y, completamente despierta, contempló el techo.

Después se incorporó en la cama y observó:

—Te has resfriado, Mumin.

—Mamá —articuló el trol Mumin, mientras los dientes le castañeteaban—, si pudiese estar seguro de que se trata de la misma ardilla y no de otra...

Mamá Mumin se apresuró a ir a la cocina para calentar un poco de jarabe.

—Nadie fregó los platos —gritó el trol Mumin en tono lastimoso.

—Oh, claro que no —dijo mamá Mumin—. Todo se arreglará.

Encontró unas cuantas astillas detrás del cubo del agua. Tomó un frasco de jarabe de grosella que guardaba en el armario secreto, unos polvos y una bufanda.

Cuando el agua empezó a hervir, mamá Mumin preparó una eficaz medicina contra la gripe, a base de azúcar, jengibre y un limón que solía estar detrás del cubreteteras, en el penúltimo estante de arriba.

No había cubreteteras ahora, ni tampoco tetera.



Pero mamá Mumin no reparó en ello. Para mayor seguridad murmuró un breve ensalmo sobre la medicina contra la gripe. Era algo que le había enseñado su abuela. Luego regresó al salón y dijo a Mumin:

—Bébetelo todo lo caliente que puedas aguantar.

El trol Mumin obedeció y notó que una corriente cálida fluía por todo su estómago.

—Mamá —dijo—, tengo que darte un sinfín de explicaciones que...

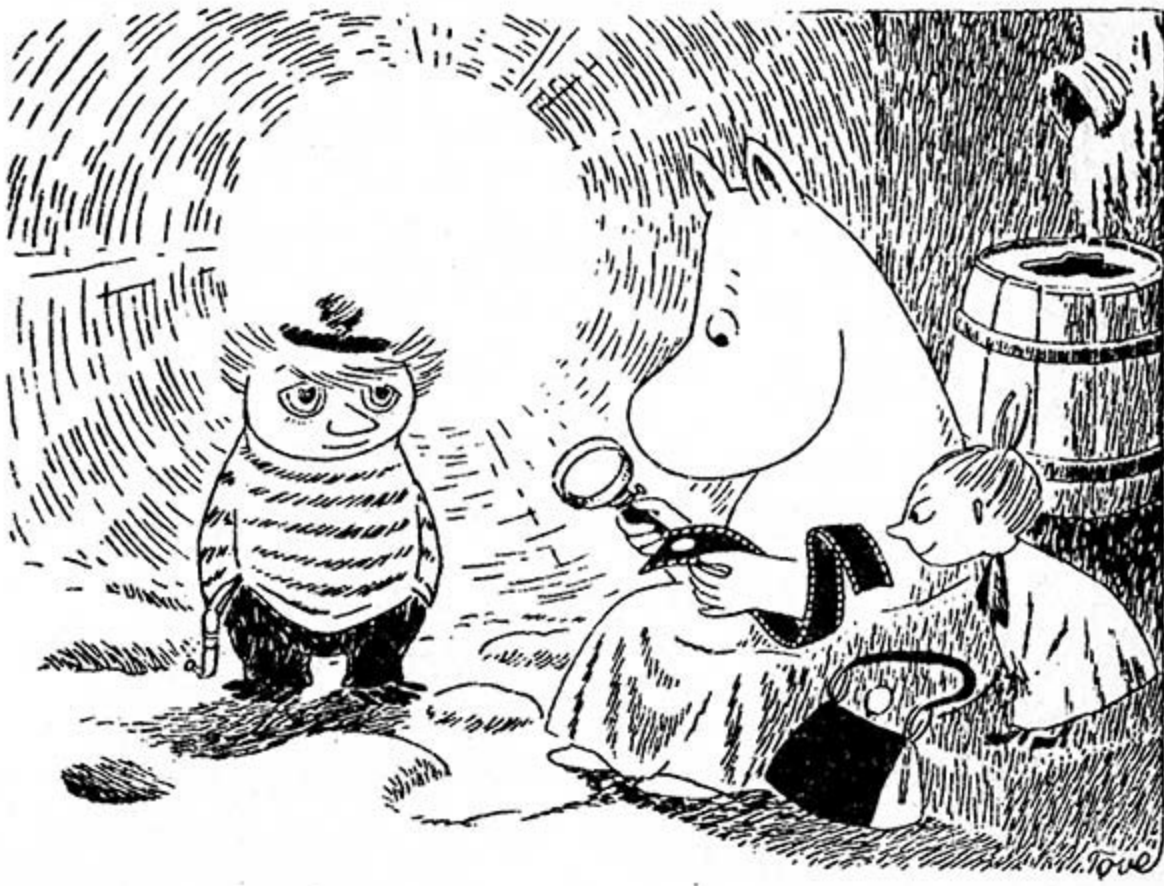
—Lo primero que has de hacer es descabezar un sueñecito —repuso mamá Mumin, y envolvió la bufanda de franela en torno al cuello de Mumin.

—Sólo te pido una cosa —murmuró Mumin, soñoliento—. Prométeme que no encenderás fuego en la estufa de porcelana... Es que allí vive ahora nuestro antepasado.

—Claro que no —dijo mamá Mumin.

Al instante, el trol Mumin se sintió caliente, tranquilo y libre de responsabilidades. Dejó escapar un suspiro y hundió el hocico en la almohada. Después se quedó completamente dormido, al margen de todo.

Mamá Mumin estaba sentada en la galería y quemaba una cinta de película con una lupa. El celuloide humeaba y refulgía, y un olor acre y agradable cosquilleaba el hocico de mamá Mumin.



El sol enviaba tanto calor, que los escalones de la terraza despedían nubecillas vaporosas, pero a la sombra hacía frío.

—La verdad es que una debería levantarse un poco antes en primavera —comentó mamá Mumin.

—Tiene usted mucha razón —convino Tutiqui—. ¿Continúa durmiendo?

Mamá Mumin asintió.

—¡Tendría que haberle visto saltar de un témpano a otro! —manifestó orgullosamente Mía Diminuta—. Y se pasó la mitad del invierno sentado y pegando cromos en las paredes.

—Ya los he visto. Tuvo que sentirse muy solo.

—Luego encontró una especie de antiguo antepasado de ustedes —prosiguió Mía Diminuta.

—Deja que sea él quien cuente la historia cuando se despierte —pidió mamá Mumin—. Me hago cargo de que sucedieron una infinidad de cosas mientras yo dormía.

Al terminar con la película, mamá Mumin consiguió quemar el piso de la galería: un agujerito negro y redondo.

—La primavera próxima tendré que levantarme un poco antes que los demás —dijo mamá Mumin—. Es estupendo disponer de un poco de tiempo para una, no tener que estar pendiente de los demás y hacer lo que una desee.

Cuando el trol Mumin se despertó por fin, ya no le dolía la garganta.

Observó que mamá Mumin había quitado la gasa que envolvía la araña y colocado los visillos en las ventanas. Los muebles ocupaban sus respectivos lugares de costumbre, y el cristal roto se había sustituido por un rectángulo de cartón. Ni una bola de pelusa a la vista.

Sólo continuaba igual el montón de trastos que el antepasado puso delante de la estufa de porcelana. Mamá Mumin había colocado encima un pulcro letrero:

De la cocina llegaban los agradables ruidos que se producían al fregar los platos.

“¿Debo hablarle del Inquilino del Fregadero? —pensó el trol Mumin—. Tal vez sea mejor que no le diga nada...”

Siguió un rato acostado, mientras se preguntaba si continuaría enfermo un poco más y que mamá Mumin le cuidase. Pero luego decidió que sería aún más estupendo que él cuidara de mamá Mumin. Fue a la cocina y propuso:

—¡Permíteme que te enseñe la nieve!

Mamá Mumin dejó inmediatamente de fregar platos y salieron juntos de la casa, a la luz del sol.

—Ya no queda mucha nieve —explicó el trol Mumin—. ¡Pero tenías que haberlo visto en el invierno! ¡Los ventisqueros llegaban hasta el tejado! ¡Uno no podía dar un paso sin hundirse en la nieve hasta el hocico! ¿Sabes?, cuando la nieve cae del cielo es como una multitud de estrellas muy pequeñas y muy frías. Y arriba, en las altas negruras, uno ve aleteos azules y cortinas verdes.

—Eso parece muy bonito —repuso mamá Mumin.

—Sí, y aunque uno no pueda caminar por la nieve, puede deslizarse sobre ella —continuó el trol Mumin—. A eso lo llaman esquiar. Uno avanza muy de prisa, como un relámpago, en medio de un remolino de nieve, y ha de tener una vista muy aguda.

—No me digas —manifestó mamá Mumin—. ¿Las bandejas las utilizabais para eso?

—No; son mejores para el hielo —contestó su hijo, pillado de improviso.

—Claro, claro —silabeó mamá Mumin, entornando los párpados frente al sol. Debo confesar que la vida es encantadora. Aquí está una convencida durante toda su existencia de que las bandejas sólo se utilizan para una cosa, y entonces va y resulta que son todavía mejores para otro fin completamente distinto. Y todos los años la gente venga a decirme que me tomaba demasiadas molestias preparando tarros de mermelada..., y ahora, de pronto, ¡la despensa está vacía!

El trol Mumin se sonrojó.

—¿Te ha contado Mía Diminuta que...?

—Sí —dijo mamá Mumin—. Y doy gracias porque te has cuidado de tantos seres, para que la vergüenza no cayera sobre mí.

¿Y quieres que te diga una cosa? Creo de verdad que la casa ganará mucho en espacio y demás sin tantas alfombras y cacharros. Además, será mucho más sencillo hacer la limpieza.

Mamá Mumin cogió un puñado de nieve y formó una bola. La lanzó torpemente, como suele ocurrir con las madres, y la bola de nieve cayó en el suelo, a escasa distancia.



—No soy ninguna virtuosa en el lanzamiento de bolas de nieve —reconoció, con una carcajada—. Hasta Lastimero la hubiese tirado mejor.

—Mamá, te quiero una barbaridad —dijo el trol Mumin.

Andando despacio, se acercaron al puente, pero no había llegado ninguna carta. Al atardecer, el sol proyectó a través del valle sombras alargadas y todo estuvo tranquilo, envuelto en una paz maravillosa.



Mamá Mumin se sentó en el pretil del puente y dijo:

—Y ahora me gustaría escuchar algo acerca de nuestro antepasado.

A la mañana siguiente, toda la familia se despertó al mismo tiempo. Y se despertaron mediante el sistema oportuno: las alegres notas cantarinas de un organillo.

Tutiqui accionaba la manivela, de pie bajo el alero del tejado, que goteaba sobre la gorra azul cielo vuelta del revés. El propio cielo no tenía un azul más claro. Los adornos de plata del organillo relucían al sol.



Junto a Tutiqui estaba sentada Mía Diminuta, medio orgullosa y medio violenta, porque había intentado arreglar con sus propias manos el cubrehuevos y fregar con arena la bandeja. Ninguno de los dos objetos salió bien librado de aquellos intentos, pero es muy probable que las intenciones tengan más importancia que los resultados.

Apareció a cierta distancia la soñolienta Mimbla, que se aproximaba tirando de la alfombra sobre la que durmió durante todo el invierno.

Aquel día, la primavera había decidido no manifestarse poética, sino simplemente alegre. Dispersó por el cielo pequeñas bandadas de nubes ligeras, barrió de los tejados los últimos vestigios de nieve y formó nuevos arroyuelos por todas partes, para que jugasen en abril lo mejor que pudieran.

—¡Estoy despierta! —exclamó Esnorquita, expectante.

Amablemente, el trol Mumin frotó su hocico contra el de ella.

—¡Feliz primavera! —deseó.

Al mismo tiempo, se preguntaba si sería capaz de explicarle cómo era el invierno, de forma que

Esnorquita lo entendiese.

Mumin la vio dirigirse corriendo al armario para coger su verde cofia de primavera.

Vio también a su padre recoger presurosamente el anemómetro y la pala y salir a la terraza.

Durante todo ese espacio de tiempo, el organillo de Tutiqui continuó tocando, y los rayos solares siguieron derramándose sobre el valle, como si los elementos lamentasen haber permitido a sus súbditos mostrarse tan poco amistosos en el pasado.



“Manrico llegará hoy —pensó el trol Mumin—. Es exactamente la clase de día apropiado para que llegue.”

Desde la terraza, Mumin contempló a sus familiares. Brincaban por el terreno del jardín, pasmados de puro júbilo, como todas las primaveras.

Captó la mirada de Tutiqui. Esta puso punto final al vals, se echó a reír y dijo:

—¡La caseta de baño vuelve a estar desocupada!

—Opino que, después de esto, la única persona que puede vivir en la caseta de baño es Tutiqui —dijo mamá Mumin—. La verdad es que tener caseta de baño representa una comodidad algo excesiva. Lo mismo puede arreglarse uno con unos simples baúles colocados en la orilla del mar.

—Gracias —repuso Tutiqui—. Lo pensaré.

Y se alejó valle abajo, para despertar con su organillo a todos los demás cripes y animalitos dormidos.



Esnorquita había tropezado con el primer azafrán, que asomaba su valerosa nariz. Surgía en el trozo de tierra cálida situada bajo la ventana Sur, pero aún no estaba verde siquiera.

—Le pondremos un vaso encima —dijo Esnorquita—. Si hiela, estará protegido.

—No, no hagas eso —aconsejó el trol Mumin—. Déjalo que luche por la supervivencia. Creo que lo conseguirá mejor si las cosas no le resultan fáciles.

Mumin se sintió de pronto tan dichoso que tuvo la necesidad de estar solo. Se alejó rápidamente, en dirección a la leñera.

Y cuando nadie podía verle, echó a correr. Corrió sobre la nieve medio fundida, con el sol calentándole la espalda. Corrió simplemente porque era feliz, sin tener que pensar en nada en absoluto.

Corrió hasta la ribera, franqueó el estrecho embarcadero y atravesó la vacía y ventilada caseta de baño.

Después se sentó en los escalones de la caseta de baño, con el mar de primavera a sus pies.

Si aguzaba el oído, podía oír la música del organillo, muy apagada, que Tutiqui tocaba en el extremo más alejado del valle.

El trol Mumin bajó la mirada sobre el agua y se esforzó en recordar el momento en que el hielo se alejó y se fundió en la oscuridad del horizonte.

FIN Y PRINCIPIO



TOVE JANSSON (Helsinki, 1914-2001) era la mayor de los tres hijos del escultor sueco-finés Viktor «Faffan» Jansson y de la dibujante sueca Signe Hammarsten-Jansson. En *La hija del escultor* (1968) describe su niñez en el mundo artístico bohemio-burgués de Helsinki. La familia pasaba los veranos en el *skårgård*, o sea los islotes que bordean la costa cerca de la capital, un lugar que sin duda inspiró a Tove Jansson a la hora de crear Valle Mumin.

Pronto quedó claro que Tove también sería artista. Dejó la escuela a los 15 años y estudió arte en Estocolmo, Helsinki y París. Viajó por toda Europa y participó en varias exposiciones. En los años 1930 y 1940 era ya una popular dibujante de tiras cómicas antifascistas para la revista *Garm*, y realizó una serie de atrevidas caricaturas políticas y acertadas imágenes de la vida cotidiana en la Finlandia en tiempos de guerra.

El primer libro sobre los mumin, *Småtrollen och den stora översvämningen* [*El trollicito y el gran diluvio*] se publicó en 1945. En su estreno como novelista Tove Jansson dio el papel protagonista al personaje principal de su tebeo en *Garm*. En la revista, el personaje se llamaba «Snork», ahora lo rebautizaba como «el Mumintroll». «Al principio, para mí escribir era un mero juego», explicó en una ocasión Tove, «pero de alguna manera terminó siendo tan importante y tan difícil como pintar, dos actividades que tuvieron que convivir; una convivencia que tal vez se plasmara en las ilustraciones de los libros». Se publicarían ocho títulos más, escritos en sueco, sobre el mundo de los mumin. El segundo fue *Kometjakten* [*Caza al cometa*, primera versión de *La llegada del cometa*], de 1946, y el último *Sent i november* [*Finales de noviembre*], de 1970. A la familia de Valle Mumin, cuyo centro lógicamente era Mamá Mumin, se iría sumando un variopinto grupo de vecinos: la Señorita Snork y Snif, el Snusmumrik y Pequeña My, los filifjonkor, los hatifnat y los hemul, todos con su muy particular personalidad y modo de ver la vida. Con los mumin y sus amigos, Tove

Jansson ha logrado crear un universo autónomo que inspira y cautiva por igual a los niños y a los adultos.

Pero fue *Trollkarlens hatt* [*El sombrero del Mago*, 1948] el libro que realmente lanzó a Tove Jansson como autora de libros infantiles. Fue traducido al inglés y abrió el camino para la colección de los mumin en el contexto internacional. Los libros se han traducido a 35 idiomas y se han hecho adaptaciones de ellos tanto para teatro como para radio y televisión. Sin embargo, los libros sobre los mumin constituyen sólo parte de una producción artística mucho más extensa.

Tove Jansson también ha escrito novelas, relatos, piezas radiofónicas y obras teatrales, como *Den arliga bedragaren*, *Rent spel* y *Resa med latt bagage*. Uno de sus libros favoritos era *El libro del verano* (Siruela, 1996), que cuenta la historia de la joven Sofía y su octogenaria abuela, para quien Tove utilizó a su propia madre como modelo. Tove Jansson recibió una gran cantidad de distinciones y premios, entre ellos la Plaqueta Nils Holgersson 1953, el Nacional de Literatura 1963, 1971 y 1982, la Medalla Hans Christian Andersen 1966, el Premio Márbacka 1972, la Medalla Pro Finlandia 1976 y el Gran Premio de la Academia Sueca 1994.



Tove Jansson con algunos de sus personajes

Notas

[1] Un erizo desahuciado es un erizo al que echaron de su vivienda en contra de su voluntad y sin darle tiempo siquiera para que cogiese el cepillo de dientes. (*N. de la A.*)<<

[2] En caso de que el lector sienta deseos de llorar, se le agradecería que echase una rápida mirada a la página 147. (*N. de la A.*)<<



Colección de Los Mumin

Los libros de *Los Mumin* (del sueco Mumintroll) son historias para niños protagonizadas por una familia de troles escandinavos cubiertos de suave pelo blanco, con aspecto redondo, grandes hocicos y una cola terminada en un mechón que les hacen asemejarse remotamente a hipopótamos.

Los Mumin son seres dulces y delicados caracterizados por sus buenas maneras y su lenguaje cortés y educado. Para ellos el menor gesto, el hecho más nimio, es un acontecimiento capaz de desencadenar la aventura, una aventura siempre ingenua y fantástica.

Habitan en el Valle Mumin, un lugar idílico y tranquilo, donde viven en armonía con la naturaleza. Su hogar está cerca del mar y rodeado de montañas. En invierno todo se cubre de nieve para estallar en colores cuando llega la primavera. Su casa es azul y redonda, con forma de chimenea y numerosas ampliaciones para alojar a las numerosas visitas.

Además de la familia Mumin, también hay varios amigos suyos que son diferentes en aspecto, algunos humanos: Los ordenados Hemulens, los intrépidos husmeones, los Snorks, el Enorme Edward, los pegapatas, los goupers y muchas otras pequeñas criaturas como las musarañas invisibles o los homsa.

Aunque son dibujos y relatos hechos para niños, en el transfondo la autora refleja su propia filosofía de vida: La defensa de la convivencia pacífica, la amistad y la familia, la necesidad de pocas cosas materiales, la educación, el respeto y cuidado por el medio ambiente, por cualquier forma de vida, y dentro de la individualidad de cada uno, el respeto por las formas de ser por muy extrañas o extravagantes que en principio pudieran parecer.

El estilo de los libros de *Los Mumin* fue cambiando con el paso del tiempo. Así, los primeros son historias de aventuras con inundaciones, cometas y otros eventos sobrenaturales. Tienen un humor ligero y un tono amable. *La familia Mumin en invierno* (1957) marcó un giro importante: Las historias toman una trama más “realista” (en el contexto del universo Mumin, naturalmente) y los personajes empiezan a adquirir cierta profundidad psicológica. Las siguientes novelas son libros serios y con una psicología profunda.

Los títulos y la fecha de publicación en sueco que aparecen a continuación corresponden a las

historias en formato libro. Han sido publicados en más de 40 idiomas de todo el mundo. *Los Mumin* siguen viviendo aventuras en formato de tiras cómicas en prensa, libros ilustrados, cómic y manga, así como en varias series de dibujos animados.

1. Los mumin y la gran inundación (1945)
2. La llegada del cometa (1946)
3. El sombrero del mago (1948)
4. Memorias de Papá Mumin (1950)
5. Loca noche de San Juan (1954)
6. La familia Mumin en invierno (1957)
7. La niña invisible, y otras historias (1962)
8. Papá Mumin y el mar (1965)
9. Finales de noviembre (1970)

En el año 2014 se celebra el centenario del nacimiento de Tove Jansson (1914-2011), escritora e ilustradora finlandesa a quien debemos la serie de libros de *La Familia Mumin*. *Los Mumin* de Tove Jansson son unos seres que se pueden emparejar perfectamente con *Pippi Långstrump* de Astrid Lindgren en lo que podemos definir como el naïf nórdico en el que la principal característica es una inocencia arrebatadora que mueve a los personajes y en el que planea la idea de que la voluntad personal será aquella que nos permitirá cambiar las cosas a nuestro alrededor, es decir, nos hablan de esperanza, algo muy necesario en todos los tiempos.

Personajes de Los Mumin

Nota preliminar: Debido a las numerosas traducciones que se han realizado, los nombres de los personajes han ido variando con las ediciones y formatos. Esperamos haber sido capaces de recogerlos todos.



Mumintröll (también llamado el troll mumin) es un Mumin joven, amable y curioso, que se interesa por todo lo que le rodea. El mundo está lleno de cosas interesantes que investigar, pero lo que más le gusta es coleccionar piedras y conchas. Como a todos los Mumin le encanta el mar. Tiene una gran confianza en sus amigos y se preocupa si alguno de ellos es infeliz. Es muy sensible y nada rencoroso. Es un soñador y un pensador, y su mejor amigo es el vagabundo inconformista Snusmumrik.

Mumintröll piensa que el Valle Mumin es el lugar más interesante y más seguro del mundo. Por eso él es tan valiente y curioso. Puede llenar su deseo de entender las cosas excepcionales y las criaturas extrañas sin tenerles miedo. Lo único que le hace sentir mal es que le dejen solo. Cada noviembre, cuando Snusmumrik se va al sur durante el invierno, le deja una carta especial en la que le promete que volverá al Valle Mumin el primer día de primavera. Por su casa aparecen multitud de visitantes, lo cual le hace muy feliz.

Ama a su familia por encima de todo. No hay problema que Mamá Mumin no pueda resolver y cuando Papá Mumin inventa una buena excusa para ir de aventuras, él siempre está dispuesto a seguirle. Cuando la señorita Snork empezó a ser su novia aprende que el amor a veces puede hacerte sentir nostálgico e incluso francamente triste.

Mumintröll aparece desde el primer número de la colección “Los Mumin y la gran inundación”. No llega a la mayoría de edad en las historias de los Mumin, pero se hace muy mayor en el libro “Los Mumin en invierno”. Es fácilmente reconocible por su forma redondeada y suave, y el penacho en el extremo de su cola. Todos los Mumin tienen ojos grandes y orejas pequeñas.

Papá Mumin es un orgulloso padre de familia, aventurero y un tanto infantil. Le encanta filosofar y siempre quiere estar donde esté la acción. Se considera a sí mismo un erudito experto en muchas materias y siempre está dispuesto a aconsejar a los demás. También es un soñador al que le gusta el whisky y la compañía de amigos extravagantes. Disfruta reflexionando sobre grandes temas vitales y a menudo toma notas de sus observaciones, escribir es muy importante para él. Le encanta el mar y se considera un habilidoso marinero y pescador. Vivió en su juventud grandes aventuras y le deleita contarlas en cuanto tiene oportunidad.



Se le reconoce enseguida porque lleva sombrero de copa y bastón. Aparece desde el primer libro, “Los Mumin y la gran Inundación” y nos cuenta sus grandes hazañas de juventud en las “Memorias de Papá Mumin”.

Mamá Mumin es una madre tranquila y serena que nunca pierde los nervios por tonterías. Consigue que la casa Mumin sea siempre un lugar seguro y lleno de amor tanto para su familia como para los

visitantes. Educa a su familia con tanta habilidad que apenas notan que están siendo educados. Desea que todos sean felices y valora a cada uno por sí mismo, interviene siempre si alguien le hace daño a otro. No se preocupa por las payasadas de los demás porque cree que todos aprendemos mucho de nuestros errores. Siempre está dispuesta para ayudar y consolar, nadie puede estar triste si ella está a su lado. Los habitantes del valle de Mumin confían en ella porque nunca revela los secretos que le confían.

Gracias a ella todo va como una seda en la casa de los Mumin. Consigue solucionar incluso los problemas más difíciles y siempre ve el lado bueno de las cosas.

Lleva un delantal y un enorme bolso negro lleno con todo tipo de cosas importantes para los casos de emergencia como alambre, pastillas para dolor de estómago y caramelos. Aparece en casi todos los libros de los Mumin.

La señorita Snork, (también llamada Esnorquita / la señorita Pocavoz) es la amiga y compañera de juegos de Mumintroll. Se gustan mucho y les encanta pasar el rato juntos. Tiene una personalidad alegre y está llena de energía aunque sus continuos cambios de opinión pueden irritar un poco a los demás. Es una soñadora y a menudo tiene fantasías románticas. También es un poco coqueta y vanidosa, pero en las situaciones difíciles tiene ideas muy ingeniosas. En el libro “La llegada del cometa” se le ocurre una forma de librarse de un pulpo que amenaza a Mumintroll. Su manía es que su flequillo tiene que estar siempre peinado. Lleva una tobillera dorada. Tiene un hermano, Snork. Ambos son Snorks, una especie que difiere ligeramente de los Mumins. Por ejemplo su piel cambia de color según su estado de ánimo. Cuando la señorita Snork se siente molesta se vuelve de color verde claro. Aparece en casi todos los libros de los Mumin.



Snusmumrik (también llamado Manrico / Husmealotodo / Snufkin) es un vagabundo filósofo que recorre el mundo pescando y tocando la armónica. Lleva todo lo que necesita en su mochila y cree que tener demasiadas cosas te complica la vida. Es tranquilo y confiado, le gusta reflexionar sobre las cosas. Va y viene como le place. Tiene un montón de admiradores en el Valle Mumin, especialmente entre los habitantes más pequeños y tímidos. Su mejor amigo es Mumintroll. Snusmumrik recibe cada acontecimiento y cada nueva persona que conoce cálidamente y con interés. Le gusta pasar tiempo con los Mumin en su valle pero en noviembre emigra al sur a pasar el invierno, volviendo en primavera. Es sociable, pero prefiere viajar solo. Explora lugares que no conoce y come lo que pesca. No le preocupan cómo se llaman esos lugares que recorre sino disfrutar del viaje en sí. Le encanta vagar por la noche iluminado sólo por la luz de la luna. Siempre lleva un sombrero de color verde oscuro de ala ancha y un abrigo maltrecho del mismo color. La Pequeña My es su medio hermana. Es hijo de Mimbla y Bártulos. Se une a los Mumin por primera vez en el libro “La llegada del cometa”.



La Pequeña My (también llamada Mia Diminuta / Pequeña May La-Mas-Pequeña-Que-Hay) vive en casa de los Mumin aunque no tiene vínculo familiar con ellos. Es muy valiente y no le teme a nada, siempre está dispuesta a unirse a cualquier aventura. Es positiva y sociable y aunque tiende a

enfadarse por detalles nunca hace cosas malas a propósito. A veces, cuando alguien se pone muy sentimental, ella le hace poner los pies en el suelo con sus razonamientos. Le gusta tomar sus propias decisiones. No le molestan en absoluto el desorden o incluso el caos, de hecho, considera que la vida es mucho más interesante de esa manera. Al ser tan pequeña, puede esconderse en una jarra de leche o entre cucharones y batidoras en una estantería de la cocina. A veces duerme en el bolsillo de Snusmumrik. Le encanta descubrir los secretos de la gente, pero nunca se los cuenta a nadie. A pesar de ser temeraria e imprudente, es totalmente honesta y de confianza, siempre está dispuesta para ayudar ante cualquier situación.



La Pequeña My nació una noche de verano. La familia Mumin la adoptó cuando aún era muy niña. La anciana Mymbla es su madre y Snusmumrik es su medio hermano. También es hermana de la joven Mymbla. Lleva su cabello pelirrojo recogido en un moño y un vestido rojo. Aparece por primera vez en el libro “Las memorias de Papá Mumin.”



Snif (también llamado Sniff) no es un Mumin, pero vive en su casa, como la Pequeña My. Le gusta apuntarse a cualquier aventura de los Mumin aunque su timidez le impide hacer nada peligroso. Tiene buen carácter y es un poco miedoso. Le gustan las cosas valiosas y se emociona cuando encuentra alguna, sobretodo los objetos brillantes. Idea muchos planes para hacerse rico que por lo general no tienen ningún éxito. Ser propietario de cosas es muy importante para él. Muchos de los residentes en el Valle Mumin no podrían vivir sin el mar, pero a él le aterroriza el agua, ni siquiera se atreve a subir al embarcadero. Le encanta investigar cosa nuevas con los demás pero se cansa pronto y es siempre el primero del grupo que quiere abandonar. Sniff es egoísta, perezoso y se aburre con facilidad, por lo que no se le puede pedir que se interese por nada durante mucho tiempo. Sus padres El Tolondrón y la Salsabicho lo perdieron cuando era pequeño y los Mumin lo encontraron mientras buscaban a Papá Mumin que había desaparecido en “Los Mumin y la gran inundación”. Desde entonces se ha quedado con ellos. Se puede reconocer a Snif por sus grandes orejas puntiagudas y su larga cola.

Tutiqui es una vieja amiga de la familia Mumin. Es una mujer sabia que sabe resolver todo tipo de dilemas de una manera sensata y práctica. Es como un torbellino, se lanza directamente a la acción y ayuda a los Mumin a que todo esté en su lugar. Es diferente de la mayoría de los que habitan el valle porque ella no hiberna. Pasa el invierno en la caseta de baños de la familia Mumin donde se instala de la forma más confortable posible y donde las musarañas invisibles le hacen compañía. Aunque Tutiqui es capaz de arreglar casi todo, cree que a veces hay que aceptar que hay algunas cosas que sencillamente no tienen arreglo. No le gusta decir a los demás cómo tienen que vivir ya que cree que todo el mundo tiene que aprender de sus propias experiencias (buenas o malas). Lleva un jersey a rayas y una gorra. La conocemos por primera vez en el libro “Los Mumin en invierno” en el que Mumintroll se despierta en medio de su ciclo de hibernación y aprende a comprender el invierno con su ayuda.





Los Hemulens (también llamados Jemulens / Melindrosos) se parecen físicamente a los Mumin, aunque son algo más grandes. Aman el orden y la jerarquía. Les gusta mandar y esperan que todos cumplan las leyes al pie de la letra. No son muy dados a escuchar la opinión de los demás y carecen de sentido del humor. A menudo coleccionan cosas como distracción, pero se obsesionan y ya no tienen tiempo para pensar en nada más. En cuanto empiezan a coleccionar plantas o sellos tienen la necesidad de completar la colección lo antes posible. El Guardia que persigue a Stinky le gusta a todo el mundo, mientras que el botánico esta completamente obsesionado con coleccionar es un poco intratable. Los Hemulens aparecen ya en el primer libro “Los Mumin y la gran inundación”.

El Snork (también llamado Esnorque / el Pocavoz) es hermano de la señorita Snork. Es diligente e ingenioso, con un talento excepcional para inventar y construir máquinas nuevas. Los residentes del Valle Mumin le consultan a menudo y le piden ayuda para resolver problemas difíciles. Puede organizar con habilidad hasta el más exigente de los proyectos. También es bueno con las manos y a veces construye sus propias invenciones en su taller. Fue aquí donde construyó su extraño artilugio volador. La precisión es crucial para él. Investiga por su cuenta y luego transmite sus conocimientos y observaciones a los demás. También es un lector voraz. No duda en expresar cómo piensa que se pueden resolver los problemas y por eso los demás lo consideran un poco un sabelotodo. Snork lleva flequillo y gafas de montura de pasta cuadrada. Al igual que su hermana cambia de color según su estado de ánimo. Lo encontramos por primera vez en “La llegada del cometa”.



Mymbla (también llamada Mymble / Mymblan) es hermana de Pequeña My y medio hermana de Snusmumrik. Su madre también se llama Mymbla. Es una hermana mayor atenta, responsable y cariñosa que se ocupa de cuidar de todos sus hermanos menores. A pesar de tener los mismos padres y parecerse, Mymbla y Pequeña My son muy diferentes. Mymbla es mucho más calmada y le gusta soñar con cómo será el amor de su vida. Lleva un vestido rosa y se recoge el pelo en un moño idéntico al de Pequeña My. Aparece por primera vez en el libro “Las memorias de Papá Mumin.”

Los Hatifnats (también llamados Jatifnatarnis / hatifnatas / Hattifatteners) son unos seres silenciosos que están siempre deambulando en grandes manadas. La única cosa que les interesa es alcanzar el horizonte. Son pálidos, sordos, mudos, no tienen cara y acumulan electricidad. No necesitan comer ni dormir. Se agrupan muy juntos en grandes manadas. Sólo les interesa vagar por ahí. Parecen setas delgadas con dos pequeñas manos a los lados. Sus grandes ojos cambian de color en función del paisaje que les rodea.



La Filifjonka (también llamada la Señora Fillyjonk): Para ella son vitales el orden y unos principios estrictos. No quiere que sus hijos aprendan malas costumbres y le disgusta que hagan demasiado ruido al jugar. Quiere que sus normas y principios se obedezcan al pie de la letra. Incluso la desgracia más insignificante puede

deprimirla y pierde los nervios con facilidad. Aunque es obediente hasta extremos insospechables, en el fondo se siente un poco celosa de la libertad con la que viven los Mumin. Mantiene un nivel exhaustivo de limpieza y orden en su casa y jardín. Tiene un hocico largo y lleva un vestido rojo a conjunto con la borla de su sombrero. Viste a todos sus hijos exactamente igual. Cuando la Filifjonka sale a pasear lleva un pequeño bolso. Vive con sus tres hijos en el valle Mumin en una casa rodeada por una valla muy cuidada. Aparece por primera vez en el libro “Loca noche de San Juan”.

La Bu (también llamada La Buka / La Moran) es una criatura oscura cuya mera presencia aterroriza a todos dondequiera que vaya. Aparece sin que la inviten y rara vez dice nada. Por lo general, simplemente se queda mirando amenazadoramente con sus ojos redondos y desaparece tan pronto como consigue lo que vino a buscar. La rodea un aura gélida y congela todo lo que toca. Se sabe poco de su vida. Aunque los Mumins la temen también les da mucha pena su soledad desesperada. Se encuentran con ella por primera vez en el libro “La llegada del cometa” y con más protagonismo en “El sombrero del mago”, cuando ella aparece buscando el Rubí del Rey que Tofelan y Vifelán habían robado. Se la puede reconocer por sus ojos fijos y la larga fila de dientes brillando bajo su gran nariz.



Tofelán y Vifelán son inseparables y casi siempre van cogidos de la mano. Hablan de forma extraña que al principio sólo Hemulen logra entender. A este pequeño y curioso dúo les gusta esconderse en lugares donde se acumulan cosas (como debajo de las alfombra o dentro de los cajones). Son muy amables el uno con el otro pero cuando tratan con los demás son muy reservados. En el libro “La Llegada del cometa” roban el bolso de Mamá Mumin para dormir en él, pero en cuanto se dan cuenta de lo mucho que lo necesita se lo devuelven. Sin embargo, no están tan dispuestos a renunciar a Rubí del Rey que le habían quitado a La Bu. Aunque son gemelos idénticos se les puede distinguir porque Tofelán lleva una gorra roja.



El Tolondrón (también llamado Saltacabrillo) es un coleccionista atolondrado y lleno de ansiedad que vive en una lata de café. Almacena todos los botones que encuentra pero es irremediabilmente descuidado con su colección. Siempre está olvidando y perdiendo cosas. También es un poco tímido y lleva una cacerola en la cabeza. Es sobrino del inventor Fredrikson y conoció a su esposa la Salsabicho en una aventura en la que acompañaba a Papá Mumin. Es el padre de Sniff.



Fredrikson (también llamado Hodgkins) es el primer gran amigo de Papá Mumin y el inventor del maravilloso barco volador-sumergible-todoterreno “Charanca Marina”. Tranquilo e ingenioso, tiene la habilidad de serenar y convencer a los le rodean. Es amigo de Bártulos y el tío de El Tolondrón. Tiene grandes orejas y lleva una bata de científico. Le conocemos en “La memorias de Papá Mumin”.



Stinky tiene una forma que recuerda a un erizo. Gasta bromas pesadas a los demás, es un poco

bribón y se considera a sí mismo ladrón profesional. Tiene su propio código de conducta, y normalmente solo genera problemas, aunque afortunadamente tiende a fracasar. No tiene un lugar fijo de residencia, aunque normalmente vive en el bosque. Los Mumin lo alojan por temporadas.



Otros personajes:

- Enorme Edward (o Dronte Edward)
- Bártulos (o Joxar / el Joxter)
- La Salsabicho (o Salserilla / La Fuzzy)
- El Almizclero (o El desmán)
- El Homsa Toft
- La Misa
- La cripita Salomé y muchos más!!